

verano 2020

***Cuadernos de
Encuentro***

141



EN ESTE NÚMERO

	Pág.
¿Cobardía o qué?, <i>Emilio Álvarez Frías</i>	3
¿Resistencia o catarsis?, <i>Luis Fernando de la Sota Salazar</i>	7
Una crisis para una revolución , <i>Juan Van-Halen</i>	12
¿Tiene sentido una mala copia de los pactos de La Moncloa?, <i>Juan Velarde Fuertes</i>	17
Los cómplices silentes , <i>Fernando Suárez González</i>	21
En primera línea. Trazos sueltos de una epidemia , <i>Arturo Pretel Pretel</i>	23
La (des)información es poder , <i>Javier Villamor</i>	30
La economía española en tiempos de pandemia: Reactivar no «desescalar» , <i>Javier Morillas</i>	35
Incompetencia y maldad , <i>Luis Buceta Facorro</i>	39
No subestimar el orden de las magnitudes , <i>Alberto Buela</i>	47
Las incógnitas de una nueva época , <i>Manuel Parra Celaya</i>	51
Que Dios nos salve del populismo , <i>Gigi Riva</i>	55
Emergencia y permanencia , <i>José María Adán García</i>	58
Lecciones de la revolución de octubre , <i>Sertorio</i>	62
Una aportación española en el 105 aniversario del genocidio armenio , <i>Fernando José Vaquero Oroquieta</i>	67
El gran sueño de la masonería: ganar dinero y controlar la población , <i>Magdalena del Amo</i>	70
Anastasia en el Eslava 1957: cuando la gran duquesa y sus heraldos pasaron por Madrid , <i>Joaquín Albaicín</i>	72
La música del III Reich (3) , <i>Antonio Mena Calvo</i>	76
Libros	80



Cuadernos de Encuentro

2ª ÉPOCA

Nº 141 - Verano 2020

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS

C/. Santovenia, 19

28008-MADRID

www.clubopinionencuentros.org

secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Vicente Bosque Hita

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Iranzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Diego Mayoral de Elizagárate

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

¿COBARDÍA O QUÉ?

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

No sé si este adjetivo, tan desavenido al frente de un escrito, es el que quisiera poner para encabezar lo que intento desgranar al dirigirme a mis paisanos que no se atreven a decir y mantener en todos los ambientes las ideas y creencias que bullen en su magín, y, a veces, incluso, se las ocultan a sí mismos creyendo que no son adecuadas, ni oportunas, ni convenientes en el momento y mundo en el que nos toca vivir.

Con ello, seguramente, quizá lleguen a pensar que sus especulaciones sobre el ayer, el hoy y hasta el mañana, son erróneas y le llevan a caer en la idea dominante, en el discurso al uso, sin darse del todo cuenta de la mendacidad que le rodea, de la mentira con la que se habla, de la manipulación que se hace del lenguaje para subvertir la realidad de los hechos y acontecimientos antañones o del momento con el fin de conseguir un pensamiento uniforme, controlado, dirigido, sometido, que, a poco que se analice, en realidad es lo que se pretende por la clase dominante.

Cabe recordar alguno de los casos de personas notables que nos han dejado al encuentro de otra dimensión de vida –si fue creyente–, o de la nada –si considera que la vida termina en el momento de la muerte física–. Ni citaremos nombres ni insinuaremos cargos, pues si Dios los ha perdonado –a unos y otros– después de valorar sus acciones y comportamiento, no vamos a ser nosotros quienes rasquemos en las cenizas, ya que, además, como cristianos procuramos amar a nuestros semejantes, incluso a nuestros enemigos –y este no es el caso– y rezamos porque le sean perdonados los pecados. En más de uno de esos casos que tenemos en mente, las honras fúnebres se convierten en una de las mascaradas del genial pintor José Gutiérrez Solana; allí se encuentran todos los que hablaron mal de él, lo criticaron ampliamente, lo vapulearon por sus decisiones, quizá hasta pusieron en duda su honorabilidad, aunque algunos de entre ellos –o no pocos– fueron fieles a su persona, se entregaron con él al trabajado vocacional sin ambiciones personales, confiando en las decisiones tomadas, sosteniendo los mismos puntos de vista, colaborando hombro con hombro, repartiendo adulaciones a diestro y siniestro, bendiciendo los posibles aciertos y seguros errores, tanto de su procedencia política como de la oposición. También se encontraba allí ese pueblo español tan generoso que acude por cientos de miles a despedir al finado que cumple con la inexorable ley de vida de rendir su andadura ante el Dios misericordioso, o simplemente al dios Impreciso de los no creyentes.

¿Qué estarían pensando aquellos seres con caras serias y visos de profunda tribulación? ¿En las traiciones cometidas con el finado, en los olvidos, en los abandonos, en las intrigas y maquinaciones, en las zancadillas,...? Dejemos en el aire el tema puesto que no es el que nos ocupa hoy, en la seguridad de que el camino que haya seguido el alma del mortal que hoy hemos imaginado habrá encontrado acomodo en el más allá.

De lo que realmente queremos ocuparnos es de los que están aquí, de los que rendían el último tributo a quien se fue. Y es que ellos, junto con otros que se fueron y la mayoría de los hijos de unos y otros, no son seres que han caído en la Península Ibérica por arte de magia, sin previa procreación, sino que todos proceden de un origen concre-



«La rendición de Breda» (1844), Diego Velázquez. Museo del Prado, Madrid

to, vienen de una tradición, descienden de una determinada familia y tienen una historia en la que se apiña la parte recogida de sus ancestros con la propia creación.

Y sin embargo es indigno que un periódico, en sus efemérides, olvide cuarenta años de la historia de España; es inconcebible que en la historia que estudian los jóvenes hayan desaparecido hechos importantísimos de esa historia, acontecimientos que marcan a unos y otros, epopeyas que engrandecen el espíritu de quienes las protagonizaron; es una mezquindad intolerable que los actores de hoy se adjudiquen hechos o creaciones del pasado como es el caso de los avances sociales; es imperdonable que, incluso los que antes participaron en esas creaciones o hechos admitan que de ello se apoderen los meritorios que empiezan su vida pública o profesional.

¿Por cobardía?

Mucho hay de cobardía en esas actitudes, pero no poco hay de miseria en el comportamiento de los hombres que se someten al dictado de quienes de un salto se han subido al podio acompañados, no de unos méritos valiosos, sino de un origen fundamentado en los valores de no más que los que orlan a un mequetrefe que se ha valido de la zancadilla para conseguir el deseado puesto.

Porque, de igual forma que algunos suben a su currículum las andanzas del abuelo, otros deberían poner de manifiesto lo que sus progenitores y antepasados en general aportaron a la historia, la economía, la cultura, etc. del país.

Mas no perdamos el tiempo en revueltas y recovecos, ya que lo que interesa es ver el final y apuntar cómo llegar.

Si nos remontamos un tanto a tiempos pasados podemos recordar los años en los

que se decía que el presidente Suárez había traído a España la reconciliación entre los españoles, con el añadido de la libertad y la democracia. Incluso una joven profesora de una localidad madrileña decía ufana ante la televisión, que ese día había explicado a sus alumnos todo lo que el presidente había hecho en ese sentido, porque sus alumnos no lo conocían porque no lo habían vivido; olvidando apuntar que ella tampoco había vivido lo que les contaba ya que inició su vida unos años después de 1976, es decir, que lo que les relató fue el resultado de lo que la habían enseñado a ella, que probablemente ya no tenía nada que ver con los hechos reales que tuvieron lugar.

Pues bien, por ahí es por donde hay que empezar: escribiendo la historia tal como fue, sin miedos, sin temores, con sus luces y sus sombras, con lo bueno y lo malo acaecido, poniendo encima de la mesa las realizaciones de unos y otros, desde 1931 a la fecha, por ejemplo, retratando a los líderes de cada quien, a los cabecillas de todo pelaje que sean necesarios, con su currículum completo por delante, con exposición clara de éxitos y fracasos, fundamentos que cada cual puede aportar a través de sus ideas, historial, etc.

Y ahí están los escondidos, los temerosos y los traidores, que tienen la obligación de aportar todo cuanto conocen, pues lo han mamado en casa, han vivido de ello, se aprovechan para su actuación hoy aunque lo oculten. Porque todo eso, en el fondo, es la masa que puede dar fruto en el producto final. Es como la «masa madre» que se precisa para que el pan adquiera todo su valor.

Y dentro de lo que cada quien ha de justificar ha de poner de manifiesto lo que su partido ha hecho, ya sea positivo o negativo en los 80 años que debe comprender el periodo a examen.

Incluso si hace falta, sacar a relucir una vez más a los muertos ya que tanto lo promociona la Ley de Memoria Histórica. Pero no solo los restos que puedan hallarse en cualquier fosa común, en algún lugar determinado donde encontraron acogida, en algún campo donde son visitados todos los años por las amapolas, pues esto ya no es más que «polvo en el polvo». Lo que hay que sacar para el conocimiento de la historia es el reflejo de quienes existieron y obraron, con nombres y apellidos. Con expediente para conocer quién es quién y cuáles fueron sus méritos o desmerecimientos, pues no se puede caer en la trampa de las cifras globales, y las reivindicaciones retocadas al gusto de cada uno de los que se aportan en la demanda o en la simple estadística.

Digamos que, como vivimos de la mentira de los hechos, es conveniente un diálogo abierto a todos los niveles para llegar a demostrar a los españoles, a unas generaciones de españoles que no tienen nada que ver con el origen de conflictos anteriores, que no han vivido, para que conozcan la verdad y se den el necesario abrazo con el fin de que puedan vivir en paz en el futuro. Ellos y sus descendientes.

Y, de paso, desenmascarar a los mentirosos, a los ambiciosos, a los traidores, a los cobardes, a los aprovechados y a todos aquellos que se han lucrado con las insidias vertidas.

Aprovechando la oportunidad para arreglar la Administración, la Justicia, el vidrioso asunto de las Autonomías, la enseñanza, la investigación, el sistema de salud, etc. que hoy de nuevo se está enrareciendo con los caciques que se han apoderado del huerto, en el que se empeñan en sembrar productos desechados porque fueron sustituidos por otros mejores, utilizando el arado romano cuando la técnica ha proporcionado a los hombres máquinas capaces de sacar adelante cualquier trabajo, y los mercados demandan frutos mejorados por el cuidado puesto en el cultivo y la selección de la simiente.

Además, sin duda, por culpa el covid-19, más las manadas de carroñeros que andan por el mundo tratando de acaparar mercados y poder, se está produciendo un tsunami que llegará al momento álgido cuando se consiga dominar esta pandemia, momento en el que será necesario estar preparados, con las armas engrasadas, las avanzadillas expectantes para que avisen el momento de la puesta en marcha de los ejércitos ansiosos de hacerse con el poder. En ese momento habrá que tener limpio el espacio propio para poder hacer los movimientos necesarios con el fin de no dejarse envolver en las mezquinas acciones de los carroñeros.



Proclamación del Rey Felipe VI

Como nada hay nuevo bajo el sol, que dice la sentencia popular, no viene mal traer al recuerdo hechos anteriores que hablan de reconciliación tras haberse producido un desajuste considerable entre las gentes de un país. Y mejor de uno cercano que de otro de genes distintos. Por eso echamos mano de una posdata o apostilla a nuestro comentario anterior.

Conviene decir una vez más, aunque sea brevemente, que la reconciliación entre los españoles se produjo durante los 40 años de oscurantismo. A ello se pueden aportar infinidad de pruebas, empezando por las legislativas. Otra cosa es la existencia de rencorosos que, teniendo que callar la actuación de algunos de sus familiares, vivían del odio en espera de la revancha. O también, la existencia de los militantes en los partidos de la izquierda que no supieron asimilar la derrota y vivieron a la espera de volver a reintentar la implantación de sus esquemas políticos, que el tiempo ha demostrado eran nocivos para los pueblos, aunque aquí, en España, todavía se persista en el intento. Es decir, que la reconciliación entre las gentes de paz, cualquiera fuera su origen, se produjo durante el oscurantismo del régimen franquista y fue con la venida de la Transición cómo los españoles se volvieron a enfrascar en viejas rencillas. Con la democracia vino la corrupción, y aquí estamos repitiendo hasta el agotamiento que es preciso arreglar este contubernio insoportable. ●

¿RESISTENCIA O CATARSIS?

LUIS FERNANDO DE LA SOTA SALAZAR

Presidente del Club de Opinión Encuentros

Estimados socios, suscriptores, colaboradores, simpatizantes y amigos:

El pasado año, como recordareis, celebramos nuestro cuarenta aniversario especialmente como homenaje a los más de doscientos cincuenta invitados que han ido pasando por nuestras conferencias y tertulias a lo largo de esos años, dándonos la confianza de nuestro respeto a sus opiniones aunque a veces no las hayamos compartido, y recibimos gratificantes y alentadoras muestras de apoyo de todos vosotros.

Quién iba a suponer, que ahora, un año después, nos íbamos a encontrar con esta situación inédita, en la que por culpa de la infección del Covid-19, que se está cobrando cientos de miles o de millones de víctimas, si incluimos sus familias en todo el mundo incluida España, que arrasa la economía de multitud de países, y que todo apunta a que en nuestro caso, sus consecuencias van a resultar dramáticas, incluso obligándonos a cambiar nuestra forma de vivir, es seguro que también vamos a experimentar en los próximos meses importantes cambios en lo político, lo económico y lo social.

Pero a pesar de los negros nubarrones que indudablemente van entenebreecer nuestro inmediato futuro, como soy creyente, y las ideas, convicciones y principios que expuse entonces, están basadas en esas creencias, intento afianzarlas con aquellas virtudes teologales, que aprendíamos de niños en el colegio, Fe, Esperanza y Caridad, que aunque no soy teólogo, siempre he considerado absolutamente inseparables –invito al profesor Buceta a que me corrija– porque son como una silla con solo tres patas, que si falla una te caes, y que me vais a permitir llevar al terreno político.

Y lo hago, en el sentido de reafirmar la Fe en lo que se cree y por lo que se lucha, en la Esperanza, para impedir el desánimo propio y procurar transmitirla a los demás, y en la Caridad (ahora solidaridad), reconociendo y apoyando todo lo que hay de bueno en la persona, y haciendo y proponiendo todo aquello que ayude a mejorar y hacer más digna y más justa la vida de nuestros compatriotas, en todos los niveles, que en definitiva creo que debe ser el objetivo final de toda política.

Pero tras este largo exordio, me extiendo a otros aspectos más actuales.

Ni qué decir tiene que como no podría ser de otra manera, estoy preocupado, muy preocupado, con la pandemia que estamos viviendo y sus consecuencias, sintiéndome especialmente sensible al dolor de aquellas familias que han perdido a sus familiares y amigos, y que no han podido siquiera acompañarles en sus últimos momentos ni despedirles con dignidad.

Y estoy también muy irritado, por la desastrosa gestión de este gobierno que ya nació con graves carencias y que a lo largo de estos meses ya ha demostrado su ignorancia, su incapacidad y su sectarismo, dando palos de ciego que han duplicado o triplicado las víctimas y que solo trabaja para mantenerse en el poder, sea como sea, mintiendo y atropellando groseramente nuestra inteligencia con sus peroratas y sus comparencias trucadas.

Pero confieso que también estoy muy preocupado por otra cuestión que advierto, escuchando o leyendo a muchas, no a todas, pero sí a muchas, personas o grupos y a

sus respectivos medios, con las que debiera sentirme más identificado en lo político, –lo personal es aparte– pero que no lo consigo, porque no estoy de acuerdo con ellos, y me siento un poco como un extraño en un mundo que debiera ser el mío.

En unos casos, las noto excesivamente abatidas, sin ánimo para nada, y como si todo estuviera perdido. A lo que sin duda también ayuda mucho, el que hoy, casi todo lo que se escribe, se reproduce o se comenta en esos medios o en esas redes, es siempre lo mismo: «No hay nada que hacer», «Todo es malo, no hay posibilidad de que esto mejore», o siendo insultados con frases como que «vivimos en una charca podrida sin solución», o que «los españoles somos ya masas cretinizadas y esclavos de gustos de bragueta» (sic).

Y en otras, más activas e indignadas, aunque a mi juicio, un poco desorientadas, disparando a todo lo que se mueve, –equivocándose de adversario–, incluso contra aquello que, con todos sus defectos, debieran sentir más cercano y que al generalizar puede resultar tremendamente injusto.

Se dispara contra la Iglesia, y se generaliza o solo se destaca lo peor. Sin tener en cuenta, que la Iglesia que tiene más de veinte siglos de existencia, y ha pasado por épocas de enormes escándalos en su cúpula y sus filas, ha sobrevivido, porque por un lado así está escrito, y por otro, porque se ha compensado con otros innumerables casos de santidad, de martirio y de ejemplaridad.

¿Qué hay motivos en estos momentos en España, y muy recientes, para la crítica de muchos de sus pastores? ¡Pues claro que sí!, no hay porqué ocultarlo, pero tampoco se debe ocultar por ejemplo, la tremenda labor de sacerdotes en primera línea de los hospitales, o de párrocos y voluntarios católicos que trabajan día y noche para ayudar y alimentar a miles de familias. Y de esto poco escucho o leo poco. Y resulta injusto.

Y se tira contra el Ejército. Pero que pasa como con la Iglesia. No desconozco que ha habido por parte de militares de alta graduación con cargos políticos, comportamientos en unos casos vergonzosos y en otros vergonzantes por haberlos consentido. Pero eso no quita, para no reconocer que la inmensa mayoría de nuestras Fuerzas Armadas, hayan cumplido y sigan cumpliendo su trabajo con dignidad, eficacia y ejemplaridad.

Y es triste, que se oigan frases despectivas dándoles, en la mejor de los casos, la calificación de simples ONGs, cuando nuestros soldados, ya han demostrado a lo largo de todos estos años su preparación y espíritu de combate en misiones internacionales, y que ahora también se están jugando la salud y la vida luchando contra esta pandemia, este enemigo tan letal silencioso y traicionero, como pudieran ser los francotiradores del enemigo en otras latitudes.

Y lo están realizando como siempre, con una labor callada y como digo, ejemplar, (que en el próximo número de otoño de esta revista analizaremos cumplidamente), y tampoco leo ni oigo casi nada reconociendo su labor. Y también es injusto

E incluso contra la Guardia Civil o los policías nacionales, que en el cumplimiento de su labor y por disciplina, tienen que actuar obedeciendo las órdenes que reciben. Que son personas que no se pueden permitir el desobedecerlas, aunque les desagraden, porque, mal pagados, tienen detrás unas familias que tienen que vivir y comer todos los días, pero que están dando cumplidas muestras de dedicación, entrega y sacrificio. Y que el negárselo, es injusto.

O sobre los políticos. Ya sé, porque conozco perfectamente el paño, que tenemos

una clase política, salvo naturalmente excepciones, de baja calidad comparada con otras épocas de la política española.

Y que a la mediocridad, se ha unido los numerosos casos de corrupción. Pero me pasa igual. No se puede juzgar a todos por el mismo rasero.

A lo largo de mi vida he conocido y tratado toda clase de políticos. Desde ministros hasta simples concejales. De todas las épocas, y de todos los colores. Y unos eran buenos otros regulares y otros más bien malos. Unos honrados a carta cabal, que han terminado sus vidas, en situaciones económicas muy apuradas habiendo ostentado cargos muy importantes y muy propicios para enriquecerse, y otros, a los que el cargo, sospechosamente, les cambió el nivel de vida hacia arriba en muy poco tiempo.



Petición de diálogo por el pueblo español

Y ya lo he dicho y escrito en otras ocasiones, al igual que muchas cosas de este artículo, pero es que las causas son iguales. ¿Sería tan difícil, hablar en alguna ocasión favorablemente de algo? ¿No ya de algún personaje, para que no se pensara que pagaba por ello, sino de algún modesto alcalde de pequeño o mediano municipio, o de algún también modesto concejal, a ser posible de urbanismo, que son los más sospechosos, o de cualquier otro funcionario, y reconocerles como fieles y esforzados servidores de sus vecinos con probada honradez, que muchos de ellos algunos conozco?

De vez en cuando, una noticia así ayudaría recobrar nuestra confianza en aquellos, que por otro lado, resulta que libremente hemos elegido nosotros, bien directamente o bien por nuestra abstención o por nuestros contumaces errores a la hora de votar. Porque meter a todo el mundo en el mismo saco de desprestigio, también es injusto, e incluso me siento un poco preocupado y agraviado por mi corta actividad pública al servicio de la Administración en un lejano periodo de mi vida.

Y así podría continuar, pero tras este desahogo, cambio de tema y me voy a referir a lo que creo que es bastante más constructivo y a demás es lo que justifica la existencia de nuestro Club. Analizando problemas, dar opinión objetiva sobre ellos y aportar si es posible, propuestas y posibles soluciones, que siempre es mucho más difícil que hacer críticas a la totalidad.

Y enlazo con el título de este artículo. ¿Resistir? Naturalmente. Es preciso resistir. Pero no una resistencia pasiva y conformista, basada en llevar con paciencia las incomodidades de no poder salir de casa, tomar unas cañas con los amigos o no ver nuestros familiares, sino resistir sin desmayo en otras parcelas de la vida política y social.

Una resistencia, firme, ilusionada e inteligente, de defensa de la Unidad de España y sus valores, para enfrentarla a los ataques y esfuerzos del gobierno, por trocearla y destruirlos, convocando a todos los españoles a los que podamos llegar, a no rendirse, a no desanimarse, empezando por nosotros mismos, manteniendo el que ha sido y seguirá siendo el objetivo primordial de nuestro plural esfuerzo, por encima de cualquier otro interés partidista.

Resistir, pero con el deseo de que esa resistencia tenga como objetivo el que la sociedad española sufra una catarsis con la epidemia que venimos soportando, asumiendo y tomando conciencia de nuestra fragilidad.

Porque nuestra prepotencia y orgullo desmedido, nuestra ostentosa forma de vivir, nuestro arrogancia intelectual, política o profesional, se desvanece en unos minutos, y todos, absolutamente todos, ricos o pobres, listos o tontos, importantes o humildes, ateos o creyentes, nos convertimos en seres desvalidos iguales ante la enfermedad o la muerte.

Y ante la gravedad de la situación que vivimos y vamos a vivir, y que todo apunta que irá en aumento, para poder salir de ella, solo se podrá conseguir con una firme respuesta de la mayoría de la sociedad civil española, que obligue a las diferentes fuerzas políticas, que siguen en sus enconadas disputas, apelando a su patriotismo, a tomar determinaciones drásticas, y excepcionales.

Resistir pues sin fisuras, y sin equivocarnos de enemigo, en la oposición a este gobierno, proponiendo, (y en eso coincido y me alegra coincidir en lo fundamental, con un manifiesto que he leído hace unos días) la necesidad de la formación de un gobierno provisional, de al menos dos años, nombrado por el Jefe del Estado, y con un presidente, del color que fuera, que gozara del necesario prestigio y probada independencia, que a su vez nombrara ministros, al menos de Economía y Hacienda, Trabajo, Interior y Justicia, a personas muy cualificadas e independientes, con suficientes atribuciones para realizar todo aquello que a su juicio fuera necesario para afrontar y salir de la crisis que nos espera.

También, junto con la desaparición de los innecesarios ministerios actuales, la creación de uno nuevo que podría llamarse de Asistencia Social, para proteger a todas las personas y familias que ya se están quedando en parcial o total desamparo y que van a aumentar exponencialmente, y así evitar la vergüenza de esas interminables colas de familias esperando algo que comer.

Y para financiar la labor de este ministerio, sería ejemplarizante, que se nutriera aparte de la obligación del Estado, con una contribución también provisional, consistente en una rebaja en las retribuciones de los miembros del Gobierno, diputados, senadores, organizaciones empresariales, sindicatos, presidentes de Comunidades y

alcaldes de ciudades importantes, y la supresión de todas las subvenciones, a entidades y ONGEs salvo aquellas cuya labor no fuera directamente asistencial.

Todo esto sería una solución excepcional, para una situación excepcional, y que los expertos, en este caso fiables, arbitraran la forma de encajarlo legalmente en nuestro ordenamiento constitucional.

Pero soy consciente de que para conseguir todo esto, que parece que sería como pedirle peras a un olmo, sería necesario un esfuerzo y una acción generosa, inteligente y patriótica, de una voluntad popular, de esa Sociedad Civil, formada por asociaciones, fundaciones, Reales Academias, sectores patronales, y vecinales, círculos empresariales y profesionales, de carácter independiente, que forzaran y exigieran ese cambio.

Cuando un pueblo es capaz de reaccionar ante una catástrofe o una grave adversidad, vence pesimismo y egoísmos, y lo hace con generosidad con entrega con ilusión e incluso con alegría, triunfa y sale adelante. Y los españoles, a pesar del pesimismo y de la mala fama de insolidaridad, que algunos nos quieren atribuir y colocar de matute en una interna leyenda negra, demuestran cada día lo contrario.

¿Es que eso ocurre frecuentemente en pequeños pueblos tras una inundación o un incendio, donde todos trabajan unidos, sin distinción de ideologías, para restablecer la normalidad y ayudar a sus convecinos?

¿Y no está ocurriendo ahora con lo de la pandemia, que médicos, enfermeras y personal sanitario, miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, militares, bomberos, taxistas, hoteleros, cocineros limpiadoras barrenderos, voluntarios, etc. y lo que no se ve, como los cientos de miles de personas que en cada barrio o en cada casa, desinteresadamente, estén ayudando con comida, ayuda o compañía a los más débiles más ancianos o más solos, y además lo hacen transmitiendo alegría y esperanza? Pues eso.

Y el pueblo español, ya ha dado ejemplo en otras ocasiones excepcionales y de extrema gravedad de su Historia, de esa capacidad de resistencia, de unidad y de lucha. Unas veces con las armas, sabiendo cual era el enemigo, otras veces contra el invasor extranjero, como en 1808 que propició la primera derrota de las tropas napoleónicas en Europa aunque luego se equivocara con su apoyo a un rey felón, que esa es otra historia. Y también en el 36 del siglo pasado, cuando otro sector muy importante de españoles, y ante un gobierno parecido al actual, también unió a militares de diferentes ideologías, falangistas revolucionarios, monárquicos alfonsinos o carlistas, etc. y ganaron.

Ahora, afortunadamente, no se trata de luchas armadas, Dios no lo quiera, si no de unir fuerzas en un objetivo común, aparcando legítimas diferencias, y por supuesto, egoísmos sectarios, Sabiendo que el objetivo es desplazar a este gobierno, salir del bache, y después de ese tiempo prudencial, a través de las urnas y no de las armas, poner a cada uno en su sitio y que cada uno asuma sus responsabilidades. ●

UNA CRISIS PARA UNA REVOLUCIÓN

JUAN VAN-HALEN

Historiador y periodista. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

«El cielo no se toma por consenso sino por asalto». La frase es de Pablo Iglesias. No es obvio recordar otra frase de similar calado aunque desde la realidad de otra época. La pronunció Francisco Largo Caballero, el «Lenin español», durante la campaña electoral de febrero de 1936: «La transformación total del país no se puede hacer echando papeletas en las urnas... Estamos ya hartos de ensayos de democracia; que se implante en el país nuestra democracia».

Hace más de ochenta años desde el radicalismo de izquierda se prometía lo que ahora, con el riesgo cierto de convertir los cielos en infiernos para llegar a lo que para ambos políticos, el histórico y el actual, es «nuestra democracia». El empeño letal del cambio desde cero.

La metáfora de Iglesias no es inocente y tampoco original. El asalto a los cielos viene del romanticismo alemán, figura en el *Hiperion* de Hölderlin. Lo utiliza Marx en una de sus *Cartas a Kugelmann*, en 1871; lo emplea Lenin en la edición rusa de esa correspondencia; así titula sus memorias Irene Falcón, secretaria de Dolores Ibarruri, «Pasionaria». Y José Ignacio Torreblanca dio el mismo título a su libro sobre Podemos. El asalto a los cielos forma parte de la retórica comunista muy anterior a la caída del muro de Berlín que simbólicamente supuso la jubilación del sistema comunista por totalitario, oxidado e ineficaz.

El retórico asalto a los cielos de aquellos muchachos de la Facultad de Políticas de la Complutense, desmesurados y pedantes, comenzó a hacerse posibilidad con el 15-M. La falta de respuesta del Gobierno de Zapatero que miró para otro lado, el almíbar con que recibieron a los autollamados indignados ciertos sectores y la mayoría de los medios de comunicación, y la aparente amplia convocatoria convenció a quienes luego promoverían Podemos de que el sistema descartaba una eficaz línea de defensa y se mostraba dubitativo y agrietado.

Zapatero y Sánchez, valedores de Podemos

El movimiento del 15-M coincidió con los meses finales del segundo mandato de Zapatero, caracterizado como el primero por un guerracivilismo resucitado y por abrir la espita del odio. El neoleninismo de hoy es hijo de Zapatero y ha sido fortalecido por el narcisismo de Sánchez cuyo único programa es permanecer en la Moncloa a costa de lo que sea; de dividir y enfrentar a los españoles, de trocear España, y de abrir las puertas a una revolución que ahora llaman «segunda transición» y que consiste en enterrar los logros de la auténtica transición plasmada en la Constitución de 1978. Un proceso constituyente como el que plantea Podemos es suicida para España. Las

instituciones no son asambleas de Facultad ni la metáfora de asaltar los cielos es el asalto a la realidad y al futuro de España.

Para el núcleo fundacional de Podemos España vivía, ya en 2011, «un momento comunista». Iglesias lo entendió así: «Los comunistas nunca ganarán en unas elecciones en momentos de normalidad; sólo lo pueden hacer en momentos de excepcionalidad como los que vivía España [...] la crisis hace saltar los conceptos existentes» y aclaraba: «Para que un golpista como Chávez gane unas elecciones tienen que haber saltado los consensos sobre los significados básicos». El Gobierno de Rajoy, confiado en que cada vez habría mejores datos económicos, insistió en la recuperación que ya era evidente aunque lenta; se centró en la economía. Pero las claves eran ya otras. Dejó a un lado muchas iniciativas políticas. Fue un error. El populismo radical se aupó en la creencia de que habían saltado «los significados básicos». Las urnas a veces son caprichosas: Churchill perdió las elecciones tras ganar la guerra; los votantes rara vez agradecen lo hecho y suelen sopesar mal los riesgos que esconden quienes prometen paraísos.

El azote de la pandemia aporta a Podemos, esta vez sí, un «momento de excepcionalidad», una «crisis que hace saltar los conceptos existentes» y arrasa «los consensos sobre los significados básicos». Es el oxígeno revolucionario que Iglesias soñaba y le llega ejerciendo nada menos que la vicepresidencia de un Gobierno cuyo presidente es un inútil, políticamente vacío y personalmente valorado en demasía por sí mismo. El grave problema que padecemos es que mientras Sánchez tiene una ideología moldeable o ideología chicle, Iglesias sabe perfectamente lo que quiere y cómo lo quiere. Un liderazgo socialista débil, plagado de contradicciones internas, que asume respuestas radicales de su socio de Gobierno que muchos no entienden en su propio partido, aunque no rechistan, es el aliento revolucionario que Iglesias necesita.

Una vicepresidencia menor, diluida entre cuatro, y unos ministerios que en gobiernos anteriores habían sido meras direcciones generales, han alcanzado una dimensión inesperada por la debilidad de Sánchez y la crisis de la pandemia. Uno de los objetivos de estos nuevos leninistas es sustituir al socialismo como referencia de la izquierda acercándolo a la irrelevancia. El pacto, cacareado pero no declarado por sus protagonistas, entre Iván Redondo, un mercenario lleno de poder al que conocí siendo el gurú de Monago, presidente popular de Extremadura, y Pablo Iglesias, podría ser clave. Sánchez, distraído en mirarse al espejo, ni se entera. O se hace el lelo.

Cuatro asaltos

En el programa «Un país para la gente» que Podemos ofreció al PSOE en febrero de 2016 y cuyas líneas básicas mantiene, se invoca no pocas veces la necesidad de consensos en la izquierda; el poder, sin embargo, no se toma por consenso sino por asalto. Ya han conseguido ese consenso tan deseado que se originó en la moción de censura de 2018 que expulsó del Gobierno a Rajoy y que fue un golpe parlamentario de libro. Sobre la perversión que padeció esa legítima fórmula constitucional de la moción de censura me ocupé en varias *terceras* de ABC.

El neoleninismo concibe el asalto a los cielos, es decir al Estado, en cuatro escenarios. Los tres poderes clásicos y la pieza a cobrar más deseada y al tiempo la más indefensa por debilidades y contradicciones de quienes se colocan a veces de perfil: la forma de Estado que consagra la Constitución. Son metas apuntadas ya desde el 15-M

de 2011, declaradas abiertamente tras la creación de Podemos en 2014 y reiteradas siendo ya Iglesias vicepresidente del Gobierno con el cómplice silencio del desahogado Sánchez que sólo piensa en él.

Nos hemos acostumbrado a escuchar y leer disparates y considerarlo natural: «la ingobernabilidad del régimen político y constitucional de 1978», «el fraude de la Transición», «los viejos lenguajes de legitimación en contra de la democracia real», «la salida democrática-revolucionaria en un proceso constituyente», «las fuerzas sociales y políticas expresadas en forma de mayorías en el ciclo 15-M deben tomar las riendas de un cambio profundo y radical», «deslegitimamos este régimen y por tanto sus leyes, y nuestra guía es actuar en base a lo legítimo y no a lo legal», «actuaremos en legítima defensa ante la violencia indiscriminada de este régimen opresor», «exigimos la abolición de la Monarquía, institución arcaica, clasista y antidemocrática»... Son afirmaciones públicas y reiteradas que ya no sorprenden y pocos rebaten.



Pedro Sánchez y Pablo Iglesias proyectan su paraíso

El asalto al Poder Ejecutivo se ha reafirmado con Podemos en el Gobierno y se inició gracias a los planes oscuros de Sánchez. En 2015 facilitó la llegada a ayuntamientos relevantes de quienes no ganaron las elecciones pero él buscaba como futuros socios en su entonces discreta «operación Moncloa». Hasta el punto, por ejemplo, de impedir que el candidato del PSOE fuese alcalde de Madrid con el apoyo del Partido Popular que se lo ofreció. El desbarajuste de los ayuntamientos podemitas estuvo y está a la vista. Sánchez también pactó con el leninismo y afines en varios gobiernos autonómicos. Luego asistimos a la deriva catalanista en la Comunidad Valenciana y en Baleares. Y a la podemización y al pacto filoetarra en Navarra.

El asalto al Poder Legislativo no es menos visible. El antecedente es aquel ilegal «Rodea el Congreso» repetido en 2011, 2012 y 2013 que se atajó tarde. Hubo violencia y ello permitió al dirigente leninista confesar que le había emocionado el apaleamiento de un policía. Escucho una grabación suya: «El parlamento es burgués, representa intereses de clase, y yo voy allí a liarla, a transmitir el espíritu de los movimientos

sociales, y voy en camiseta a las instituciones y a montar el pollo». Y no miente. Él, como sus huestes, acude a donde se residencia la soberanía nacional «en camiseta» pero, para evidenciar que su pose es un desprecio al Parlamento, asiste a la gala de los Goya vistiendo esmoquin. La extrema izquierda, y sobre todo Podemos, han instalado la crispación y el matonismo en el Parlamento. Una actitud chulesca que puede resumirse en la despedida de Iglesias a un diputado de Vox, partido al que había insultado acusándole de preparar un golpe de Estado; el diputado, ante la inoperancia y falta de autoridad del inane intelectual que presidía la sesión, abandonó la sala. Lo último que escuchó de Iglesias fue. «Cierre la puerta al salir» sin que el analfabeto defendiese al diputado ni afease a Iglesias su chulería. El neoleninismo ofende permanentemente el decoro de la Cámara en la forma y en el fondo. La culpa no es sólo suya, también de la inacción de quienes tendrían que defender la dignidad institucional.

El asalto al Poder Judicial también resulta evidente. Los neoleninistas ya recogieron en sus programas que responsables de la Justicia como el Fiscal General del Estado, los magistrados del Tribunal Constitucional o los vocales del Consejo General del Poder Judicial serían designados por «su compromiso con el programa del Gobierno». Las asociaciones de jueces y fiscales consideraron tal adhesión política como un ataque a su independencia. Los manifestantes movilizados ante el Tribunal Supremo contra una sentencia, entre ellos el propio líder leninista, enronquecieron exigiendo independencia a los jueces. El nombramiento de la ex ministra de Justicia como Fiscal General del Estado confirmó el acomodo del Gobierno al programa podemita. Sus últimos ataques a la Judicatura suponen un paso más.

El cuarto asalto tiene en su punto de mira a la Monarquía y es obvio que se ha agravado. Empezó con el menosprecio a símbolos de la Institución y al propio Rey. Por ejemplo, acudir a una audiencia con el Jefe del Estado en vaqueros y sin corbata es impensable en cualquier otra nación. Pensemos en audiencias en Buckingham, la Casa Blanca o el Elíseo. No se celebrarían. Mientras, instituciones como el Parlamento de Cataluña y el Ayuntamiento de Barcelona pedían la abolición de la Monarquía y lo mismo ocurrió en otros muchos ayuntamientos de España. Lo último: la ministra Irene Montero fue entrevistada en TVE luciendo una pulsera republicana. Sánchez mira para otro lado y a menudo su agenda oficial parece contraprogramar la del Monarca. La Zarzuela, prudente, permanece en silencio.

«Un país para la gente» orilla la fórmula que la propia Constitución marca para su reforma en aspectos de calado y hace trampas invocando como vía la fórmula de consulta que aparece en el artículo 92. A la reforma constitucional se dedica un Título específico, el X. Si los constituyentes hubiesen entendido que el referéndum del artículo 92 facultaba la reforma constitucional hubiese sobrado el Título X. Pero Podemos no quiere reformar la Constitución desde la propia Constitución, sino por métodos más acordes con su «democracia». Acaso desde la fórmula callejera y antidemocrática por la que llegó la Segunda República.

Están en marcha, y acelerados, los cuatro asaltos al Estado en una coyuntura gobernada por alguien políticamente débil con el letal apoyo de quienes manejan el buldócer para arrasarlo todo. La estrategia revolucionaria de la «nueva normalidad» consiste en crear más pobres consiguiendo que los capitales y las empresas huyan, que la inversión exterior no nos llegue, y creando masas subvencionadas de votantes agradecidos.

Contradicciones y falta de respuesta social. Europa

Sorprende que las apetencias de Iglesias, cada vez más aceleradas y claras, no susciten reacciones contundentes en eso que llamamos «la sociedad civil». Por comodidad o ceguera. De los deseos de Iglesias y la forma de cumplirlas se sabe casi todo. Son decenas las grabaciones de intervenciones suyas ante grupos reducidos o amplios en las que no calla nada. Es uno de esos políticos que no suelen cortarse ante sus auditorios, aunque a menudo no ha resultado consecuente entre lo que proclama y lo que hace. Así cuando asegura que permanecerá en su barrio de siempre, que «hay que vivir okupando», que nunca será de la casta del poder, que no pronunciará el nombre de España ni aceptará la bandera nacional y menos la Monarquía, considera a la Guardia Civil esa «institución burguesa que protege los intereses de los poderosos», o se declara emocionado si un manifestante apalea a un policía, como ya he recordado. Sabemos lo que opina de «un Parlamento burgués de mierda que representa los intereses de la clase dominante», y no ignoramos su idea sobre la democracia; quiere «la suya».

Ya no vive en Vallecas, su residencia campestre es custodiada por la Guardia Civil, con un amplio dispositivo que ha cortado su calle para impedir protestas, prometió lealtad al Rey, pertenece a la denostada casta, es vicepresidente del Gobierno del Reino de España y produce sus comparecencias institucionales ante una bandera nacional. Acaso es fiel a aquello de «el fin justifica los medios», que no es de Maquiavelo, aunque se le atribuya, y cuya idea empleó ya Gracián en el siglo XVII.

Para Iglesias y los suyos el Derecho «no es más que la voluntad política racionalizadora de los vencedores» y «la ética debe adaptarse a la necesidad de la victoria». Ocurre, y seguro que no se le escapa a Iglesias, que la crisis que padecemos no es sólo sanitaria y económica. Existe una profunda abrasión humana y social por los miles de muertos. Y nadie ignora, aunque se intente enmascararlo una y otra vez, cómo creció esta crisis en España, sus circunstancias ideológicas, y su gestión en el día a día. La factura política, y en su caso penal, de las responsabilidades del Gobierno, y dentro de ellas la responsabilidad de Pablo Iglesias que, como vicepresidente social, reclamó para sí la gestión de la pandemia en las residencias de ancianos en aplicación del mando único, cosa que olvidó pronto, será muy costosa. Ello no me tranquiliza porque este horizonte judicial, además de recrudecer su ataque a la Judicatura, puede acelerar su asalto revolucionario para que todo se diluya entre mentiras.

Mi confianza está en Europa. Un Gobierno con comunistas confesos, con la intención proclamada de aplicar una revolución que contradice las esencias, los principios y la trayectoria de la Unión Europea, no tiene garantía de permanencia, sobre todo en un momento en el que sólo lograremos encarar el futuro con su ayuda. Un abultado «dossier Iglesias» está en los despachos de los principales líderes europeos; las embajadas en Madrid hacen su trabajo. Grabaciones, discursos y declaraciones incluidos. También eso le constará a la ministra Calviño que conoce bien los entresijos de Bruselas. De ahí su enfrentamiento con Iglesias y sus ministros.

Hoy en España sobran la crispación provocada, el matonismo parlamentario, la vieja política que se hace pasar por nueva, y faltan rigor, sensatez e ideas realistas y factibles. ●

¿TIENE SENTIDO UNA MALA COPIA DE LOS PACTOS DE LA MONCLOA?

JUAN VELARDE FUERTES

Catedrático. Presidente de Honor de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Premio Príncipe de España de Ciencias Sociales 1992

Conviene señalar por qué surgieron antecedentes obligados para los Pactos de La Moncloa. Un caos económico colosal, además, amenazaba a nuestra economía en 1977. Esta etapa que exigió, al mismo tiempo, cambios políticos, ha recibido el nombre de Transición.

Existía una crisis bancaria muy profunda. Como nos señala Rocío Sánchez Lissen, el 10 y 11 de noviembre, como consecuencia de los problemas de la organización bancaria española, «fueron creados por el Gobierno, el Fondo de Garantía de Depósitos en Cajas de Ahorros y el Fondo de Garantía de Depósitos en Establecimientos Bancarios, ambos previsto en los Pactos de la Moncloa, y que tenían por objeto hacer frente a la crisis bancaria que estaba empezando a producirse y que afectó, en pocos años, a 51 bancos en España. Esta situación crítica por la que iban a pasar muchos bancos, fue motivada por no haber hecho caso a las recomendaciones contenidas en la Ley de Ordenación del Crédito en la Banca de 1962». En ella, se incitaba a que la Banca Mixta española dejase de serlo. Si se dedicaba a operaciones de activo o pasivo a corto plazo, no debería financiar activos a largo plazo, tratando de controlar parte sustancial de la realidad industrial y de los servicios del país. El que se apoyasen maniobras de tipo monopolístico creaba rigideces que, pronto o tarde, acabarían deformando el mercado interior, aparte de reducir la competitividad, de facilitar la inflación –con sus enlaces con el Banco de España y la financiación de la deuda pública–, a más de disminuir las posibilidades, como efectivamente sucedió, de soportar las consecuencias de una crisis económica importante que surgía, entonces, a partir de la crisis petrolífera generada por la Guerra de Yom Kippur.

La inflación que se había desatado en España en aquellos momentos, con todas sus consecuencias perturbadoras, lo indican estas cifras: el incremento porcentual sobre el año anterior del coste de la vida había sido, en 1974, del 13,7%; en 1975, del 17,9%; y en 1976, del 17,7%. Aparte de esta perturbación, la organización bancaria en su conjunto experimentaba una crisis que, de paso, se llevaba por delante a alguna institución muy importante, como fue el caso del Banco Español de Crédito. Se intentó salvar esto, a través de un conjunto de decisiones derivadas de los Pactos de la Moncloa, pero como no supieron estudiarse adecuadamente la situación de las Cajas de Ahorros, a pesar, por ejemplo, de la advertencia que había hecho Jaime Terceiro en *Información Comercial Española*, la crisis acabó afectando muy fuertemente a este sector, y eso después de los referidos pactos.

No sólo la inflación y la crisis bancaria se vinieron abajo, sino también multitud de

sectores –debido a una crisis industrial y de servicios–, apareciendo, complementariamente, una fuerte crisis en el mercado laboral. Como consecuencia de la Transición, la política iniciada a partir de la muerte de Franco, inmediatamente había ampliado otro proceso que puede denominar de «transición en el mundo sindical», muy bien estudiado por Fernando Suárez González, y que provocó lo que Víctor Pérez Díaz denomina la Ampliación de «los mecanismos de voz». Estos son muy variados, van desde una huelga, a una manifestación pública; desde un pasquín, a un mitin. El derrumbamiento de entonces, experimentado en el sistema sociopolítico heredado a finales de 1975, significaba una considerable ampliación de tales «mecanismos de voz». En un artículo de Nicolás Sartorius, entonces dirigente fundamental de Comisiones Obreras, titulado «Balance y perspectivas sindicales (1976-1977)», se observa, con una no disimulada satisfacción, que presenta cifras de huelgas, imaginando la posibilidad de –bajo ese amparo– obtener ventajas económicas y lograr alteraciones profundísimas, desde el punto de vista político. Escribía Sartorius: «Según cifras estadísticas, se produjeron (en 1976) 1460 “alteraciones” (885 en 1975) que afectaron a 349.530 trabajadores (56.371 en 1975) y 101.714.666 horas de trabajo perdidas (10.355.170 en 1975) es decir, casi el doble de huelgas, 6 veces más huelguistas y 10 veces más horas de trabajo perdidas».

El centro de la acción de la entonces existente Coordinadora de Organizaciones Sindicales, constituida por Comisiones Obreras, UGT y USO, era fruto de la liquidación de la ya tambaleante Organización Sindical Española (OSE) y el alzamiento de una acción generalizada en todo el país, como respuesta a las medidas económicas del gobierno. El conjunto de toda esta acción originaba un amplio número de mejoras en el terreno laboral, como mayores salarios, jornadas más reducidas, vacaciones y otras ventajas complementarias, con ampliaciones notables. La eficacia de la acción emprendida, gracias a la ampliación –para seguir el léxico de profesor Pérez Díaz– de los «mecanismos de voz», se demuestra en las siguientes cifras de subidas de salarios nominales. La ganancia media, que se había incrementado en 1973 en el 19,7%, lo hace, en 1976, en el 30%. En términos reales, los beneficios que obtuvieron los trabajadores fueron también fuertes y persistentes; pasaban de un 8,3% en 1973, a un 15,7% en 1976. También aumentó la ganancia media por hora. Sumemos a esto el incremento en la presión fiscal derivada de las cotizaciones sociales, cuyo porcentaje del PIB pasó del 9,1% en 1973, al 11% en 1976.

Pero todo lo que se acaba de señalar afianzaba la crisis. Se heredaba una sustitución acelerada de mano de obra por equipo capital, lo que se tradujo en un aumento del paro de forma fuerte. Añádase que, en tanto en cuanto estas subidas salariales no podían ser repercutidas en precios de los mercados internacionales, significaban simultáneamente no sólo crisis empresariales en España, sino también un aumento considerable del déficit de la balanza de pagos española. Naturalmente, este último hecho complicaba el tipo de cambio de la peseta; pero al ser frenado por disposiciones derivadas de nuestra presencia en el Fondo Monetario Internacional, borraba toda posibilidad de exportación de alguna magnitud. Y esto se complicaba con que, como consecuencia del citado «choque petrolífero» de 1973, el peso del coeficiente técnico energético engendraba perturbaciones adicionales, de las cuales, la más importante era el incremento del desempleo y el referido golpe a las exportaciones. La amenaza engendrada por lo que ocurría en la contratación de la mano de obra, daba la impre-

sión de que podía ser muy importante, al contar con el apoyo del PSOE. Esto se denunció de modo claro por el Servicio de Estudios del Banco de España y tuvo como colofón la polémica desarrollada en *El País* entre el importante dirigente socialista Enrique Barón y el entonces Gobernador del Banco de España, Álvarez Rendueles, quien señalaba que nuestra subida de salarios iba por delante de los incrementos europeos de remodelación de la mano de obra y, en general, de los de OCDE. Todo esto repercutía automáticamente en la citada tasa de cobertura de las importaciones por las exportaciones. Esta, que habían sido del 56% en 1972, disminuyó, sucesivamente, al 53,9% en 1973 y al 49,9% en 1976. El porcentaje que en nuestras importaciones significaban los países exportadores del petróleo subió del 11,8% en 1973, al 25,7% en 1976, lo que parecía indicar, además, una preocupante rigidez de compras.

Como era de suponer, descendieron nuestras reservas de oro y divisas. En 1975 eran 5,9 mil millones de dólares, y en 1976 estaban por debajo ya de los 5 mil millones de dólares. Para compensar de algún modo la situación, la peseta inicio una fuerte carrera de devaluaciones. Según la media anual elaborada por el Banco de España, la peseta se había cotizado a 57,41 por dólar en 1975, y a 66,90 en 1976.

Ese fue el momento en que Suárez amplió su gobierno con la incorporación de un notable economista, Fuentes Quintana, como vicepresidente de Asuntos Económicos, el 4 de julio de 1977. El profesor Fuentes, inmediatamente, desde Televisión Española y de manera irreprochable, explicó a todos los españoles la enorme gravedad del momento, y lo ratificó en un discurso perfecto en la cámara legislativa. Inmediatamente, con la colaboración de otro economista importante, Manuel Lagares, pasó a buscar la colaboración de otros economistas significativos, vinculados a los partidos políticos más importantes. Fueron éstos: por UCD, Mariano Rubio; por el PSOE, Carlos Solchaga; por el PSC, Ernest LLuch; por el PSP de Tierno Galván, el profesor Sánchez Ayuso; por el Partido Comunista, Julio Segura y Ramón Tamames; y por AP, Guillermo Piera. No descuidó, tampoco, el mundo sindical. Recuerdo haber acompañado a Fuentes a una reunión con dirigentes de UGT, donde se planteó un debate sobre enlace de la situación con alternativas importantes en la seguridad social. Debo añadir a estos impulsos de los economistas, otro que trascendió a través de la Fundación Ebert, alemana. Me consta que, en un momento muy delicado, en el que Felipe González dudaba sobre el asunto planteado, y un posible abandono de lo que iba a culminar con los Pactos de La Moncloa, fue éste impulsado favorablemente hacia una rectificación, por el ámbito socialdemócrata Alemán. Todo esto, políticamente, tenía enlaces muy importantes gracias a la labor de Landelino Lavilla.

El conseguir respaldo de una serie de economistas a estas preocupaciones de los políticos, nos hace recordar aquello que el genial economista norteamericano Milton Friedman señaló: cuando, en un debate sobre cuestiones de política económica, se reúnen tanto políticos como economistas, al cabo de pocos minutos se contempla a todos los economistas en un frente común, discrepando de casi todas actitudes de los políticos. Con esta actitud, los economistas olvidan si son de derechas, de centro o de izquierdas, y los políticos acaban comprendiendo cuál debe ser su camino. En el caso de España tenemos una muestra clara. El dirigente más importante de Comisiones Obreras, Marcelino Camacho, intentó frenar la marcha de los economistas en una reunión del Comité Central del partido Comunista, criticando la idea de frenar la subida de salarios (que se vinculaba a los economistas). Recibió de inmediato un sofión

intelectual de Julio Segura, al que apoyó de inmediato Ramón Tamames, haciendo suya la postura de estos dos, Santiago Carrillo. Probablemente, en esta polémica también entraba el artículo que Julio Segura había publicado en *Nuestra Bandera*, donde se evidenciaba, una vez más, que su autor era un buen economista. Debe agregarse que la proyección hacia el mundo del catalanismo se efectuó a través de otro importante economista, Trías Fargas, que había pasado a estar muy influido por las tesis de Eucker –que mucho habían inspirado a Ullastres– y que por eso, acabaron por seducir y orientar hacia los Pactos de la Moncloa, al PNV.

Debe subrayarse lo señalado, porque en el proyecto actual del gobierno Sánchez no hay la menor noticia de que fueran los economistas los que iniciasen la tarea de ofrecer soluciones de política económica, al revés de lo ocurrido en 1977. Tengamos en cuenta que, en ese año, desde septiembre, fueron los economistas los que plantearon al gobierno el documento que se convirtió en el inicial y básico para redactar tales pactos. Hubo poquísimas alteraciones en el definitivo que el 8 y el 9 de octubre de 1977 se redactó y se firmó el 25 de octubre de 1977. Fuentes me dijo: «A la espera de tener que aclarar algo en el último minuto, me dediqué, sentado en el Jardín del Palacio de La Moncloa, a contar el número de árboles y sus especies concretas. En ningún momento se me convocó antes del instante de las fotografías».

Únicamente existió una situación diferente y promovida por un economista, el citado Sánchez Ayuso. Éste señaló a Tierno Galván que debía oponerse a los Pactos. Claro que otro economista notable, Ubaldo Nieto de Alba destrozó sus argumentos en una polémica parlamentaria que culminó la tarea.

Lo que se deriva de todo lo señalado, es que en la preparación que hace el Gobierno Sánchez, no apela a los economistas, sino sencillamente a los políticos. Y no se crea que no existen economistas valiosos o muy valiosos en estos momentos en España; sus publicaciones lo muestran con claridad.

Por lo tanto, el camino emprendido es, sencillamente, lamentable y además, nace exactamente en el momento en que se inicia un claro proceso de recesión mundial que afecta al proceso globalizador sin el que la economía española está perdida. Claro que, este debate, ya analizado por economistas españoles de variada orientación, parece no interesar al Gobierno, para orientar una adecuada política económica. Mas esto es lo que siempre ha servido para diferenciar los simples políticos, de los estadistas. Los hombres de Estado siempre han tenido muy en cuenta lo que los economistas señalaban. Dígase a Churchill con Keynes, en 1941, para paliar el impacto económico de la guerra; o a Adenauer con Eucken, para reconstruir Alemania.

Con lo indicado, ¿interesa esa resurrección, sin economistas, de unos Pactos de La Moncloa, los cuales además resolvieron problemas económicos totalmente diferentes de los actuales? ●

LOS CÓMPLICES SILENTES

FERNANDO SUÁREZ GONZÁLEZ

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

La situación política se degrada a tal velocidad que cualquier opinión corre el riesgo de quedar desvirtuada antes de que la prensa tenga tiempo de publicarla. Si se comenta la combinación parlamentaria de las siete de la tarde, se puede uno encontrar con que ya no es la misma a la mañana siguiente y por eso es difícil resultar certero cuando quien debiera proporcionarnos seguridad práctica el sobresalto permanente. Los españoles necesitamos saber a qué atenernos y en este pandemónium –pandemia aparte– es imposible comentar decisiones que en horas se rectifican hasta reconvertirse en las contrarias o se matizan y desdibujan hasta su más absoluta desfiguración.

Cuando se anuncian insomnios sólo al pensar en ciertas coaliciones y acto seguido se consuman y se duerme apacible y confiado, como del mismo Dios describe el sueño Nicolás Guillén, o cuando se niega terminante y quintuplicadamente la posibilidad de un acuerdo que se firma sin el menor decoro tan pronto conviene al aventurero, parece estéril solicitar coherencia a quien de la incoherencia ha hecho bandera y la considera paradigma de su resistencia y de su habilidad.

Tenemos, sin embargo, la posibilidad de eludir las referencias al protagonista, para intentar otro tipo de consideraciones. La primera obliga a poner de relieve que en el amplio espectro socialista –buena parte del cual ha merecido siempre mi respeto– han surgido algunas objeciones, unas cuantas reservas y hasta ciertas protestas en voz baja acerca de las recientes decisiones de los jefes del partido y del gobierno, pero ninguna procede del grupo parlamentario que se aposenta en los escaños socialistas del Congreso. Cualquier superficial observador ha podido constatar que se trata de algún jubilado dirigente, de algún eficaz alcalde periférico, de presidentes de Comunidades Autónomas habituados a nadar y guardar la ropa o incluso de los redactores de un sugestivo escrito que nos ha revelado Álvaro Vargas Llosa y que no sé si es real o fabulado, pero que en todo caso es verosímil. Se trata de personas o personalidades que no tienen dependencia directa alguna del actual mandamás, del que no necesitan el respaldo. Los miembros del grupo parlamentario se limitan a aplaudir, silenciosos y unánimes, sin que uno solo de ellos cuestione los vaivenes y mudanzas a que sus capataces les someten. No se me negará que es bien curioso que cualquier discrepancia socialista surja fuera de la Cámara y que en ella no encuentre su reflejo lo que sin duda piensan miles de sus votantes.

Ello nos lleva, claro, a la inevitable segunda consideración. Si los representantes socialistas del pueblo soberano tuvieran que someterse, uno por uno y en su correspondiente distrito electoral, al juicio de las urnas, se cuidarían muy mucho de intentar siquiera la justificación de ciertos pactos y las disparatadas concesiones a sus muy peligrosas compañías que, más que peligrosas, fueron letales para colegas suyos. Podrían tener muy serios disgustos, pero he aquí que esos disgustos se convierten en garantías de continuidad cuando a quien se complace es al líder y no al electorado. La disciplina de partido es muy recomendable, pero solo después de haberse discutido y

aprobado una decisión controvertida, y no cuando el diputado se entera por el signo digital de un edecán.

De ahí la tercera consideración: La democracia española tiene un gravísimo problema de representatividad política y ese problema está precisamente en el origen de muchos de los demás. Las listas electorales cerradas y bloqueadas, presentadas por partidos cuya democracia interna es una pura ficción, falsean inequívocamente la verdadera representación política y dejan sin sentido la solemne afirmación de nuestro Tribunal Constitucional, según el cual «los representantes elegidos lo son de los ciudadanos y no de los partidos». En la lista inabarcable de cuantos han manifestado su rechazo a esa fórmula, prácticamente desde el momento en que se implantó, selecciono tres inequívocos testimonios de otros tantos inolvidables demócratas, tan independientes como perspicaces: Julián Marías, que ya en 1976 proclamó su deseo de votar individualmente a cada candidato, después de conocer su fisonomía moral, Manuel Martín Ferrand, para quien tales listas fomentan la virtud de la obediencia lanar, castigando el talento con personalidad, y Manuel Jiménez de Parga, que las calificaba de cáncer a extirpar, porque además de despersonalizar la representación fomentan el descenso de nivel de los elegidos. Entre mis papeles conservo centenares de opiniones semejantes de autorizados analistas de nuestras deficiencias democráticas.

Conste, por supuesto, que este no es un problema que afecte solo a la izquierda española. La permanente espada de Damocles que denunció antes de irse del PSOE Pablo Castellano como agostadora de la independencia se esgrime con igual desenvoltura en los territorios de la derecha. Quien me conoce sabe que he dedicado años de mi vida, con notorio fracaso, a combatir los atropellos de la cúpula, que Herrero de Miñón redujo con su ingenio a minarete. Cuando el problema trascendió a la calle, los partidos intentaron aparentar remedios y recurrieron al maquillaje de unas elecciones internas que llamaron primarias y que no se utilizan para promocionar a los candidatos a puestos de representación, sino para elegir al todopoderoso que los designe a todos. Habría que matizar esto en relación con los senadores, pero bien se han ocupado los partidos de cerrar unas listas solo aparentemente abiertas y, excluidos como están de participar en las actuales componendas, nos privan de la posibilidad de censurarlos, que ni siquiera tenemos en las elecciones del Congreso.

En tiempos de reclusión, que son también tiempos de reflexión, deberíamos reabrir en la sociedad, porque en los partidos no lo van a hacer, el debate sobre la ley electoral. Hay que pedir, por lo menos, la derogación de ese funesto inciso del artículo 96.2 que anula el voto emitido en papeletas en las que se hubieren modificado, añadido o tachado nombres de candidatos comprendidos en ellas o alterado su orden de colocación. Muy probablemente eso bastaría para que algunos de los elegidos que actualmente se callan y palmean recuperaran su propia estimación. ●

EN PRIMERA LÍNEA

Trazos sueltos de una epidemia

ARTURO PRETEL PRETEL

Médico

Siempre se ha dicho que en primera línea están los héroes, y es posible, aunque héroes los hay en todos los lugares. La mayoría de los que están en primera línea no tienen más remedio que estar, son a los que les ha tocado y probablemente no lo hubieran deseado, a los que les va el sueldo en ello. Y esos son los héroes verdaderos, a los que ese protagonismo, adquirido a su pesar, es una parte más de su vida y se han visto colocados, por cualquier avatar, en esa posición. Vaya, que les ha pillado ahí, sin pretenderlo. Y que han sabido reaccionar a las circunstancias con dignidad, superando sus miedos, superando las incertidumbres, acomodando su actuación a lo que se pide de ellos. Hay profesiones en las que afrontar situaciones complejas, moverse entre la satisfacción de la ayuda y la asunción del peligro del daño propio, físico y emocional, es más frecuente de lo que parece. Son unas cuantas, entre ellas, desde luego están las profesiones sanitarias, muy representadas por la medicina y la enfermería.

A lo largo de la historia estos profesionales han tenido que enfrentarse, con escasos medios a situaciones singulares, complejas y desconocidas. Han navegado entre la vida y la muerte, han convivido con estas con dignidad, asumiendo sus limitaciones, siendo comprendidos por la sociedad en estas carencias y no por ello menos admirados y apoyados. Pero he ahí que la generación actual de médicos ejercientes es de las primeras, por no decir la primera, que nunca se ha enfrentado a situaciones más o menos controladas o, al menos, sabidas en sus límites, asumidas en sus limitaciones.

El avance en ciencias de la salud, en el conocimiento de la enfermedad, y en el control de los efectos de la falta de salud, ha sido increíble. Esto es muy evidente en los últimos 75 años, podríamos poner el límite, siempre arriesgado, desde el final de la segunda guerra mundial, desde la era antibiótica. Ciertamente nos quedan muchas cosas por saber y controlar, cada vez conceptualmente más, pero los avances son evidentes, la calidad de vida y de los servicios sanitarios que disfrutamos no tiene comparación con cualquier otra época de la historia de la humanidad.

Esta generación médica de nuestro entorno occidental, reflejo en sus virtudes y carencias de la sociedad en la que está inmersa, nunca se había enfrentado a una situación en la cual un agente patógeno había decidido poner en jaque todo el esquema de vida, todo el entramado social al que estaban acostumbrados y a enviarlos a luchar contra la enfermedad en unos supuestos ignorados y con unos medios insuficientes. La prepotente, en algunos casos, Ciencia Médica, se queda desarbolada frente a otro virus, malditos virus, teniendo conciencia de que sigue sin armas eficaces para combatir sus efectos, aunque hasta ahora siempre había encontrado vías de, como mínimo, acotar sus daños. Y estos, en las ocasiones que se le presentaban, circunscritos a grupos sociales o patologías concretas. De golpe, sin mayores previsiones, les viene uno que ataca indiscriminadamente a casi toda la población, que tiene unos mecanismos extraordinariamente fáciles de contagio y gran rapidez de propagación, favorecida,



cierto es, por la forma de vida actual, pero no solo por eso. Todos estos factores hacen temblar las bases de la estadística, de la epidemiología y por tanto de la salud pública, provocando que los acontecimientos se precipiten y que los afectados aumenten en una progresión más que geométrica.

A la población en general, sorprende y asusta, a la clase médica y a los científicos, instalados en su soberbia intelectual, en la creencia del progreso ilimitado, en un entorno de grandes seguridades diagnósticas, con una tecnología en ilusionante evolución, les noquea, les hace inseguros, no saben a qué se enfrentan, el desconcierto se adueña de ellos.

Ya habían recibido algunas señales de lo que, más pronto que tarde, podría suceder. Los pródromos de lo que se avecinaba ya estaban ahí y la mayoría no había sabido interpretarlos. Bueno, unos cuantos sí y algunos países también y por eso estaban más preparados y la repercusión del maldito bicho ha sido menor. La culpa no es solo de los galenos, también de otras capas de la sociedad y de sus representantes, pero ese es otro tema que no me corresponde a mi poner en cuestión es este momento.

Pero, ¿qué es lo que ha producido este desconcierto? Un virus, un microorganismo que no tiene vida propia, que precisa de una célula en el organismo para vivir y desarrollarse. Que se introduce en esta y allí desarrolla su maldad, que no es otra, oh naturaleza, que crecer y desarrollarse (blindarse y multiplicarse) en una carrera alocada que las más de las veces le lleva a saber adaptarse, cambiar, camuflarse. En lenguaje científico, a mutar para seguir alojándose en más y más células. A veces se equivoca, de tan listo que se cree y se autoinmola. Las menos de las veces. Nuestro protagonista en concreto es de familia conocida, familia que está entre nosotros desde siempre.

Entre nosotros los humanos pero también en otros mamíferos y aves, ojito, que no somos tan especiales, que compartimos muchas cosas, que somos muy parecidos y eso nos hace vulnerables. Compartimos muchas cosas menos una, el alma, el ser los elegidos de Dios, el ser libres. Pero esa es otra historia, otra bonita historia. Tan adaptado estaba a nosotros, tan burguesa ha sido hasta ahora la familia de esta criatura, que, en humanos, nos causaban varias enfermedades, las más de las veces, banales, como el catarro común. Ciertamente es que, como pasa a veces hasta en las buenas familias ya algún otro componente había salido díscolo y apuntaba maneras, ciertamente criminales. Ya ha habido coronavirus, así se denominan, que nos han dado sustos, han venido a ser esos pródromos, esos avisos, de una situación que no hemos sabido ver.

Dentro de los coronavirus, el nuestro forma parte de la familia de los betacoronavirus. Además, son virus tipo ARN monocatenario. Y no es gratuito que lo señale aquí y ahora. Esta característica tiene mucho que ver con su posibilidad de provocar inmunidad a corto o largo plazo y de su persistencia en el organismo enfermo, entre otras cosas.

Como todo nacido, hay que ponerle nombre para reconocerlo. Ha sido bautizado como *coronavirus tipo 2 del síndrome respiratorio agudo grave o SARS-CoV-2 (severe acute respiratory syndrome coronavirus 2)*. Y es el causante de la *COVID-19*, acrónimo del inglés *coronavirus disease 19* o enfermedad por coronavirus 2019 en nuestro idioma. Todo ello para distinguir a esta singular dolencia de esas otras que nos avisaron antes, pero no lo suficiente, que la precedieron en el tiempo en estos últimos 20 años y que se quedaron en poco, no llegaron a asustarnos lo suficiente para que estuviéramos prevenidos socialmente y alertado individualmente nuestro sistema inmunitario. Solo afectó a algunos lejanos lugares del mundo y por eso han estado alerta y más preparados. Estas enfermedades han sido el *SARS-CoV* que originó una epidemia en la provincia de Cantón, en China, en 2002 y el *MERS-CoV*, causante de una enfermedad muy parecida en Arabia Saudí en 2012. La falta de previsión y la toma temprana en consideración de su potencial lesivo ha sido uno de los fallos más importantes que se han cometido en nuestro entorno y especialmente en nuestra nación. El ejemplo, tantas veces señalado de Corea del Sur y de Singapur es notable. Pero es más ejemplarizante, analizado no solo desde el punto de vista de salud pública sino también desde su perspectiva social, el de la Isla de Formosa, el del actual Taiwán, el reducto de la China milenaria vilipendiada por todos y recia y orgullosa como nadie. Dando lecciones a la fantasmagórica OMS, de la que le niegan ser parte, ha resistido al enemigo como nadie dando un ejemplo de unión y eficacia como pocos, tomando el asunto como reto de patriotismo de sus ciudadanos.

Como hemos visto, el virus es común en animales y en este caso parece demostrado que se trata de una zoonosis cuyo reservorio ha sido el murciélago, que por sí mismo o pasándolo a otros animales, ha transmitido a humanos por las peculiares formas de relacionarse y alimentarse que se dan en China y en concreto en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei. Que haya sido este el paso hay que tender a creerlo. Que se haya «escapado» de algún centro de investigación y que este supuesto, extraordinariamente difícil, hubiera sido voluntario, mi inteligencia se resiste a considerarlo más allá de lo que tardo en escribirlo. Considerar que se haya creado artificialmente es de creador de videojuegos, con mis respetos a los verdaderos profesionales de este arte menor y no a los que los quieren emular. Y me puedo equivocar, claro que sí, pero, sin

un atisbo de soberbia, creo que tengo muchas menos posibilidades de hacerlo que los que pierden el tiempo en pensarlo.

El virus se está propagando de persona a persona por contacto directo con gotas respiratorias de infectados, transmitidas directamente o mediante las manos o fómites donde estén depositados, en contacto con las mucosas del receptor, fundamentalmente la nariz, la boca y los ojos. La vía respiratoria parece clara para todos –es capaz de persistir hasta 3 horas en aerosoles– pero cuidado con nuestro «amigo», que se detecta hasta cuatro horas en cobre, hasta 24 en cartón y hasta entre 6 y 24 horas en acero inoxidable y en plástico. Estos fómites, estas fuentes de contaminación y su control, son fundamentales en la prevención de contagios y es por esto que el lavado e higienización de las manos, junto a las protecciones respiratorias, son importantes.

El número de casos que puede generar un individuo infectado se estimó al principio en China entre 2, 2-2, 6. Pero luego se ha observado que es muy variable, depende mucho de los hábitos sociales y las formas de relacionarse en cada comunidad, así como de las condiciones de las viviendas y entorno laboral. La limitación de los contactos está en la base, por sentido común, del control de la epidemia.

No se conoce con seguridad el grado de contagiosidad en cada etapa de la enfermedad. Se ha detectado carga viral en muestras nasales de pacientes en la fase presintomática, aunque la etapa más contagiosa parece ser la inicial sintomática, con una disminución progresiva en los casos de evolución favorable. Todo lo anterior ha sido y es uno de los grandes problemas de esta enfermedad, la que la hace más peligrosa y la que la diferencia, en buena medida, de sus análogas anteriores: su contagiosidad cuando la persona no sabe que está infectada, antes de siquiera sospecharlo. Y la otra el despiste de nuestro sistema inmunológico, que es listo, potente e inteligente, pero que al no tener indicios y conocimiento del enemigo, también listo y peligroso, no se entera el pobre. Que les cuenten a los nativos americanos, polinésicos y africanos con la llegada de sus libertadores. O al revés. Pues en esas estamos y además se perfila una figura emergente en este universo de conocimientos que van apareciendo día a día de esta enfermedad: los supercontagiadores y deduzcan ustedes de que se puede tratar. Parece que los hay, andan sueltos, hay que controlarlos.

El período de incubación más habitual está entre 4-6 días, aunque podría llegar hasta los 14, tiempo utilizado como margen de seguridad en las cuarentenas. La mediana de la edad de los pacientes está entre 47 y 56 años, con predominio de varones. Se han descrito pocos casos en niños, todos con escasos síntomas y buen pronóstico.

La COVID-19 se manifiesta como una infección respiratoria aguda, aunque se conocen casos asintomáticos o apenas sintomáticos. Los síntomas más comunes al inicio de la enfermedad son: fiebre, astenia –cansancio, decaimiento– y tos seca. La disnea –dificultad al respirar– está presente en muchas ocasiones y con menos frecuencia se presenta mialgia –dolor muscular–, dolor de cabeza, mareos, dolor abdominal y diarrea. Los cambios en las pruebas de laboratorio son importantes y significativas, alterándose distintos parámetros que nos hablan de daño pulmonar, alteraciones en el sistema inmunitario, afectación celular y de la coagulación. La mayoría de los pacientes ingresados tienen neumonía bilateral con opacidades en vidrio esmerilado –que decimos los médicos, pero que es así..., de verdad– en el TAC torácico. Y, partiendo de esto, muchas posibles evoluciones, muchos signos y síntomas juntos, una panoplia de



variantes y una evolución, posibilidades de tratamiento, de conocimiento de la enfermedad y de posibilidades de fracaso apasionantes.

Estos médicos no acostumbrados al fracaso, salvo los previsibles y controlados, fanáticos de la certeza de los estudios bien diseñados, estos científicos que creen estar cada vez más cerca del control de nuestro entorno, se vuelven locos, se despidan, entran en pánico. Pero reaccionan, estudian más que nunca, hablan entre ellos como nunca lo hicieron, dudan y se arriesgan, recurren a saberes, drogas y fármacos. Algunos olvidados, los más, utilizados para otras patologías. Pero luchan, reaccionan con orgullo. Y dentro del desconcierto, resisten. Aprenden, como sus antecesores, del fracaso, les irrita la impotencia, se vuelven más humanos, sufriendo también en sus carnes el azote de la enfermedad.

Y todos se vuelven a mirarlos y entre ellos, solo se ven sus ojos, las mascarillas que les protegen no dejan ver el resto de sus expresiones, a veces desconcertados, la mayoría de las veces con lágrimas. Pero no rehúyen el enfrentamiento. Esto no es una guerra, es una palabra absurda para describir esta situación, pero sí es un combate desigual que pone en su sitio a los sanitarios y a la sociedad a la que sirven. Y unos cuantos se bloquean y los más elevan su mirada a los cielos y perciben el aliento de Dios.

Y los pacientes se nos mueren, pero también sobreviven muchos de ellos. La tasa de letalidad varía, sobre todo en función de la edad, pero lo sorprendente es que se nos van gentes de mediana edad, sin ninguna comorbilidad, que no tendrían que sucumbir. Es también lo malo de este virus, es muy impredecible, no sabemos muy bien sus reglas, si es que las tiene. La misma infección pulmonar severa, la tormenta,

más bien locura inmunológica, y los fenómenos tromboembólicos son lo que mata a los enfermos, en mayor o menor medida una u otra causa, según su edad. Y la esperanza de futuro, el desarrollo de antivirales eficaces para controlar al agente causal y la venerada vacuna.

Y dentro de este panorama yo he estado ahí, alguien podría decir que en primera fila en la lucha contra este mal. Pero no, yo no considero que haya sido de esa forma. Yo ya no formo parte de esos que han estado porque no tenían más remedio que estar y de los que dentro de las circunstancias han superado sus carencias, sus incertidumbres. Yo me incorporé, desde mi torre de marfil, cuando había replegado velas de mi bendita profesión para cuidar de mí y de los míos, a la vista de lo que se nos estaba viniendo encima. A distancia seguía los acontecimientos en el pueblo de mis raíces, en el día a día convivía con los míos, en la casa de mi estirpe, llena de recuerdos y de vida, rodeado de libros médicos, de retratos de tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y tíos que en otras épocas han luchado contra la enfermedad probablemente con el mismo desconcierto y las mismas inseguridades que ahora se nos presentan a nosotros. Y con una hija que por estar engendrando una nueva vida, no podía estar junto a sus compañeros, en el hospital, en la lucha.

Y, un día, rodeado de los míos, *con* el calor de lo propio, se me hizo patente la pregunta que ya tenía en mi cabeza desde el inicio de toda esta situación: y si en el futuro mis nietos, cuando rememore con ellos mi vida me preguntan ¿y tú, abuelo, cuando lo del virus, qué hiciste?, ¿que podría contestarles?: ¿cuidé de vosotros, cuidé de vuestros padres, de la abuela? ¿Disfruté con vosotros de unos meses duros, amargos, pero egoístamente satisfactorios?

Pero no, me di cuenta de que esa no podría ser la respuesta que se merecían y que yo debía a mi vida. No estaría enmarcada en la trayectoria que ha iluminado mi amor a la vida y a mi profesión. En mi ideal de servicio, de lo que he vivido en mi casa e intentado transmitir. Del ejemplo de mis adalides y referentes en la vida, de muchos que hacen guardia en los luceros de mi vida. Y si tan siquiera quisiera acercarme, aunque fuese a años luz de ellos, no podía estarme quieto. Y por mis hijos sanitarios y por alguno de mis nietos que, seguro estoy, querrá seguir los pasos en esta bendita profesión que me ha llenado la vida.

Y como Dios siempre escucha y nos regala la fortuna de la oportunidad, en las ondas se estaba en ese momento hablando de que, ante la situación que se daba en Madrid, se estaba montando un hospital de campaña en los recintos feriales, ante la avalancha de enfermos y las necesidades de darles asistencia digna.

Y allí me fui. Moví amigos, salvé resistencias (que si ya eres algo mayor, que si tienes factores de riesgo, que si sí, que si qué). Y me incorpore, como una modesta aportación, de verdad, a hacer unas guardias junto a los héroes que sí que estaban allí porque les había tocado.

Me despedí de los míos con normalidad, los dejé en nuestro modesto paraíso, y me aislé de mi mujer y de ellos para no perjudicarles si me pasaba algo. Y se lo dije a mis hermanas y a pocos más y todos me miraron con tranquilidad y sin mayores aspavientos porque iba a hacer lo que era lo natural, lo que me correspondía y punto. Y lo que muchos miles de otras gentes, cada uno en su sitio, estaban haciendo. Sin más mérito que el haberme dado cuenta de cuál era mi lugar en estas circunstancias.

Y qué días y qué vivencia. Los días, grises. La ciudad, solitaria, vacía. Se sentía el

miedo, se palpaba la incertidumbre, la desolación en la calle. Qué impresión el silencio al atravesar la ciudad para ir al hospital. Y lo mismo en el recinto donde se instaló, siempre recordado por mí bullicioso y colorido. El aparcamiento, amplio y semivacío, desamparado. Seres enmudecidos que se acercan a las puertas de este macro edificio desolado, cautelosos, desconcertados, yendo a trabajar sin saber bien a ciencia cierta, en esos momentos, toda la real dimensión de lo que pasaba. Estábamos en los días más negros de la epidemia, en los días de la incertidumbre y el abatimiento.

Y una vez dentro, antes de entrar en las salas, una explosión, un estallido de vida. Gente muchos de ellos muy jóvenes, dicharacheros, bulliciosos y saltándose algunas normas de precaución. Médicos, enfermeras, auxiliares, técnicos sanitarios, celadores, logistas, soldados, vigilantes... variados uniformes, batas, pijamas, SAMUR, SUMMA, militares todos mezclados, guardando malamente las distancias, afanándose en embutirse en esos trajes y ponerse las protecciones de tortura y de vida. Bromas nerviosas, chascarrillos de patio de colegio que pudieran denotar la inquietud ante la situación y la ansiedad por entrar ya al combate. Pabellón 5, allá vamos, nos visten de marcianos. Allá vamos respirando malamente, moviéndonos como autómatas, sudando por lugares de la anatomía que desconocía que tuvieran glándulas sudoríparas tan productivas. Y de nuevo la quietud. Pero esta vez distinto, una calma tensa y entregada. Todo más bien oscuro, al tiempo que nos iluminaba la mirada de los enfermos, temerosa y esperanzada, desconcertada y anhelante. Miradas que querían saber, que intentaban adivinar qué estaba pasando, qué iba a suceder, por qué ellos, por qué de esa forma. Y agradecidas: pocas veces en mi vida profesional he notado en unos ojos tanta gratitud ante cosas que en otras circunstancias no la hubiesen provocado en esa cuantía. Entregados, resignados, desconcertados, pero confiados. Héroe a su manera, supervivientes esperanzados.

Y moviéndose entre ellos, nuestros valientes, los que les ha tocado porque sí, con rapidez y eficacia; ahora un enfermero, allá una doctora, unos auxiliares moviendo a un enfermo, la bala de oxígeno, esta medicación, aquella historia clínica, el paciente que pregunta, la respiración de esa señora, el suero del diabético, no satura, no satura... cansancio, esperanza, espera.

Y así ha sido y está siendo la pelea. Digna, entregada y juiciosa. Y de esta forma estamos inmersos en esta pugna los humanos frente a un virus pendenciero. Y de nuevo tenemos que ser humildes y reconocer nuestros límites. Y rezar por los muertos y por los vivos, huir de las frases hechas para darnos ánimos y reconocer nuestra fragilidad y nuestras fortalezas. Es un honor estar en esta contienda. Y ha sido una honra conocer y estar codo con codo con los de la primera línea. ●

LA (DES)INFORMACIÓN ES PODER

JAVIER VILLAMOR

Periodista

La crisis producida por el coronavirus ha puesto aún más de relieve la batalla de las élites globales por el control de la narrativa. Este control ha permitido a los dueños del mundo ahondar como nunca en la pseudorealidad que les asegura sus cuotas de poder y mantener al resto en una situación de cierto reposo latente con el fin de mantenerlos en la ignorancia.

Pero con el Covid-19 lo que ha resultado es que, dado el nivel de hastío de gran parte de la población por la crisis financiera cuasi perpetua y la corrupción de los gobernantes nacionales e internacionales, la sociedad está empezando a desconfiar en los organismos de propaganda del sistema. La crisis de credibilidad de los medios de comunicación siempre ha sido una constante en la era posmoderna, pero se disparó en especial desde el surgimiento de conceptos como «fake news» (bulos, en español) o «postverdad».

¿A qué se debe este hecho? Hay múltiples factores que lo explican, pero lo más evidente es la burda utilización de los medios de comunicación de masas como generadores de cortinas de humo para beneficio de empresarios que instauran a través de ellos un espejo en el que desean que la sociedad se refleje y que deje de pensar que hay algo más allá de lo que se le está diciendo.

La manera en que ha reaccionado el mundo, los medios de comunicación y las naciones más poderosas del planeta ante la crisis del coronavirus ha hecho despertar a una gran cantidad de ciudadanos del letargo.

La información que nos llega es contradictoria, errónea, falseada, interesada... Nada nuevo bajo el sol, eso es cierto, pero en este caso ha ocurrido algo nunca antes visto: ya se habla abiertamente de Nuevo Orden Mundial.

Sí, lo que por muchos años ha sonado como algo intangible, etéreo o inconcreto –algo propio de locos, prácticamente– ha resultado ser finalmente verdad. Y por muy extraño que parezca, son los gobernantes y algunas multinacionales los que ya hablan abiertamente de este concepto, de esta «nueva normalidad» como la han denominado. Bonito eufemismo... pero no es más que eso, un eufemismo.

¿Qué relación tiene todo esto con la pandemia? Es lo que vamos a ver.

Covid19, ¿contagio natural o invento del ser humano?

El origen del nuevo coronavirus es en sí un ejemplo de esa batalla por la narrativa a la que hacía referencia al comienzo del texto.

Una vez China confirmó el estallido del brote a finales de diciembre de 2019, vimos cómo la Organización Mundial de la Salud (OMS) minimizaba la capacidad de daño del

virus y recomendaba no tomar precaución alguna ni restringir el tráfico de personas dejando las fronteras abiertas.

Esto resultó ser un craso error que miles de personas por todo el mundo han pagado con su vida. Recientemente hemos sabido que Taiwán, por orden de su ministra Tsai Ing-wen, ya informó poco después del brote en China de la gravedad de la situación, pero la OMS, comandada por el marxista declarado Tedros Adhanom, hizo caso omiso de la advertencia.

Como curiosidad, cabe destacar que Taiwán no es miembro de la OMS por las presiones de China ante el conflicto diplomático que mantienen ambos países por el deseo expansionista del gigante asiático.

Tras el brote, estalló la batalla por la (des)información. Recibimos constantemente un bombardeo informativo que no deja ver más allá de lo que nos cuentan: número de muertos e infectados en tiempo real como si de estadísticas deportivas se trataran, políticos echándose la culpa unos a otros... el típico circo mediático al que nos tienen acostumbrados, solo que potenciado.

Mientras, la pregunta que todos nos hacemos es: ¿de dónde demonios ha salido este virus que ha bloqueado el mundo de la noche a la mañana? La respuesta no está en los medios de comunicación habituales, tampoco es posible señalar con exactitud el origen, pero pueden rastrearse ciertas pruebas que ayuden a, al menos, comprender qué intereses económicos y políticos hay detrás de todo esto.

Siguiendo la pista a una cepa

Hay varias vías de investigación de este virus. Una, digamos, internacional y, otra, «made in China». Una no excluye a la otra, como veremos.

La vía internacional comienza cuando la OMS notifica acerca de una nueva cepa de coronavirus en el año 2012 en Arabia Saudí que se mantiene activa hasta el año 2013. En ese momento, las referencias a la misma desaparecen hasta que sale a la luz el nuevo Covid-19. ¿Qué ocurrió en todo ese tiempo?

El 4 de mayo de 2013, el Laboratorio Nacional de Microbiología de Winnipeg MB, Canadá, recibió el novedoso coronavirus del Centro Médico Erasmus de Rotterdam, Países Bajos.

El doctor Frank Plummer, experto internacional en la lucha contra el virus del ébola, lo confirmó en un artículo el 14 de mayo de 2013. En el laboratorio canadiense trabajaba una pareja de científicos chinos que robaron esta cepa y otras, como la del ébola, y se las llevaron a China. Se teme que esa pareja fueran realmente agentes encubiertos del Partido Comunista Chino.

Algo que llama la atención es que tanto el doctor Plummer como el doctor Salama, director ejecutivo del Departamento de Salud Global de la OMS, han muerto hace apenas dos meses en plena crisis del coronavirus. El primero de un infarto y el segundo de «muerte repentina».

Sigamos con el viaje temporal. En 2014, se construyó en Wuhan un laboratorio franco-chino para el estudio de virus infecciosos. Puede tener relación o no, pero Francia fue de los primeros países en descartar que el Covid-19 viniera de Wuhan en China. ¿Por qué lo aseguraron categóricamente sin mostrar prueba alguna?

En 2015, la empresa británica Pirbright patentó una vacuna contra el coronavirus. Esta empresa ha sido financiada por la fundación Bill y Melinda Gates.

En ese mismo año, Bill Gates impartió una conferencia en TED en la que avisó de los peligros de una posible pandemia que podría llegar a matar a unos 30 millones de personas en todo el mundo. En otra conferencia señaló que se podría reducir el crecimiento de población mediante el uso de vacunas, el sistema de salud y la «salud reproductiva» (eufemismo para no decir aborto). Sí, así lo dijo.

Tanto Bill como Melinda Gates son unos apasionados del control de natalidad, como otros tantos miembros de la élite empresarial y política mundial. Entre ellos, Felipe de Edimburgo, el marido de la reina Isabel II de Inglaterra, quien dijo, textualmente, «si pudiera reencarnarme, me gustaría volver como un virus mortal con el fin de contribuir a resolver la superpoblación». Este señor aboga por reducir la población mundial a dos mil millones de personas, lo que supone eliminar a cinco mil millones.

Como podemos comprobar, parte de la élite que gobierna el mundo es una entusiasta genocida.

Vamos ahora al rastro «made in China».

La doctora china Shi Zhengli es una experta reconocida a nivel internacional en el coronavirus trabajando durante años en el Instituto de Virología de Wuhan. El virus que nos ocupa está presente en la naturaleza en muchos animales, incluido el ganado del que nos alimentamos, pero no tenía la capacidad para mutar e infectar al ser humano.

No, al menos, hasta que Zhengli consiguió entre 2010 y 2013 modificar algunas de las proteínas del coronavirus salvaje para que pudiera afectar a organismos diferentes a los murciélagos, entre otros. Según demuestra en sus estudios científicos, las pruebas fueron positivas en chimpancés, organismos biológicamente semejantes a los seres humanos.

En 2015, el científico Declan Butler llamó la atención en la revista *Nature* sobre lo extremadamente peligroso que es el hecho de haber modificado un virus semejante en laboratorio con un claro potencial para el uso militar en la guerra biológica.

¿Es posible que la doctora Zhengli pudiera haber terminado su trabajo con algunas de las cepas previamente tratadas en Canadá provenientes de Rotterdam? Es más, en esos años realizó varios viajes a países como EE. UU. y Canadá. ¿Con quién se encontró en esos viajes? ¿Puede haber una relación entre ellos?

Soros y China

Todo indica que el virus que estamos sufriendo ha sido creado en laboratorio, a pesar de que todavía seguimos siendo bombardeados con noticias que niegan todas las evidencias y que insisten en la transmisión natural de pangolines y murciélagos. La última en defender esta tesis ha sido la OMS, pero su extraña relación con China resta toda credibilidad a esta afirmación.

Como sea, queda claro que detrás de este virus también existen unos intereses comerciales, como es habitual. Y, en este caso, quiero fijarme en la figura del multimillonario de origen húngaro George Soros.

Según un informe de la Comisión de cambio y valores de Estados Unidos del primer tercio de 2011, el fondo de George Soros (Soros Fund Management) invirtió en la

empresa Wuxi Pharmatech Cayman enfocada en productos biotecnológicos y creada en Shanghái en el año 2000. En el año 2008, la empresa compró App Tech.

Un año después de esta inversión, Wuxi construyó un laboratorio en la ciudad de Wuhan (concretamente en el número 666 de Gaoxin Road East Lake), la misma ciudad donde se encuentra el Instituto de Virología y en donde, supuestamente, estalló todo.

Wuxi App Tech es una empresa que trabaja, en especial, en tres campos: terapia genética y celular, vectores virales y productos virales. En resumen, se especializa en bioingeniería y en la producción de tests virales.

Esta empresa se encuentra muy cerca de laboratorio P4 de alta seguridad en el que se habría tratado el actual Covid-19. Este laboratorio pertenece al Instituto de Virología de Wuhan que, a su vez, pertenece a la Academia China de Ciencias. El director del laboratorio es Yuan Zhiming quien fue el responsable de la creación de la ciudad científica de Wuhan. Antes hablamos de Francia, resulta que el país galo fue el que diseñó el laboratorio P4 de Wuhan. ¿Niegan toda relación entre el Covid-19 y China para eliminar toda hipótesis que guíe hasta ellos?

Yuan Zhiming colabora con Jiang Zhicheng, hijo de Jiang Mianheng, hijo de Jiang Zemin, ex líder supremo del Partido Comunista Chino. Zhicheng (nieto de Zemin) es el responsable de Wuxi App Tech, dueña de la farmacéutica Fosun asociada a la norteamericana Gilead en la producción de Remdesivir, uno de los fármacos que se están testeando en este momento contra el coronavirus.

Soros invirtió en eso hace años. ¿Sabía algo?

Pero el multimillonario no solo tiene intereses en China. En mayo de 2019 compró acciones de Grifols –multinacional española radicada en Cataluña–, por un valor de 38 millones de euros. Esta empresa está enfocada en productos hemoderivados (plasma sanguíneo, etc.). Poco después, entra Capital Group con una inversión de 400 millones de euros. A su vez, la empresa Genómica (también con una de sus sedes en Wuhan) saca al mercado español el test para el coronavirus Covid-19. Genómica pertenece a PharmaMar que se alía con Grifols en la esfera internacional para luchar contra el coronavirus. Organismos supranacionales ya han firmado acuerdos con ambas empresas. ¿Resultado?

Revalorización de estas empresas por encima del 35% para Grifols y por encima del 28% para PharmaMar. Negocio redondo en poco más de seis meses de inversión para Soros y otros inversores que le siguieron. ¿Casualidad? Saquen ustedes sus conclusiones.

Las consecuencias políticas del coronavirus

La respuesta de la élite no se ha hecho esperar, es como si esta pandemia les hubiera caído del cielo.

Organismos internacionales como la OMS, la ONU, la Unión Europea y un largo etcétera ya hablan abiertamente de cesión de soberanía a estos entes para poder hacer frente a «los retos que plantea para la salud pública» este virus, según nos comentan.

Políticos como el presidente español, Pedro Sánchez, son conocidos por ser títeres de los globalistas como George Soros y los fondos de inversión. Es más, Sánchez se ha reunido en numerosas ocasiones con el magnate sin dejar constancia a pesar de los requerimientos por parte del Comité de Transparencia. Ha declarado las reunio-

nes como «secretas». ¿Acaso la transparencia no es un requisito clave para hablar de democracia? Vemos que la están erosionando cada vez más y sin control alguno.

Pero en la órbita de Soros no solo está Pedro Sánchez. También se encuentran la ministra de Exteriores González Laya, el exministro de Industria Miguel Sebastián, periodistas de *Eldiario.es*, plataformas de libertad de información, organizaciones, fundaciones... El entramado es imposible de detallar aquí pero penetra en todas las capas de las sociedades.

Los políticos títeres de los globalistas totalitarios ya se han quitado la careta. En las últimas semanas, la portavoz del gobierno social-comunista español ha hablado abiertamente de Nuevo Orden Mundial. En la sesión de control del 22 de abril, una parte del discurso del presidente filtrado a los periodistas por parte de La Moncloa, decía lo siguiente: «La pandemia tiene como objetivo acelerar cambios que ya venían de hace años: el cambio en el teletrabajo, en el consumo, hacia la digitalización y la automatización, hacia formas de gobernanza mundial». Sánchez, en el estrado, cambió «objetivo» por «efecto», pero los medios ya habían transmitido el mensaje original. Se les escapó el matiz que desmonta todo su relato.

Sí, exactamente el discurso filtrado indicaba que la pandemia tiene como objetivo todo eso. Eso quiere decir que hay una intención clara detrás de ella con la intención, como han dicho, de modificar radicalmente el mundo conocido mediante ingeniería social.

Uno de los más entusiastas de esto es, nuevamente, Bill Gates, quien está financiando el proyecto ID2020 para el control digital de toda la humanidad y una especie de tatuaje formado por polímeros y azúcares que serviría para identificar quiénes han sido vacunados y quiénes no. Esto se implementaría a la par que la vacuna universal de Bill Gates subvencionada y promocionada por la élite política y financiera mundial. Mediante estos dispositivos el Estado tendría un control absoluto sobre la población y acceso total al registro de cada individuo (información laboral, sanitaria, económica...).

La humanidad está al borde de un precipicio nunca antes visto ni imaginado donde el control será prácticamente absoluto.

Nos encontramos ante una élite globalista que desea subyugar la economía y política mundial bajo su cetro de mando.

Juntos podemos evitarlo si la humanidad despierta del letargo del materialismo individualista al que nos llevan sometiendo décadas. No es tarde si reaccionamos ya. La libertad bien lo merece ●

La economía española en tiempos de pandemia: **REACTIVAR NO «DESESCALAR»**

JAVIER MORILLAS

Director del Centro de Economía Política y Regulación-IED. Catedrático de Economía Aplicada de la Universidad CEU San Pablo.

1. Introducción. Con una deuda pública superior al 98 por ciento del PIB llevaba el Gobierno de España gastados 19.000 millones de euros dedicados a sus «viernes electorales». Y tras dos años incumpliendo la Ley de Contratos públicos, liquidando sus deudas cada vez con más dilación, hasta los 70 días de media en 2019: más del doble de los 30 señalados por Ley. Y en esto que, en plena desaceleración y en medio del agravamiento de la liquidez empresarial y del déficit público estatal, llegó de China el coronavirus.

Como consecuencia se articulan unos burocratizados programas de ayuda con alto coste administrativo. Al contrario que los creados en los países líderes de la eurozona o en EEUU. En éste se crea el Paycheck Protection Program, PPP, para PYMES dotado con 350.000 millones de dólares; unos préstamos garantizados por el Gobierno mediante los cuales obtienen liquidez para pagar gastos fijos, sueldos, alquileres y suministros; no teniendo que devolverlos al gobierno si no despiden a nadie. Con solicitudes «on line», rápida tramitación, sin diferenciar empresas nacionales o extranjeras; porque lo importante es salvarlas, financiando directamente empleo y garantizando su futura producción interna, en lugar de incentivar el paro, la economía sumergida o la salida de capitales. Sin afectar la libertad de mercado; permitiendo las negociaciones y ajustes organizativos en su aparato productivo, que igual que acumula ya más de 36 millones de parados, que recibirán sus cheques directos temporales de 1.200 dólares mensuales, se irán reemplazando en el segundo semestre de este año por su flexible legislación laboral. Facilitando además una readaptación ocupacional general de efecto multiplicador con la recuperación. Y sí, allí la recuperación será en «V».

Por el contrario nuestro presidente, ha permanecido durante estos meses agazapado tras su «Estado de alarma». Incumpliendo la Ley de Transparencia. Con sus atrabiliarias políticas de control de precios. Sin presupuesto propio. Pasando los meses desde la moción de censura, por una razón u otra, a «salto de mata». Suponemos que esperando, tras el rescate venidero, poder «saltar» a algún cargo comunitario o internacional.

2. ¿Desescalar o reactivar? Los institutos de investigación han estimado distintos escenarios de evolución para la economía española. Todos dentro de las amplias horquillas de Morgan & Stanley de caídas del PIB en 2020 entre -5'8% y -22'6% y alzas en 2021 entre +7% y +3,8%. Así la Comisión Europea prevé una caída y recuperación del -9'4% y +7% para 2020 y 2021 respectivamente; el FMI -8% y +4'3%; a Airef -8'9% y +4'6%. A mayores caídas estimadas para 2020 (el Banco de España entre -6'6% y -13'6%), mayor recuperación en 2021. Y es que todo irá dependiendo de la duración final de la pandemia con su eventual rebrote en otoño, y de las medidas gubernamen-

tales. De igual forma que según el tratamiento dado a un enfermo su organismo se recupera o «reactiva» (nunca «desescala»...).

Habiendo caído durante los 5 años 2009-2013 un 10%, nos hacemos idea del golpe a encajar en 10 meses. Con un gobierno que repetía no tener Plan B. Y cuando la experiencia de todas las pandemias nos dice que para «reactivar» la economía lo mejor son «inyecciones en vena». Es decir transferencias directas de ingresos/liquidez a las personas/empresas dañadas y congelación de impuestos. Lo que también nos permitiría conocer de forma limpia el coste por Estado en la UE cara a las inyecciones pertinentes y las ayudas a que cada país miembro se haga acreedor.

Tal es el planteamiento en los países del «confinamiento inteligente» en lugar de la vía española sin colaboración público-privada, y solicitudes de ayuda de alto coste burocrático y dilatada materialización. Que financia parados en lugar de financiar empleos.

Si el gobierno sigue así está abocado al rescate. Ya ha empezado una lucha por el relato y la terminología, según el dinero venga de la Comisión, MEDE, BCE,... Como Tsripas en Grecia cuyo gran logro (sic) fue no mencionar la palabra «Troika»; pero sus cuentas terminaron intervenidas bajo amenaza de expulsión del euro y un indocumentado Varoufakis expulsado del gobierno. Cabe preguntarse si será esta la estrategia última de Sánchez tras su intento de arrastrar en su «desescalada» o despeñamiento a la oposición, en esa llamada «Comisión de Reconstrucción».

3. Un 2 de mayo económico. Pero aquí y ahora no hay nada que reconstruir. Cuando un nuevo aniversario del 2 de mayo vuelve a hacer reseñable esta fecha por la propuesta gubernamental de ir alterando «su» modelo de «confinamiento»: el mayor de Europa. Llamado a minorar los daños sociales de la subsiguiente ola recesiva a toda crisis epidemiológica, económica o bélica.

Porque recordemos aprovechando la efemérides las catastróficas consecuencias económicas de los 6 años de la Guerra de la Resistencia –mal llamada de la Independencia–, 1808-1814. Una «guerra total», sin parangón desde el siglo VIII en nuestra historia. Que deja un país destruido, entonces sí, tras «la francesada» y prácticas de tierra quemada, requisas de ganados, cosechas, tesoros de iglesias y ermitas ofrendados por los fieles durante generaciones, rejas de ventanas y balconadas fundidas para munición; destrucción de todas las fábricas pioneras de nuestra industrialización del siglo XVIII. Inutilización de infraestructuras, castillos, puentes, como los siete que cruzaban el Cinca: ninguno había podido ser reconstruido quince años después por falta de medios. Cuando en 1820 Fernando VII jura la Constitución y las Cortes quieren que sea con manto y Corona para mayor solemnidad, el Rey ya no los tenía pues se los habían llevado los franceses. La llamada «Inmaculada de Soult» (la de Murillo) no fue devuelta del Louvre hasta 1941. El mismo Castaños, héroe nacional –quien por cierto sigue sin una estatua en Madrid– cobraba su paga con meses de retraso, como los funcionarios.

En esa «maldita guerra de España» (Napoleón dixit), a diferencia de otros países donde solo luchaba el ejército regular y el poder se solventaba en una batalla decisiva o capturando la Corte, «surgieron guerrillas en cada provincia, en cada rincón, pres- tos al degüello», describió W. Wordsworth. De los apenas 11 millones de habitantes murieron unos 200.000 (tantos como franceses), entre civiles y militares en combate



El paro se dispara y lleva a buena parte de la población trabajadora a las colas para conseguir alimentos

y consecuencias inmediatas; más otros tantos por causas derivadas, cólera, tifus, hambre: un 4% de la población. Porcentaje similar o mayor al número de fallecidos entre 1936-39 para un país de 24,8 millones de habitantes. Las series de A. Madison 1814-1844 nos dan un PIBpc cuasi estancado durante 30 años.

Hoy nuestro tejido productivo está intacto y tenemos un potente sector agropecuario que evitará situaciones de hambre. Nada comparable por tanto, salvo para recordar aquella capacidad de resistencia, descapitalización y desesperadamente lenta recuperación del ahorro intergeneracional posterior a toda crisis para inversión y recuperación de competitividad. En 2019 exportamos por 290.000 millones de euros; maquinaria, 20,4%, automoción 15,2%, química 14,5%, agroindustria 16,8% además de autoabastecernos. Hay una demanda embalsada y mantenemos nuestro sistema productivo intacto, a diferencias de otras grandes crisis históricas. Por tanto si ahora «reactivamos» bien hemos estimado una caída no inferior al 7% del PIB. Pero en 2021 podríamos estar creciendo ya en el entorno del 3%.

4. Italia y Portugal como escudo. El pasado día 16 de abril España subastó una de sus últimas emisiones de deuda a largo plazo. Era la cuarta emisión en la que tuvimos que aumentar los pagos, hasta el punto de duplicar el tipo de interés ofrecido consecuencia de la actual situación. Ya pagamos por las letras a 12 meses. Y por los bonos a 3 años el tipo de interés marginal se ha doblado pasando del 0,107% al 0,266%. Parecido con los bonos a 5 años, que han subido de un interés marginal del 0,276%, el 2-3-2020, al 0,419%. Y ello contando con las intervenciones del BCE, quien además amplía las exigencias de capital a los bancos para que faciliten liquidez favoreciendo así su actuación contracíclica.

Mientras, el gobierno sobreactúa con una maraña de medidas de complicada aplicación. Con sucesivas prórrogas de periodos de alarma sin plan ad-hoc; cuando debidamente protegidos podrían haber ido abriendo antes –como nuestros vecinos– actividades tales como floristerías, bricolaje, reparaciones, concesionarios, minicomercios... Sin que procedan afirmaciones como las de la ministra Díaz sentenciando sectores, como el turístico, hasta 2021.

Cuando las salidas y fugas de capital llevadas a cabo por los ahorradores internacionales y fondos de inversión de Italia y Portugal, vistos como países de riesgo, todavía encubren las de España, actuando a su pesar como nuestro auténtico «escudo social»; mostrando el supuesto caso de éxito portugués, esgrimido por el Gobierno como modelo a imitar; y que evidencia la falta de solidez del tejido productivo luso disparando (como en el caso italiano) su prima de riesgo por encima de la española como era normal, prolongación del mercado español pero sin las ventajas de las economías de escala y fortaleza de éste.

Pero tras ellos vamos nosotros. En un contexto alcista de tipos de interés, si en 2017-2018 con la economía creciendo en el entorno del 3% el Tesoro del Reino de España tenía que pedir prestado al exterior unos 230.000 millones de euros, en 2020 necesitaremos emitir no menos de 320.000 para refinanciar la deuda que vence y cubrir las necesidades de financiación del déficit y pagar cuantas medidas el gobierno improvise. El BCE comprará 100.000 millones; los bancos españoles otro tanto; el problema será la colocación de los 120.000 millones restantes. Lo cual será difícil máxime con esa «renta mínima» permanente, que hará caer más nuestros ingresos públicos y subir nuestro gasto y desprestigio internacional, al hacer aumentar todavía más la economía sumergida.

5. Fondos de «austericidas». Austeridad es un término que, según nuestro Real Diccionario de la Lengua, viene del latín «auster», como algo «difícil» considerándolo una «cualidad», «itas», al hacerse sin ningún tipo de alarde, de manera moderada y ajustada a ciertas normas. Muy ligado al concepto del emprendedor «ordenado y diligente» que pondera nuestro Código de Comercio.

En el contexto de la Unión Europea algunos denominan «austericidas» a países tan prósperos como Holanda, Austria, Dinamarca, Suecia (los cuatro más señalados), más, Alemania, Luxemburgo o Finlandia (que están detrás). También Irlanda, quien a su entrada en la UE tenía un PIB por habitante inferior al español y hoy más que lo dobla con un gasto público «austero» del 25% del PIB, frente a nuestro 42% subiendo. Mientras la Comisión alerta del déficit estructural español que superará el 5% en 2020 y 2021, como poco. Arrastrando un déficit público del 2'82% (2019), frente al 1,3% comprometido, con un gasto político agigantado y un macroejecutivo artificial de 22 ministerios. Esto en el país con mayor déficit estructural de la eurozona. Y segundo en déficit primario tras Francia, donde Macron se pega a la foto de creación del fondo de transferencias directas ideado por Merkel de 0'75 billones de euros, para rentabilizar una «virtuosa» imagen francoalemana.

Pero esas transferencias, fruto de los ahorros de las familias de los «austericidas», no llegarán hasta 2021. Y no serán «gratis total», sino condicionadas a importantes reformas apenas amaine la pandemia, quedando el resto de este año un calvario en busca de liquidez para ERTES y subsidios. Mientras el Banco de España rectifica sus previsiones para 2020, pasando de una caída del PIB del 6,6% en su mejor escenario al 12%, consecuencia de las erráticas medidas gubernamentales últimamente adoptadas. Con una ministra de trabajo calculando en 80.000 millones de euros los impuestos que España necesita para financiar su idílico estado. Lo que exigiría subir impuestos un 37%. Esperemos no sea esta la «nueva» normalidad. ●

INCOMPETENCIA Y MALDAD

LUIS BUCETA FACORRO

Doctor en Ciencias Políticas, Licenciado en Derecho, y diplomado en Psicología y Sociología, y Catedrático

En este inesperado pero necesario reclutamiento domiciliario, cada día nos llegan más noticias sobre el desastre sanitario que estamos sufriendo, con una imprevisión llena de deficiencias elementales, con una incapacidad para solucionar los problemas que van surgiendo, que como ciudadanos nos dejan atónitos e indignados. Llenos de perplejidad ante un gobierno y unos políticos que muestran una incuria y un desprecio hacia la realidad que pretenden moldear con voluntarismo ideológico de sabiduría y prosperidad, cuando todo se está derrumbando a su alrededor. Los hechos están dejando patente su incompetencia, su incultura y su, desafortunadamente, para todos, algunos, (uso genérico español pero que también se den por aludidas «algunas»), además, son malvados. Todos, salvo alguna excepción que nos congratula y da esperanzas, dan muestras de una irresponsabilidad impropia de una sociedad civilizada, lo cual es muestra patente de su decadencia.

Ya Ortega y Gasset nos advirtió, hace casi un siglo, que ante el sempiterno problema de las «relaciones entre civilización y lo que queda tras ella –la naturaleza–, entre lo racional y lo cósmico», la naturaleza está siempre ahí y se sostiene a sí misma, pero, al contrario la civilización no se sostiene a sí misma, «es artificio y requiere un artista o artesano» (Ortega, 1990; 111), y nos advierte que si queremos aprovecharnos de las ventajas de la civilización, pero no nos preocupamos de sostenerla, en un dos por tres, nos quedaremos sin civilización y vuelve la selva. La cuestión se encuentra en que para el hombre medio actual no existen los principios en los que se apoya el mundo civilizado. Y ello es así, continua la clarividencia de Ortega, porque la civilización cuanto más avanza se hace más compleja, cuanto mayor sea el progreso la vida es cada vez mejor, pero cada vez más complicada y más en peligro está. Por ello, cada generación ha de buscar y encontrar los medios adecuados para resolver los problemas, a su vez más complejos, que se le presentan, pero para eso es fundamental y necesario el saber histórico, que es el que «evita cometer los errores ingenuos de otros tiempos. Sin embargo, las gentes más cultas de hoy padecen una ignorancia histórica increíble» (Ortega, 1990; 113).

Si los de su tiempo padecían esta ignorancia, pensemos nosotros, hoy, en que con total desvergüenza se llegan a plagiar tesis doctorales, con la anuencia de profesores de la Universidad. Si a la ignorancia histórica, añadimos la maldad de querer reconstruirla según sus intereses e ideologías particulares, obtenemos el perfil humano y psicológico de nuestros dirigentes actuales. La hipótesis de Ortega, según la cual el europeo, que empieza a predominar en la compleja civilización en que ha nacido, es «un hombre primitivo, un bárbaro emergente, un invasor vertical», se está cumpliendo en nuestros días. Y todo ello ha llegado, según el profesor Fueyo, por el «ascenso a la sociedad como entequeia pensante para la superación dialéctica del Yo, como ente de razón», lo que conduce «al exterminio de la persona como ente de soberanía pensante» (Fueyo, 1973; 51), lo que se enmarca en el gran empeño comunitario con

el detrimento de la persona individual. Si bien el ser humano vive y se desarrolla en sociedad, su dignidad e integridad es intrínseca y no puede ser violada comunitariamente. A esta tendencia de anulación por los agentes sociales, el profesor Gómez Arboleya, malograda gran esperanza del pensamiento social en España, nos aclara que aunque el hombre vive la realidad como realidad social, esto no quiere decir que «el hombre se agote en sociedad. La sociedad es el ámbito en que únicamente puede desarrollar el hombre su vida, pero esta realización es una toma de posesión de sí mismo en la intimidad de su ser personal [...] el hombre en sociedad con los otros hombres, despliega su vida en la historia» (Gómez Arboleya, 1957; 6).

Hemos vuelto a la historia. Las personas no podemos soslayar la responsabilidad de tomar cuenta de cada situación y decidir lo que hay que hacer. «La historia no es un conjunto de hechos que quedan detrás del presente, como sombras inánimes, sino algo más: una serie de acontecimientos que pasaron, que son pasado, pero que al pasar, al dejar de ser efectivamente reales, dotaron al hombre de posibilidades de vida futura» (Gómez Arboleya, 1957; 7). Es preciso, pues, volviendo a nuestro tema, buscar el antecedente de esta ignorancia, de la historia y su evidente desprecio a su conocimiento con la veracidad que pueden ofrecer los hechos y situaciones.

La hipótesis sostenida hace casi un siglo, en los años 20 del pasado, por D. José Ortega y Gasset en el capítulo XI de su *Rebelión de las Masas*, desde una perspectiva europea, es que «la historia europea parece, por primera vez entregada a la decisión del hombre vulgar como tal. O dicho en voz activa: el hombre vulgar, antes dirigido, ha resuelto gobernar el mundo» (Ortega, 1990; 118). Este hombre masa, convertido en masa de hombres, había decidido gobernar ellos en vez de ser gobernados. Ellos es el principio o la concreción del «proceso de descomposición creciente de la constitución política del mundo civilizado» (Fueyo). Este proceso lo lleva a cabo un nuevo tipo de hombre masa como estructura psicológica concreta: «1º, una impresión nativa y radical de que la vida es fácil, sobrada, sin limitaciones trágicas; por tanto, cada individuo medio encuentra en sí una sensación de dominio y triunfo que, 2º, le invita a afirmarse así mismo tal cual es, a dar por bueno y completo su haber moral e intelectual. Este contentamiento consigo le lleva a cerrarse para toda instancia exterior, a no escuchar; a no poner en tela de juicio sus opiniones y a no contar con los demás. Su sensación íntima de dominio le incita constantemente a ejercer predominio. Actuará, pues, como si solo él y sus congéneres existieran en el mundo; por tanto, 3º, intervendrá en todo imponiendo su vulgar opinión, sin miramientos, contemplaciones, trámites ni reservas, es decir, según un régimen de “acción directa”» (Ortega, 1990; 118).

Este tipo de personalidad representa el producto de una sociedad de la abundancia, con la que se encuentra gratuitamente y sin esfuerzo. La gran contradicción es que si bien parecería evidente que el resultado de una sociedad sobrada fueran personas más desarrolladas como tales, y comprometidas con el desarrollo social, se ha producido lo contrario, unos personajes sin compromiso, incapaces de afrontar los arduos problemas que van surgiendo a medida que el progreso crece. A mayores medios y posibilidades problemas y cuestiones más complejas. La abundancia de medios y posibilidades puede llegar a producir, un tipo psicológico que considera que todo lo alcanzado, con lo que se encuentra sin haberlo conseguido con su esfuerzo, sino con el esfuerzo de sus antepasados, le pertenece con la satisfacción de verse instalado en medio de la riqueza y sus prerrogativas.

A la generación que percibió Ortega y que encontramos, ahora, a nuestro alrededor y que abría una época la denominó «la época del señorito satisfecho». La consideró la época del «niño mimado de la historia humana. El niño mimado es el heredero que se comporta exclusivamente como heredero» (Ortega, 1990; 119). Nos quiere mostrar la abismal diferencia que hay entre los hombres creativos que con su esfuerzo, trabajo y diversas y dolorosas tribulaciones, moviliza sus capacidades y consigue su progreso personal y el desarrollo social. Todos los que se esfuerzan en su profesión, sea cual sea, sobre el trabajo bien hecho está en el camino del progreso y la riqueza personal y



social. Pero un mundo sobrado y con abundancia conseguida por los creadores, abre la posibilidad a romper el equilibrio entre los medios y los problemas y necesidades que sentía el que tuvo que luchar en la escasez. Este heredero que se encuentra rodeado de bienestar, no valora en el esfuerzo y las penalidades que han exigido su logro y no siente responsabilidad ante ello, si no el derecho al disfrute de todos esos beneficios en comodidad, seguridad en la salud, y en los diversos ámbitos de su vida. No es consciente de lo difícil que es conseguir todas estas satisfacciones y, en vez de progresar, se produce una degeneración humana en un hombre-masa, satisfecho de sí mismo mostrando ciertas características de intereses y ociosidad. Por ejemplo, el cultivo del cuerpo, propensión a los juegos y al deporte, preocupación por su imagen exterior, trajes, moda y otras más profundas como la frivolidad sexual, acompañado de un desprecio por el trabajo intelectual, la cultura y el conocimiento. Se cree sobrado de todo y actúa como si el mundo empezara con ellos, como Adanes de la historia.

Ante unas estructuras sociopolíticas, con graves y profundas injusticias de desnivel y explotación creen tener la fórmula mágica de un mundo mejor, pero para conseguirlo hay primero que destruir lo que hay, de ahí proceden las teorías y la creencia de la «destrucción» siguiendo al negativo pensador francés Jacques Derrida, que

también emplea el término «des-estructura» pues se trata de deshacer, de descomponer todo tipo de estructuras socio-institucionales, políticas, culturales, lingüísticas y filosóficas. Es una crítica radical contra la metafísica occidental que no es el lugar aquí de analizar. A este planteamiento desde la confusa filosofía postmoderna, se unen los planteamientos puramente marxistas y, más concretamente, las estrategias de Antonio Gramsci y las ideas del profesor argentino Ernesto Laclau.

El siglo XX, trágico humanamente y escalofriante para la racionalidad, de cuyas crueles experiencias parecen confirmar que poco aprendemos de la historia, quizás porque no es lo mismo la vivencia directa que el conocimiento transmitido. Si encima no se estudia el pasado y se es un ignorante. Las posibilidades son prácticamente inexistentes. La primera mitad del siglo XX es trágica y alucinante a la vez. Las trasnochadas ideas del siglo XIX, con el romanticismo nacionalista de dominación, condujeron a la primera Guerra Mundial (1914-1918), de la cual salieron los jóvenes alegres, confiados y satisfechos de los años XX, que van a terminar en una segunda Guerra Mundial (1939-1945), de consecuencias en vidas humanas y destrucción de cifras escalofriantes, añadiendo, a partir de 1945 la influencia y dominio comunista de media Europa y su expansión por todo el mundo. Que errores no se cometieron para que solo veinte años después se repitiera un conflicto mundial de aquellas características, y entre las dos, la guerra civil española (1936-1939), de la cual las actuales generaciones no parecen saber ni han aprendido nada.

En el mundo occidental de Europa y Estados Unidos se produce un desarrollo, hasta ahora impensable, económico, científico y técnico que producen un estado de bienestar y de vida materialmente abundante, en libertad y seguridad. Así surgen nuestros «niños mimados», los herederos de un bienestar al que se creen con derecho como herederos, sin esfuerzo y todas las posibilidades, que a unos les lleva a la indiferencia y, a otros, a querer eliminar lo existente pero, sin dejar de disfrutar lo que ahora tienen, para conseguir una sociedad perfecta. La caída del muro de Berlín, símbolo del horror y totalitarismo comunista, no ha servido de enseñanza, y así llegamos a los movimientos populistas actuales. Realmente, los populismos se caracterizan por proponer, ante los problemas de desajuste total, producidos, indudablemente por la avaricia sin límite de unos pocos mediante la explotación de la mayoría produciendo disonancias profundas que evidentemente existen en el mundo, estos populismos ofrecen soluciones aparentemente fáciles y sencillas pero de difícil o imposible aplicación. Se trata de dirimir a las personas de los males sociales con soluciones simples, es decir, soluciones fáciles a complejos problemas que nos conducirían a una sociedad armónica y bienaventurada. Tienen los populismos una gran carga emocional y voluntarismo a ultranza, lo que llama el profesor Pinillos «pensamiento desiderativo», que constituye uno de los mitos contemporáneos, consistentes en «una forma de pensamiento crédulo y simplista, dispuesto a aceptar sin pestañear las maravillas o las mistificaciones más extraordinarias, con tal que tranquilice su inquietud» (Pinillos, 1988; 72). Por eso, los populismos son aceptados con entusiasmo, porque responden a la permanente exigencia psicológica humana de equilibrio emocional, proporcionando seriedad y serenidad.

El populismo encarna en un líder carismático, una especie de profeta que nos va a conducir a la bienaventuranza prometida. Son radicalmente antisistema y, como voz del pueblo desprecian las leyes democráticas porque es un derecho que protege

a la clase política y a los explotadores. Se arrojan ser la auténtica voz del pueblo, recurriendo a las movilizaciones de masas y todo tipo de acción directa en las calles. Identifican el pueblo con sus seguidores con los que únicamente se adhieren a sus postulados. Los demás, los que se oponen a ellos con argumentos racionales sobre sus propuestas, constituyen sus enemigos. No admiten al adversario que tratan de acallar por catastróficos o enemigos del pueblo, no son otra cosa que los opresores, la casta, los privilegiados. Este fenómeno y el populismo radical de izquierdas está basado en un neocumunismo marxista-leninista, que sigue entusiasmando a una intelectualidad, que pertenece a una clase media alta y han recibido todo dentro de un estado de bienestar, sin sufrir situaciones de crisis ni traumas sociales. Es el heredero él «niño mimado de la vida humana», que Ortega y Gasset vislumbraba hace un siglo.

En España, este populismo lo encarna Podemos, con su profeta y líder absoluto Pablo Iglesias, que en sus intervenciones ha sido claro y explícito sobre su ideología y objetivos. «Yo no he dejado de proclamarme nunca comunista» (Zaragoza 1-3-2013). «Lenin fue un genio bolchevique, la llave política para abrir las puertas de la historia [...] Lenin es un genio de la conquista del poder político» (Julio 2017). «Podemos desear lo que queramos, pero la política tiene que ver con la fuerza no con los deseos ni con lo que se dice en una asamblea» (17 -2- 2014). «Cuando decidimos un enemigo -la lógica capitalista- ese enemigo solo entiende un lenguaje, el lenguaje de la fuerza [...] la decisión moral de destruir la comunidad tiene que ser una decisión necesariamente violenta como toda decisión política» (*La Tuerka*, 7-11-2011). «La Tuerka es un programa de televisión que tuvo (supongo que ahora como vicepresidente no lo tendrá), donde habló todo lo que quiso contra la democracia y exhibió una voluntad de derrocar por la violencia el sistema constitucional y democrático español [...] hasta las elecciones europeas del 2014. Al ver posible llegar al gobierno disimuló y hasta negó todo lo que había dicho. Para su desgracia, *You Tube* no lo permite. El mero repaso de algunas de sus frases prueba su condición violentamente liberticida, esto es, genuinamente comunista y fidelísimo leninista» (Jiménez Losantos, 2018; 588).

Partiendo del principio de que la verdad de la política es la excepción y que es verdad que los comunistas comparten la excepcionalidad, afirma que «Los comunistas, esos que son capaces de asaltar los cielos, significa asaltar los centros de poder y pasar a cuchillo a los detonadores del poder [...] Los comunistas y alargando esto a la izquierda solo pueden tener éxito político en los momentos de excepción, en los momentos de tempestad» (Presentación de su libro *Maquiavelo ante la Gran Pantalla*. Citado por Jiménez Losantos 2018; 590). Se manifiesta contrario radicalmente al concepto de España como Nación pues el nacionalismo español, para él, por definición de derecho, los que son de izquierdas sufren un irredentismo soportando su bandera monárquica y postfranquista, por lo que no puede decir España ni puede utilizar la bandera roja y gualda. Supongo que ahora, como vicepresidente de un gobierno de España, tendrá que oír el himno y respetar la bandera, aunque en su interior le revuelvan las tripas y piense en el día de la venganza, con arreglo al principio cínico e inmoral de que el fin justifica los medios. «Yo no puedo decir España, yo no puedo utilizar la bandera roja y gualda, yo puedo pensar y decir: yo soy patriota de la democracia y por eso estoy a favor del derecho a decidir» (Citado en Jiménez Losantos, 2018; 592).

Digno de estudio y análisis es el fulgurante proceso de ascensión y triunfo del partido Podemos y de su líder Pablo Iglesias que desde su inicio público, 2010, y su

inscripción del partido en 2014, ha llegado al gobierno en 2020. Todo ello aliándose con las fuerzas separatistas antisistema y antiespañola, la izquierda radical de PSOE, de la misma tendencia, y la ayuda incalificable pero real y determinante de la agnóstica ideológica derecha española del Partido Popular, en un juego político de nefastas consecuencias y radicalmente equivocado e inmoral, apoyaron a Iglesias, a través de sus televisiones con la pretensión de hundir al PSOE y asustar al votante del Partido Popular, evitando la fuga de votos hacia ciudadanos. Resultado, Podemos pasó de un millón doscientos mil a cinco millones de votos en 2015 y 69 escaños. Ante la tentación

de contar detalladamente este fulgurante ascenso, he de renunciar en este momento.

Pablo Iglesias siempre buscó la excepcionalidad para conseguir sus objetivos y, además de las continuas algaradas callejeras, en base al concepto de amigo y enemigo, nosotros y ellos, buscaba una crisis política general que ofreciera la excepcionalidad necesaria para una actuación en pro de sus objetivos. Esta crisis la persiguió, inicialmente, en el enfrentamiento de Cataluña con el Gobierno de España y su voluntad de independencia, en base a una minoría que con «voluntad de poder» (Nietzsche), y representando la voluntad del «pueblo catalán» proclaman la mítica «nación catalana». Efectivamente, con las tensiones creadas por este tema y la pretensión utópica que con diálogo se resuelven, se llevó



a la coalición que hoy gobierna España. Pero esta excepcionalidad ha sido arrinconada, aunque no barrida, por otra mucho mayor, de carácter mundial y que amenaza vidas y haciendas: la pandemia del coronavirus o covid- 19. Peligrosa situación de excepcionalidad que, prácticamente da un poder omnímodo al gobierno Sánchez-Iglesias, aunque no faltan quienes le llaman Iglesias-Sánchez. Ante este gobierno de espíritu

totalitario y que se basa en su consenso, en acto de exclusión, es decir, en determinar el «nosotros y ellos», con una confrontación pura y dura entre los «amigos» (los nuestros) y los «enemigos» (la casta, la derecha, los ricos, o el Estado Español, que roba y oprime a Cataluña o no reconoce el patriotismo vasco de los partidos de ETA), se necesita un sistema de control muy firme y amplio.

El equilibrio de poder en democracia, frente al Estado, se consigue mediante una sociedad fuerte y viva. La sociedad es la que representa la vitalidad de una comunidad, pues de ella sale la representación política que va a ejercer el poder desde el Estado, y de ella salen las personas que han de equilibrar ese poder, encarnando las diversas instituciones del Estado y las muy variadas asociaciones y entidades sociales. La sociedad representa un organismo vivo y plural donde caben, en permanente ebullición de objetivos y actividad de todo tipo de entidades, constituidas libre y legalmente. Con una sociedad plural, permanentemente activa y creativa, con rigor y energía, puede y debe haber un Estado fuerte, pues el Estado no puede ser débil, pero con una sociedad débil, deprimida o dócil, el Estado fuerte se convierte en tiranía. Un Estado democrático que garantice la libertad, la dignidad e integridad de las personas como ciudadanos libres exige, a su vez, una sociedad libre y plural. Frente a los radicales antisistema, que quieren destruir nuestra civilización, basada en un sistema liberal de democracia representativa, no caben los paños calientes, sino que hay que actuar con firmeza desde la sociedad. Los populismos de Podemos y de izquierda radical del PSOE, ponen en evidencia los fallos e injusticias del sistema, pero coincido con Felipe-José de Vicente Algueró, cuando señala que «la alternativa a la democracia representativa es la misma democracia convenientemente curada de sus fallos y regenerada. La esencia de la democracia liberal es precisamente el dialogo racional, el debate entre argumentos, el respeto a la ley y no la manipulación de las masas contra un enemigo inventado» (Vicente Algueró, F. J. de, 2016; 324). Seguimos en la dialéctica entre civilización y barbarie.

En la situación excepcional del covid 19, con el confinamiento gubernamental que nos tiene reclusos en nuestros hogares, no solo tenemos la catástrofe de la pandemia, sino la que lleva consigo económica y socialmente. La reclusión en domicilio afecta gravemente al tejido social, a la vida de la sociedad, en la que han dejado de funcionar las instituciones públicas y privadas que dan vida y fuerza a una sociedad. Las Universidades, las escuelas, las Academias, las asociaciones civiles de todo tipo, la actividad religiosa, los espectáculos, las actividades deportivas, etc. Aunque seguimos reclusos con permisiones, perfectamente limitadas, la duda es si realmente conocemos la realidad o solo la que, manipulada y manejada con intereses ideológicos, el gobierno nos cuenta. Este gobierno no tiene credibilidad, mientras en él estén los comunistas declarados de Podemos. La duda se alarga al después, tanto la faceta económica como social. Nos han dicho que están estudiando como volver a la normalidad, dominada la pandemia. La duda sigue siendo si vamos a volver a la normalidad perdida o a una normalidad de ingeniería social, que afecte gravemente a nuestras estructuras económicas y sociales. Las estructuras económicas, además de tener más capacidad de resistencia y respuesta, tienen a su favor el apoyo de las directrices europeas. Sin embargo, las estructuras sociales carecen de esta capacidad de respuesta y resistencia y son más susceptibles de sectarias manipulaciones. La única barrera contra serios ataques a la libertad y la dignidad de los ciudadanos está en un poder judicial dis-

puesto a defender, firme y seriamente, la Constitución y las libertades y derechos de los españoles.

Debemos ser conscientes que esta pandemia, que de una u otra forma, va a durar más de un año, hasta que se convierta en una enfermedad más de las conocidas y con tratamiento, marca un antes y un después. Obligará a grandes reformas estructurales y funcionales, y, consecuentemente, a tomar decisiones entre diversas opciones. Si las decisiones implican racionalidad y realismo, habremos reformado, mejorando, nuestro tejido económico y social. Pero si las decisiones van en la dirección de utopías voluntaristas de destrucción del sistema, sin saber lo que hay que hacer o aplicando formulas ya comprobadamente fracasadas, entonces la catástrofe, aunque sea temporal, está garantizada. Estamos en un momento crucial de mantener y desarrollar la civilización, con libertad y dignidad de las personas, en una democracia representativa liberal-capitalista o sufrir la barbarie de la tiranía de una minoría que sojuzga y oprime para sostenerse en el poder. El comunismo y las utopías redentoras en este mundo ya están dolorosamente comprobadas. En consecuencia, es preciso ser conscientes de lo que hacemos porque ciertas buenísimas intenciones, manifestadas por un gobierno socialcomunista, pueden ser cínicas e hipócritas trampas totalitarias, para proteger su incompetencia e inmoralidad y, así permanecer en el poder. Sin citar el sabio, Ignacio Ruiz Quintana nos traslada la siguiente advertencia: «la moderación en las formas –dicho por un sabio– se impone siempre que la insensatez y el extremismo de fondo han pactado la impunidad de sus desmanes y delitos. Nada hay más moderado que los modales de los atados al poder con pactos secretos de inmoralidad pública».

Bibliografía

- Fueyo, J. (1973): *La Vuelta de los Budas*. Sala Editorial, Madrid.
- Gómez Arboleda, E. (1957): *Historia de la Estructura y del Pensamiento Social*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- Jiménez Losantos, F. (2018): *Memoria del Comunismo. De Lenin a Podemos*. Esfera de los Libros, Madrid.
- Ortega y Gasset, J. (1990): *La Rebelión de las Masas*. Alianza Editorial, Madrid.
- Pinillos, J. L. (1978): *Psicología y Psicohistoria*. Universidad de Valencia.
- Ruiz Quintano, I. (2020): «La Risada». *ABC*, 28-3-2020.
- Vicente Alguero, F. J. de (2016): *De la Pepa a Podemos*. Ediciones Encuentro, Madrid.

NO SUBESTIMAR EL ORDEN DE LAS MAGNITUDES

ALBERTO BUELA

Filósofo

Si existe un texto breve, ideal para nuestros días de prisa y rapidez, que se ocupa desde la profundidad de la filosofía, del hombre, el mundo y sus problemas, ese es: *El hombre en la etapa de la nivelación*. Texto de una conferencia dictada en la Escuela superior de política de Berlín, el 5/11/47.

Se trata de un corto texto de 34 páginas para leer y releer; escrito por un gran filósofo que a su muerte hizo decir a Heidegger: *con la muerte de Scheler se cierra un camino de la filosofía*.

De este texto salió para nosotros el primer enunciado contemporáneo de lo que es hacer metapolítica: «Y aunque pasen muchos años aún, hasta que esta elite incipiente, hoy todavía demasiado restringida a la crítica de la cultura esté madura para la realidad de la vida, de manera que sea capaz también de aparecer en el espíritu de nuestra política, a fin de suplantar a los gobernantes y mantenedores de la presente conducción alemana»¹.

Con esto nos está diciendo que la metapolítica es una pluridisciplina que estudia las grandes categorías que condicionan la acción política –homogeneización, pensamiento único, decrecimiento, derechos de los pueblos, etc.– pero que tiene por objetivo, no solo *la crítica de la cultura* sino, más bien, el reemplazo *de los gobernantes y mantenedores* de la presente situación política.

Ahora queremos destacar otra gran enseñanza, cuando afirma hablando de los grandes períodos de la historia como edades, eras, épocas, ciclos, eónes, etc.: «*que no se debe subestimar frívolamente el orden de las magnitudes*»². Hoy la pandemia del coronavirus ha despertado en una infinita cantidad de sedicentes pensadores –lo que confirma que cuando no se puede hacer nada, se habla– que nos asustan con el final de un ciclo, el comienzo de una nueva era, el fin de una época y el principio de una nueva edad.

Es cierto que la ambición por conocer el futuro es una tendencia natural del hombre, pero es más cierto aún, que la predicción no nos está permitida. Es una carencia del sujeto que ya fue entendida como un mal desde los tiempos de Prometeo, pues en la caja de Pandora queda encerrada la *elpis*, que no es la esperanza según los traductores vulgares, sino la espera, por algo que aún no tenemos, por una carencia y que nosotros proponemos entender como prognosis; como conocimiento previo.

En esto de la desmesura en subestimar, frívolamente, el orden de las magnitudes han caído también grandes filósofos: Hegel y su visión de Nuestra América; Marx y su fin del capitalismo; nuestro querido de Anquín con el fin del eón cristiano y tantos

¹ SCHELEER, MAX: *Metafísica de la libertad*, Ed. Nova, Buenos Aires, 1969, p. 189.

² *Op.cit. ut supra*, p. 190.

otros. Lo que confirma esa vocación por conocer el futuro que posee todo hombre sin darse cuenta que es su carencia esencial.

Y si no podemos conocer el futuro, qué podemos conocer? Con esfuerzo, los hechos del pasado y algo del presente. Pero en esto mismo nos encontramos hoy con que el pasado es manipulado por las ideologías y el presente por las falsas noticias. Este doble ataque a la conciencia cognoscente la obliga a un doble esfuerzo en el conocimiento de la verdad.

Aquel que quiera, no tanto hacer filosofía, sino simplemente pensar con cabeza propia, enfrenta este doble desafío de desmitificar los relatos históricos-ideológicos y descubrir aquello que está debajo de la postverdad contemporánea. Para ello el método es uno y el mismo para todos: *ir a los fenómenos mismos y describirlos de la manera más acabada, sin prejuicios ni preconceptos*. Sabiendo que los hechos son absolutos y las interpretaciones relativas.

El intento de describir las cosas y las acciones de los hombres en lo que son, ofrece al sujeto la ventaja de un anclaje en el ser, lo que lo libera del capricho subjetivo y lo eleva a la verdadera categoría de *ánthropos*= el que contempla.

Platón en *Cratilo* (399 c 1 a 6) se pregunta por la etimología del término hombre: «¿Por qué reciben los hombres el nombre de *ánthropoi*? Este nombre de *ánthros* significa que los demás animales no observan ni reflexionan ni examinan (*anathrei*) nada de lo que ven; en cambio el hombre, al tiempo que ve –y esto significa *opópe*– también examina y razona todo lo que ha visto. De aquí que sólo el hombre, entre los animales, ha recibido correctamente el nombre de *ánthros* porque “examina lo que ha visto (*anathrón* ha *opópe*)”».

Todo lo que es y existe busca preservar en su ser y si el sujeto contemporáneo no permanece en su ser, en su carácter de *ánthros* desaparece en las alienantes figuras del *homo consumans*, cuya razón de ser es consumir o en la del *homo festivos*, de Philippe Muray, que festeja la fiesta por la fiesta misma, en una frivolidad aterradora, borrando su fundamento teológico que es el culto, como lo mostraron Joseph Pieper y Otto Bollnow, entre otros.

Es que la raíz de la fiesta está en el culto, que también es el principio de la espiritualidad. Este principio nos enseña que, en ese orden, quien no avanza retrocede. Pues lo que viene del espíritu no viene por sí mismo ni obra automáticamente sino que es fruto del trabajo. Hay que tomarlo en la mano como un don y hay que trabajarlo toda la vida de manera constante. Y así se puede llegar al núcleo del espíritu que se define por la autoconciencia y la libertad.

El término espíritu proviene del latín *spiritus* que significa: soplo de aire, aliento, emanación. Los griegos tenían el vocablo *νοῦς* (*nous*) que se tradujo por *mens-mentis* = *mente, inteligencia*, pero también el de *λόγος* (=lógos). Esta palabra presenta tantos problemas que se han encontrado setenta y dos acepciones distintas.

El término empleado en las sagradas escrituras fue *το πνεῦμα* (*pneuma*) viento leve, hálito. A diferencia con (*nous*), más vinculado al mundo del sujeto, (*pneuma*) posee una connotación cósmica

Vemos entonces como ya en la aproximación etimológica espíritu quiere significar dos cosas: tanto soplo vivaz, vigoroso, despierto; como inteligencia, mente o inspiración.

Según la más antigua tradición filosófica, el espíritu es caracterizado como el

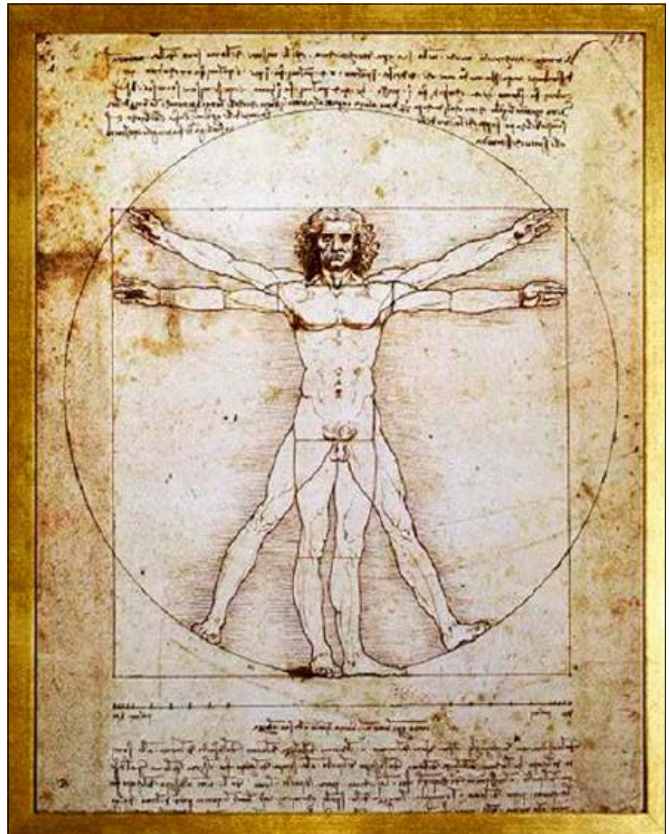
portador del yo, entendido este en dos niveles: como yo primordial=Dios y como yo personal. El espíritu fue interpretado, a su vez, como reflexión, como conocerse a sí mismo. Así el yo primordial, no creador como en la cosmovisión cristiana posterior, pero sí causa motriz del mundo, fue definido como pensamiento que se piensa a sí mismo; η νοησις νοησεως νοησις (*hé nóesis noéseos nóesis*)³. Mientras que a nivel del yo individual se manifestó en el precepto del oráculo de Delfos: *conócete a ti mismo*= γνῶσθι σεαυτον=*gnosti seautón*.

Tenemos así el primer rasgo del espíritu: la conciencia o conocimiento de sí y esto lo logra por la reflexión, por su capacidad de poder reflejarse = *reflexio* a sí mismo. Y también lo logra a través de la especulación *speculum* = *espejo* que es la función de la inteligencia = *intus legere*, cuando ejercita toda su capacidad: lee adentro, como indica su etimología. Vemos como se imbrican los dos significados de espíritu en la descripción de su naturaleza y actividad.

El segundo rasgo del espíritu, a nivel del yo primordial, es la libertad, que está implicada originariamente en la conciencia de sí y la autodeterminación del espíritu. Mientras que a nivel del yo individual va a estar definida por los actos determinados de querer del individuo, el libre albedrío.

El espíritu definido como *portador del yo* (teológicamente definido como: *ego sum qui sum*) o mejor aún, cuya centralidad es el Yo, tiene dos rasgos fundamentales: la conciencia de sí y la libertad. Ahora bien, lo característico del espíritu es que se contrapone al mundo, aun cuando éste es un producto transformado

por el espíritu. En primer lugar el espíritu rompe con el mundo de los sentidos y desdeña las comidas, las bebidas, lo erótico. Se opone, estrictamente hablando, no al mundo sino a la mundanidad del mundo, pues: «*el reino del espíritu no es de este mundo*».



«El hombre de Vitruvio» por Leonardo da Vinci.

³ ARISTÓTELES: *Metafísica* 1074 b 33.

En un segundo momento el espíritu se eleva sobre el mundo, o mejor, sobre su mundanidad. Entra acá a jugar el concepto de inhabitación = *Inhabitatio-onis: morada de Dios por acción del Espíritu Santo en el alma del justo*. San Pablo en carta a los Romanos 8 10-11 afirma: «El que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por obra de su espíritu que habita en vosotros (*enoikoúntos*)». ¿Qué quiere decir San Pablo, que Dios está realmente en nosotros cuando estamos en estado de gracia y que por ello los cristianos en ese momento estamos divinizados? Experiencia exclusiva de la santidad, en el momento en que se produce su éxtasis espiritual, luego de haber pasado por la noche oscura según cuenta San Juan de la Cruz. De ese modo se eleva, *se abre a todos los vientos* y despega de las cosas del mundo en el fenómeno de la levitación tomado habitualmente como muestra sensible de santidad.

El espíritu no debe confundirse con el yo individual, pero cuando éste se liga al espíritu se produce el verdadero desapego de los intereses personales y de las cosas de este mundo, de la mundanidad del mundo. Ello explica que históricamente haya sido la ascesis monástica, con sus reglas, la que le ha brindado al hombre el mejor camino a la vida del espíritu. Todos los otros métodos de acceso a la vida del espíritu son espurios, al menos si tenemos en cuenta sus frutos. Aun cuando los Beatles busquen en los gurús de la India, que Madonna lo haga en la Cábala hebrea, que Victoria Ocampo lo busque en Rabindranat Tagore o que los ricachones occidentales lo hallen en el Dalai Lama, todo esto lo único que muestra, es que también el espíritu se puede mundanizar y se puede perder. Entre las cosas valiosas que Occidente ha olvidado y el mundo ha perdido, una de ellas es la ascética católica en su versión medieval. Así los pocos monjes que hay, han quedado reducidos –merced al turismo cultural– a la exterioridad del canto gregoriano, ignorándose por completo que dicho canto nace de la mayor y más profunda ascesis monacal. Sin esto por debajo, hasta el canto gregoriano nos ata a los sentidos y viene a cumplir una función contraria a la propuesta.

¿Hay salida hoy? Sí que hay salida. Que consiste en el esfuerzo constante y permanente del sujeto en hacerse hombre, sabiendo que de nada le sirve una inteligencia tecnocrática y calculadora sin sabiduría. Solo así evitará ser transformado en un homúnculo. ●

LAS INCÓGNITAS DE UNA NUEVA ÉPOCA

MANUEL PARRA CELAYA

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía)

1. Leo una entrevista al neurólogo y psiquiatra Boris Cyrulnik, enmarcada en un reportaje sobre la capacidad de resiliencia del ser humano, es decir, su capacidad de readaptación después de un cambio profundo, como el que estamos experimentando con la pandemia del Covid 19.

El autor del reportaje en que se inscribe esta entrevista cita también a la psicóloga Emmy Werner, al profesor Steven Southwick y al psiquiatra Dennis Charney en este estudio sobre la resiliencia y su posible *entreno* para que esta característica nos funcione en esta crisis. Echo mano a mi memoria lejana y recuerdo una antigua *consigna* de mis campamentos juveniles: *Sé como el junco en la ribera*, es decir, saber doblarse ante la adversidad o las dificultades sin quebrarse y poder recuperarse después, lo que prueba que no iba tan desencaminada la educación que recibí en mis años mozos en mis *escuelas al aire libre*.

La resiliencia de marras puede y debe aplicarse al individuo y al conjunto social; en el primero, los consejos de estos y de otros expertos son muy variados, y todos ellos útiles: ejercicio, meditación, evitación de una sobreinformación sobre el virus..., y añadido de mi cosecha, acudiendo de nuevo a mi educación, no perder nuestra relación con Dios, factor insustituible y esencial para el creyente.

Pero, en cuanto a los colectivos, destaco unas palabras de Cyrulnik, que son las que dan lugar a estas líneas: *Después de cada catástrofe hay una revolución cultural*. Ya son muchas las voces que señalan que esta pandemia va a representar un punto y aparte en el relato histórico, y algunos afirman incluso un cambio de capítulo. ¿Hasta qué punto tienen razón estas opiniones? Pues, de momento, solo se trata de eso nada más, aunque estas opiniones vengan avaladas por sesudas analogías con otros momentos más o menos lejanos del pasado.

De entrada, sin dejar de reflexionar sobre ello, las prefiero situar en el mismo continente en que reposan las variadas y confusas teorías sobre el origen real de la pandemia; porque las hay de muchos pelajes, y unas más racionales que otras, como puede suponerse. Predominan en la vox pópuli las explicaciones *conspiratorias*, siempre en busca de culpables directos a modo de chivos expiatorios: ensayo de guerra bacteriológica entre potencias rivales, diseños neomalthusianos sobre las poblaciones, nuevo enfoque de la eterna pugna entre Oriente y Occidente...

Mi posición personal, como ciudadano de a pie sin acceso a ninguna revelación esotérica ni a la informaciones reservadas y privilegiadas, es de un completo escepticismo ante cualquiera de ellas, unido a un paciente (a ratos) atenerse a la realidad presente y a las esperanzas puestas en salir, con salud, del largo confinamiento. Creo que estas tres condiciones que me he impuesto van a incidir en el ejercicio positivo de la cualidad de resiliente en mi persona.

2. Lo cierto y evidente es que esta pandemia del coronavirus está resultando un acontecimiento sorprendente y extraño, por increíble, en el siglo XXI y nunca sospechado; ni quienes, por su avanzada edad, vivieron situaciones de guerras recuerdan unas circunstancias tan insólitas; mucho menos los que, acostumbrados al paraguas protector del Estado-Providencia y a la placidez y frivolidad de una sociedad, solo crispada en dimensiones muy localizadas o en lo accesorio, advierten cómo ahora se les caen los palos del sombrero de sus certidumbres más sólidas.

Se está resquebrajando el crédito que podía quedarle a la Ciencia, tal maltratada por la mentalidad posmoderna, con tanto o más estrépito que las seguridades puestas en la Tecnología, hijuela y suplantadora de aquella, reducida hoy a recurso para sobrellevar el distanciamiento personal exigido a familias y amistades y al inevitable teletrabajo.



Manifestación en Santander por el Nuevo Orden

Sin embargo, la era de la Modernidad (*sólida* antes y *líquida* ahora, en palabras de Bauman) ya ha tenido muchas experiencias traumáticas, de este o de otro jaez; para no remontarnos muy lejos, las dos guerras mundiales del pasado siglo, y, buscando más paralelismos, aquella pandemia que tuvo lugar al fina de la primera de ellas, la llamada *Gran Guerra*, con la injustamente llamada *gripe española*.

No cabe duda de que estos acontecimientos a que me refiero dieron lugar a profundos cambios sociales, políticos y económicos; si nos centramos en la 1ªGM, podemos mencionar la extensión de la revolución bolchevique a todo Occidente, la consiguiente revolución fascista y el crack del 29; si miramos el mundo surgido tras la 2ª, podemos hablar de un *revival* de fórmulas políticas que parecían periclitadas, de la demoni-

zación de otras que parecían novedosas, de la transformación del mundo capitalista dando lugar a los *Estados del bienestar*, de las guerras *localizadas*, de la partición del mundo en dos bloques... No olvidemos, más reciente, el *milenarismo* de finales del XX, con transformaciones tan profundas como las que representaron la aparatosa implosión del *socialismo real*, el terrorismo como nueva forma bélica y la cuarta revolución industrial. Tampoco faltaron en cada una de estas situaciones las teorías conspiratorias y las profecías apocalípticas.

Debemos, pues, atenernos ahora a la realidad más concreta y verificable, sin dejar por ello de lado la certidumbre de que, efectivamente, *algo va a cambiar en el mundo*, pero que estos cambios, por profundos que sean, van a ser paulatinos y siempre tendrán como referentes los que ya se estaban incubando antes de que hiciera su aparición el coronavirus; queda, con todo, que se produzca cierta aceleración en el proceso, nada profetizable por otra parte.

3. Una mirada inicial nos llevaría a la consideración de que es posible que se agudicen las *sospechas* y el descreimiento hacia las bondades del sistema democrático-capitalista, y que deriven hacia una *contestación* hacia los proyectos en curso del *Nuevo Orden Mundial*. Hasta la fecha, los llamados movimientos *identitarios* han sido a punta de lanza de esta contestación, pero obsérvese que ninguno de ellos se ha definido como coadyuvante de aquella sospecha indicada *hacia los principios básicos del Sistema*; todo lo más, han opuesto reivindicaciones localistas al proyecto mundialista, reinventando formas de nacionalismo añejo.

Lo que sí ha quedado en tela de juicio es la confluencia del *marxismo cultural* o *nueva izquierda* con el neoliberalismo; pero este recelo se ha centrado más en los *efectos* y consecuencias (dogmatismo de lo *políticamente correcto*, destrucción de las clases medias, antropologías extrañas, ideologías y bioideologías...) que en aquellos fundamentos del Sistema establecido, donde estriban las *causas*.

Si nos atenemos al panorama español, lo que está en juego, paralelamente a la diletante gestión de la crisis sanitaria y sin perder comba por ella, es el pase traumático de la *Primera Transición* a la *Segunda*; el riesgo, constatado por los hechos, es que el estado de alarma puede degenerar en una patente de corso para esta maniobra política, con limitación de las libertades políticas y personales de cara al futuro y, sobre todo, para influir en el remonte el desastre económico que ya tenemos encima.

De momento, podemos observar con nitidez el aprovechamiento y manipulación de la calamidad; todas las fuerzas políticas, sin excepción, lo están haciendo así, empezando, claro, por las gubernamentales. Ahí radica el miedo de los sectores conservadores, que no sabemos si es más acusado por la amputación de libertades y la maniobra política *transaccional* o por el presentimiento de las tendencias socializantes en lo económico que aceleran los socios de Sánchez.

Con respecto a lo primero, la derecha no duda en resaltar ese rasgo de la *tentación totalitaria* de la izquierda española; da la impresión de que, en sus filas, vuelve a reproducirse la pugna entre Besteiro y Largo Caballero, pero ahora ocupando los papeles respectivos, la vieja guardia del PSOE y los zapateristas, aliados a *Podemos*: nihil nuevo sub sole.

En relación a lo segundo –los planteamientos económicos–, se teme la mano de Iglesias, con sus periclitados dogmas marxistas; lo del *ingreso mínimo vital*, por ejem-

plo, que no es más que un PER ampliado a toda la nación; a uno se le ocurre que sería más adecuada, por ejemplo, una planificación de servicios o prestaciones sociales necesarias, remuneradas con justicia, en las que se podían inscribir todas aquellas personas en situación de paro o de dificultades económicas graves, con lo que se evitaría el riesgo de tener una sociedad *subvencionada y clientelizada*

No radica únicamente en lo económico mi preocupación esencial, con todo y temer las medidas propias de *aprendices de brujo* y no de expertos en la materia; creo en la armonización de tres elementos básicos para toda previsión en este campo: justicia, eficacia productiva e iniciativa personal. La primera de ellas debe acometerla el Estado, y no descarto que el interés nacional –no el de partido o secta ideológica– deba optar por algunas nacionalizaciones; la segunda y la tercera corresponden a los llamados hoy *agentes sociales*, eufemismo que, como sabemos, sustituye al *productores* de otras épocas de la historia.

Mis inquietudes de fondo se centran en si los cambios que necesariamente se van a producir, ya sea en *punto y aparte* o ya en *nuevo capítulo de la historia*, van a incidir en los valores y formas sociales que merecen sobrevivir a esta y a todas las crisis, porque pertenecen al ámbito de las *categorías permanentes de razón*.

Si la persona va a ser verdaderamente reconocida en su dignidad, en su libertad y en su integridad, como tendente, no solo a unas necesidades inmanentes sino también a unas de carácter trascendente. Si la institución de la familia va a salir reforzada, casi superviviente, no de un confinamiento sanitario, sino de la enemiga que sufre desde los herederos de Gramsci. Si la empresa va a derivar en formas de tipo más social, no meramente *de rostro humano*, abiertas a la participación del factor trabajo en sus beneficios y gestión. Si se va a superar el viejo dilema entre la libertad intangible del ser humano y la necesaria autoridad que garantice la justicia, la equidad y la seguridad de todos. Si las patrias europeas –entre ellas, la nuestra– van a ser verdaderos proyectos sugestivos de vida colectiva, con una misión común llamada Europa, que retorne desde la burocracia ineficaz y desde el sesgo sectario actual hasta sus auténticas raíces culturales, históricas y religiosas. Si, en consonancia con esto último, va a salvaguardarse lo esencial, empezando por un profundo respeto a la vida humana. Si el concepto de *universalidad* va a desplazar el de *mundialización...* En suma, si van a salvarse y predominar los valores del espíritu frente al relativismo nihilista de la etapa que se cierra con esta pandemia.

Ahora no cabe resucitar las teorías de Spengler, pues el maldito virus no constituye ninguna *invasión de los bárbaros*; es, eso sí, una oportunidad histórica para una profunda revisión del camino que llevábamos.

¿Cómo nos van a asustar los cambios que, en lo exclusivamente material, puedan producirse? A mí, por de pronto, no me amedrentan los anuncios de alternativas que sean, a la vez, realistas, sinceramente *revolucionarias* y respetuosas con lo que hay que mantener y mejorar.

Nada de esto, como he dicho, puede ser objeto de predicciones, pero sí de deseos personales, acompañados inexcusablemente, de esfuerzos; un avezado lector podrá reconocer en ellos la plasmación de muchas de mis queridas *utopías* no arriadas. Por lo menos, confiemos en que los hombres hayamos aprendido algo de esta terrible pandemia y que los cambios positivos nazcan de este duro aprendizaje. ●

QUE DIOS NOS SALVE DEL POPULISMO

GIGI RIVA

Olivier Roy sonríe cuando piensa en Matteo Salvini besando el crucifijo y apelando al corazón de la Virgen María. «Hace folclore católico, una exhibición de signos religiosos totalmente desvinculados de los valores y normas cristianas. Como también hizo folclore, por otra parte, con la propaganda de la Liga Norte. Por otra parte, su iconografía tiene una impronta profundamente sexual y contraria a los principios de la Iglesia, pues siempre aparece al lado de una rubia despampanante que no es su mujer».

Este politólogo especialista en religiones, un francés de 70 años recién cumplidos, lleva diez años como titular de la cátedra Mediterránea en el Robert Schuman Centre for Advanced Studies del Instituto Universitario Europeo de Florencia. Salvini es el paradigma de su nuevo libro *¿Europa sigue siendo cristiana?*, donde el punto de partida es un pleonasma absoluto, pues está clara su conclusión: no, ya no lo es, y es difícil, si no imposible, que pueda volver a serlo en el futuro.

La secularización del Viejo Continente parece irreversible, un proceso de larga duración que sería injusto, según este experto, remontar como se suele hacer a la Ilustración. «La Ilustración fue importante, cambió el modelo metafísico y ontológico porque introdujo un nuevo esquema sobre el que fundar la verdad, pero no cambió el sistema moral. La laicidad no era más que el cristianismo secularizado, los valores y la visión antropológica de la familia compartidos». Hasta tal punto que, por poner un ejemplo, los padres fundadores de Europa, Robert Schuman, Alcide De Gasperi, Konrad Adenauer, no sintieron la necesidad de subrayar, escribiéndolo, que las raíces de nuestro mundo eran cristianas. Habría sido redundante, como señalar una evidencia, «y si hoy se quiere hacer es exactamente porque ya no es evidente».

En medio está la gran fractura de los años 60, el verdadero periodo en que todo cambia, según Roy. «Es entonces cuando se rechaza la organización social tal como estaba concebida, y se pone en discusión el papel de la familia, de la mujer. Empieza la revolución sexual. Un punto de inflexión tan profundo que se puede comparar con la Reforma del siglo XVI». Ya nada será lo mismo, del 68 en adelante la libertad de la persona vence sobre todas las normas trascendentes, ya no hay moral natural compartida, «y los nuevos valores fundados sobre el individuo que desea ya no son valores cristianos secularizados». Es el triunfo del hedonismo, usando un término que se puso de moda con Reagan. La Iglesia católica será la primera en darse cuenta del peligro, ya en julio del año fatal, con la encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI, que «defiende una posición maximalista, prohibiendo todas las prácticas sexuales no destinadas a la procreación. Cuando ya no eran comunes ni compartidos, los valores cristianos tomaron la forma de normas explícitas». El Vaticano se enroca entonces en una cuestión para él fundamental como es la «defensa de la vida», se opone sistemáticamente a los anticonceptivos, el aborto, el matrimonio homosexual, la reproducción asistida. Pero

el espíritu del 68, un espíritu bastante más invasivo que el del comunismo, se extiende por Europa y gana adeptos tanto en los países católicos como en los protestantes. Será san Juan Pablo II quien lo reconozca cuando sostenga que la cultura dominante del Viejo Continente «es pagana». Y Roy apunta: «Luego los mismos paganos se dirán cristianos». En los sondeos, explica, se suelen leer respuestas como estas. ¿Eres cristiano? Sí. ¿Crees en Dios? No.

En medio de esta contradicción, los símbolos religiosos asumen un valor puramente identitario. Como Salvini, pero no solo. Los populismos de hoy, afirma el profesor, son también hijos del 68 y de la cultura libertaria. Prueba de ello es el hecho de que también los parlamentos de derechas, no solo en Italia sino también en Francia, España, por todas partes, han aprobado leyes a favor del aborto, el matrimonio gay, etc. Ondear la identidad cristiana tiene el único objetivo de rechazar el islam. Una actitud que data de finales de los 80, cuando en Francia se plantea el problema del uso del velo y se empieza a identificar a un enemigo interno. Más o menos el mismo periodo de la candidatura de Turquía para entrar en la UE (1987), «y era entonces la Turquía kemalista y laica que prohibió el uso del velo en las aulas universitarias». El gran malentendido está en creer que los populistas están a favor de la religión, «cuando en



realidad hablan de la Europa cristiana como si fuera un código para subrayar que no son musulmanes». Bastaría escuchar a Marine Le Pen, otra hija (¿inconsciente?) del 68: «He dicho a nuestros amigos judíos y católicos que si para impedir el velo deben renunciar a sus símbolos religiosos, que lo hagan». Frase que Roy traduce así: «Con tal de luchar contra el islam, se acentúa la secularización». Por lo demás, explica, hay menos distancia de valores entre creyentes cristianos e islámicos que entre creyentes y secularizados.

Por tanto, la identidad cristiana, resume con un afortunado eslogan, no es más que una caricatura del cristianismo. «Una parte de la Iglesia piensa: mejor una caricatura que nada». Sin embargo, es un cálculo equivocado. «La gente vota populista en contra de las élites, Bruselas, el islam, no por el retorno a la familia tradicional». Sin contar

que no serían leyes más o menos inspiradas en una moral cristiana las que devolvieran el auge a la religión, porque «el espíritu no sigue la ley, eventualmente la precede». Y aquí entra en materia italiana, donde «los tribunales han decretado que es legítima la presencia del crucifijo en las escuelas como símbolo puramente cultural, sin pretensión alguna de proselitismo. El Estado italiano ha ganado, pero los obispos tienen buenas razones para preocuparse por esta asimilación de la cruz a una especie de instrumento cultural». Y salta a Europa central. «El cardenal Reinhard Marx, arzobispo de Múnich, ha querido recordar al gobierno de Baviera que la cruz no es un símbolo cultural sino de fe, cuando decidieron imponer su presencia en los edificios públicos». Una postura expresa para evitar ese folclore que, según el estudioso francés, llega a veces a rozar el ridículo.

El folclore religioso produce cortocircuitos evidentes. Por una parte, el beso a imágenes de la Virgen, por otro la caza a los inmigrantes, condenada con fuerza por el papa Francisco. Cuando más se agarra el populismo a las raíces cristianas, más se vacían las iglesias. En el Viejo Continente, con la única excepción de Polonia, los practicantes oscilan entre el 5-10%. Un fenómeno extendido también en otros lugares. En Estados Unidos, antes del «new born Christian» de George W. Bush y ahora de Donald Trump, los «sin religión» declarados han pasado del 6 al 14% en diez años. Roy, especialista entre otras cosas también en islam, señala que la secularización también avanza en el mundo musulmán y es muy clara en Irán, Turquía, Túnez, «y en el Egipto del presidente Al Sisi, de otro modo no se explica cómo decide comenzar una campaña de criminalización del ateísmo».

Naturalmente, hay grupos que se han organizado para reafirmar su fe después de que se les restringieran los espacios en el sentir público común. Olivier Roy identifica dos tendencias. La de las organizaciones ultraconservadoras y la de las comunidades carismáticas laicas, «todas fundadas en la idea de testimoniar la fe vivida». En su opinión, estas comunidades tienen dos opciones: «alzar el puente levadizo y vivir en monasterios espirituales esperando que el espíritu santo vuelva a la tierra, o seguir el ejemplo del Papa y apuntar a la reconquista espiritual. Como estas comunidades hacen referencia directa al Papa y no a los obispos, contribuyen también a “des-territorializar” el catolicismo, otro de los problemas de la caída de lo religioso».

En todo caso, la institución Iglesia tiene varios problemas desde el momento en que solo se confía a palabras clave normativas y ya no logra incidir en las cuestiones más relativas a la fe. Roy se declara muy impactado por un encuentro con el padre Paolo Dall'Oglio dos meses antes de que le secuestraran en Siria, en 2013. «Me dijo: nosotros los religiosos no debemos parecer legisladores sino profetas». Vasto programa cuando la identidad religiosa hoy usa el problema de la relación con el islam como «un árbol que oculta el bosque». Y cuando la Iglesia atraviesa una crisis moral «de la que la pedofilia y la corrupción son los aspectos más visibles, tanto como para hacerle perder legitimidad para encarnar un magisterio espiritual».

La descorazonadora conclusión apunta que vivimos en una sociedad en la que ya no existe ningún debate sobre valores sino únicamente sobre normas. Pero el ser humano no puede descuidar los valores espirituales. «Si se suprime la trascendencia del debate público, esta corre el riesgo de salir por la puerta y volver a entrar por la ventana bajo formas muy peligrosas, como el nihilismo o el radicalismo religioso violento». ●

EMERGENCIA Y PERMANENCIA

JOSÉ MARÍA ADÁN GARCÍA

Abogado

Nos encontramos con una emergencia grave que requiere la actuación inmediata del gobierno y de la sociedad, para superarla.

Cierto es también que repercute contundentemente en aspectos básicos de nuestra vida. En la realidad económica y social. Requiere medidas extraordinarias y acuerdos, para hacer frente a las necesidades de la salud, la sanidad, el paro, la financiación, el déficit, la deuda, la parálisis de la actividad económica...

Todo ello –aún siendo ineludible– no permite ignorar, ni demorar la acción del Estado y de las instituciones en lo que es la continuidad de la Nación y el orden constitucional. No puede ni debe repercutir en la merma de las libertades individuales o sociales o la representación democrática de la ciudadanía. No puede derivar en un intervencionismo de la libertad de expresión, la libre competencia de los mercados o la actividad económica.

Tentaciones partitocráticas

Cualquiera de estas «tentaciones», que se pueden producir desde ideologías totalitarias, tanto desde el social-comunismo, como de la extrema derecha, supondría un retroceso integral.

Sería lo mismo, que si una vivienda, porque se ha producido una grieta, la echáramos abajo o dejáramos sin reparar o sin atender su mantenimiento. Sería así peor el remedio que la enfermedad, porque tenemos que seguir viviendo a cubierto. ¿Y después qué?

Sin embargo, varios síntomas, nos llevan a sospechar que algunos propósitos manifiestos, conllevan el propósito solapado de cambiar el sistema, de destruir la casa, aprovechando la excepcionalidad de la pandemia.

Entre estos propósitos podemos señalar, la modificación de la Constitución al margen del proceso constitucionalmente establecido para ello; la modificación de las leyes orgánicas, por medio de la abusiva utilización de decretos, sin respetar las exigencias de urgente necesidad; el postergamiento de la presencia del rey en la política nacional, incluso admitiendo su crítica desde miembros del gobierno, con la excusa de la libertad de expresión; la consolidación y subordinación del pacto «frankenstein» del gobierno con las fuerzas antisistema y el separatismo; la creación de una «mesa de diálogo» para tratar de una «solución política» al independentismo anticonstitucional catalán; el intento de condicionar el poder judicial con los indultos o el tratamiento carcelero privilegiado de los condenados del «proces»; el otorgamiento o tolerancia del ejercicio de competencias exclusivas del Estado (orden público, embajadas de las comunidades autónomas, educación, régimen penitenciario...); diversidad de «mesas de diálogo»

de composición variopinta, eludiendo la representación democrática que radica en el parlamento y el senado; la creciente presión –no solo coordinación o ayuda– en la sanidad o la enseñanza privada; la implantación cauta y progresiva del adoctrinamiento de la juventud y la obstaculización de la libertad de los padres de decidir la educación moral de sus hijos; la «confiscación» de la «Caja de la Seguridad Social»; el incremento del aparato administrativo, empezando por las cuatro vicepresidencias, más de 20 ministerios, direcciones generales, gabinetes, miles de «asesores»... con el consiguiente incremento del coste; la degradación de la enseñanza, especialmente de la lengua española, la historia e incluso la geografía; la asfixiante propaganda y control de los medios de comunicación social, especialmente la televisión; la inexistente política internacional (aguas territoriales de España en Canarias frente a Marruecos y en Baleares frente a Argelia, Gibraltar ante el Brexit, embajadas catalanas, autodeterminación del Sahara, acercamiento a Venezuela, Nicaragua...).

Misión urgente y preferente

Todas estas desviaciones deben ser corregidas, poniendo el interés de España y de sus habitantes por encima de los objetivos partidistas. Es hora de integrarse en un esfuerzo común y renunciar a los dogmas ideológicos.

¿Cuáles son las tareas imperativamente necesarias?

En primer lugar, la consolidación y regeneración del sistema democrático constitucional, porque si destruimos la casa común, nos quedamos a la intemperie y ya nada será posible. Para ello hay que reforzar las instituciones del Estado, garantizando su independencia y esencia democrática.

No es una solución el falso objetivo de una «nueva realidad» porque ello supone como si la realidad anterior fuera estática y se pretendiera –así parece– sustituirla por otra igualmente inamovible (lo cual puede ser propósito de algunos). La esencia dentro de una persona, como más de una Nación es siempre dinámica; necesita permanentemente de su mantenimiento y de reforma para adaptarse a las circunstancias cambiantes. Sustituir una realidad dinámica por otra estática es un proyecto reaccionario y totalitario.

No cabe delimitar las medidas a adoptar a la «reforma económico-social», dejando como coto privado la regeneración política que debiera ser objetivo antes, en y después de la pandemia, pues además de su urgencia debe ser un objetivo permanente y con participación de todos. Además, lo político, lo económico y lo social no tiene límites entre sí, si no que mutuamente se confunden y condicionan.

España tiene pendiente el fortalecimiento de su sistema parlamentario, que no puede ser sustituido por «mesas de diálogo»; la consolidación dinámica y permanente –pues no se mantienen por generación espontánea– de la corona, el Estado, las Fuerzas Armadas, como garantía de la unidad e integridad territorial de la Patria; la independencia del poder judicial, la definición inequívoca de las competencias exclusivas del Estado; la integración social y política de las comunidades autónomas; la financiación justa e igualitaria de las mismas; la simplificación administrativa; la reducción de su coste; la disminución de la presión fiscal; la recuperación estatal de la enseñanza...

Todo ello es base de la continuidad y la eficiencia nacional no puede posponerse.

Es misión urgente del gobierno superar la pandemia, salvar vidas. Para ello hay

que reformar el sistema sanitario, no solo ante la situación actual, si no atendiendo las experiencias y proveyendo el futuro. Estructura hospitalaria, farmacéutica, sanitaria, investigadora, de formación de personal. Es necesario una «leal» colaboración de la sanidad público-privada.

A ello se une –en la actual coyuntura– la situación socio-económica, que el «coronavirus» ha agravado. En primer lugar cabe afirmar que la crisis total en que nos encontramos difícilmente puede considerarse como consecuencia única de la epidemia, pues el incremento y descontrol del gasto, viene siendo advertido por los organismos internacionales y nacionales idóneos desde hace tiempo.



Los miles de trabajadores que se quedan en paro ante las Oficinas de Empleo

El paro, entre el oficial y la nueva realidad de los ERTE, lo acerca a los 10.000.000. El real es aún mayor pues no están computados los que no han logrado un empleo, o los jóvenes que han tenido que emigrar. Situación que viene agravada por la excesiva temporalidad, o los llamados «contratos basura». Según los últimos datos de Cáritas, en España hay 6.000.000 de personas en exclusión social. La inmigración ilegal sigue incontrolada...

España prevé una deuda pública equivalente al 122% del PIB, cuando en el 2007 era del 36%. Se prevé también un decrecimiento del 30% de ingresos.

España necesita una inyección de capital de 140.000.000.000 de euros (*La Razón* 11 de mayo).

Ante esto se solicita un nuevo «Plan Marshall», pero este exige una financiación, que se pretende sea mutualizada, a ser posible a fondo perdido.

El tema es difícil porque los posibles financieros exigen su devolución y al menos un control de los gastos y detención del despilfarro (ya pasó en Grecia).

Europa finalmente está dispuesta a financiar, pero mediante créditos a través del EME a devolver a largo plazo y escaso interés y compra de deuda pública y de activos. A cambio, exige medidas estructurales, reducción de gastos y control de cuentas.

Esto contradice la política de parte del gobierno (dividido en esto). Como dice el economista Javier Morillas desde el Centro de Economía y Regulación se pretende «subvencionar parados, en vez de financiar empleos» y no se potencia la colaboración público-privada.

Se pretende crear una masa subvencionada y clientelar, sin valorar su coste, su duración y su sostenibilidad.

Como única solución se prevé un incremento expropiatorio de la presión fiscal que afectará a la clase media, garantía de la estabilidad social, provocará destrucción del ahorro y por tanto la inversión incrementará las diferencias sociales; en vez de relajar los impuestos con repercusión social.

Todo menos reducir gastos, con cuya medida, más el control de la evasión fiscal y de la economía sumergida e inversiones públicas productivas, bastaría para enderezar la situación.

Consideración final

Importante es no olvidar, entre tanto desbarajuste, la alarmante pérdida de la identidad nacional que todo ello agrava. Los proyectos de ley de modificación de la memoria Histórica; de la eutanasia; el diálogo con quienes repiten su objetivo separatista; la ruptura de la igualdad de los españoles según sea su ubicación territorial; la no revisión de las leyes reguladoras del poder judicial para recuperar su independencia; de la ley de partidos políticos para integrarlos en la constitución, de la ley electoral, del Plan Hidrológico Nacional (el agua es de todos)...

España no puede dejar de respirar, sin que ello no repercuta en su futuro.

Su dinamismo reformista debe permitir su supervivencia.

España (su unidad y su progreso), Europa. Democracia. Eficiencia institucional. Desarrollo y Justicia Social, deben ser sus objetivos permanentes. ●

LECCIONES DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

SERTORIO

Tomado de *El Manifiesto*

El hecho de haber sobrevivido a setenta y cinco años de bolchevismo es la mejor prueba de la fuerza de la nación rusa. Cien años después, los causahabientes ideológicos de aquella catástrofe celebran Octubre en lo que queda de Europa. Nada puede retrasarlos mejor en lo político y en lo estético. Para ellos, Lenin es un mito, una especie de Prometeo calvo y pedante que derriba el orden antiguo e instaura una nueva sociedad por puro voluntarismo. Vladimir Ilich nunca se equivocaba y todas sus decisiones las iluminó el aura de un toque infalible. Así debe permanecer para la posteridad: un hombre de hierro que avanza con paso firme señalando al futuro.

La muerte de un estado

La realidad es muy diferente. Para empezar, los bolcheviques no derribaron a la antigua sociedad, sino que ésta se suicidó en 1914, con la fatal decisión del bobo coronado de Nicolás II de movilizar sus tropas contra Austria y desencadenar así la maquinaria infernal que activó el plan Schlieffen. A finales de 1914, el ejército ruso había perdido más de un millón de hombres y sus sistemas de armamento, intendencia y transportes colapsaron. De haber tenido dos dedos de frente, el zar habría firmado una paz separada con el káiser en 1916, cuando Rusia era un boxeador grogui cuya única utilidad consistía en distraer recursos alemanes del frente del Oeste. Por supuesto, los Aliados estaban dispuestos a seguir combatiendo hasta derramar la última gota de sangre... rusa.

Los años que median entre 1914 y 1917 produjeron el deterioro y la disgregación del elemento fundamental del zarismo: el ejército. Los regimientos de la Guardia y el cuerpo de oficiales fueron diezmados de tal manera que las unidades de élite más fieles a la monarquía se vieron invadidas por reclutas campesinos y oficiales de origen civil, quienes no albergaban la menor intención de dejarse matar. Desde 1915, la tarea de los inermes soldados rusos y de sus inexpertos mandos era servir de carne de cañón a la Entente. Resulta comprensible que no fueran unos entusiastas del régimen. Sólo los gendarmes y la policía secreta, la Ojrana, resultaban fiables.

La pareja imperial, por su parte, hacía todo lo posible para concitar el odio de la nación: Nicolás II, un perfecto incompetente, decidió asumir el mando supremo de las operaciones militares, lo que le supuso alejarse de la capital y dejarla bajo la regencia de una mujer histérica, beata y tonta: la emperatriz Alejandra. Desde entonces, los escándalos de Rasputín, la incompetencia de los ministros –nombrados a medias por la zarina y el curandero– y el deterioro de las condiciones de vida hicieron florecer la propaganda antimonárquica. En 1916, hasta los grandes duques pensaban en acabar con el zar mediante un golpe de palacio.

La Revolución de Febrero liquidó la corte de los milagros de Nicolás y Alejandra, pero también acabó de destruir al ejército por el loco empeño de proseguir una guerra más que perdida. No resultó nada difícil para las izquierdas revolucionarias socavar la moral de la tropa, ya muy tocada, y beneficiarse del descontento que los demócratas sembraban por no acabar con el ciclo de penurias y desgracias que trajo 1914. Hay algo peor que un déspota imbécil: un parlamento liberal y anglófilo. Ciegos a los padecimientos de su pueblo, los kadetes, mencheviques y conservadores perdieron en sólo ocho meses el dudoso apoyo de las masas. El intento de la burguesía de reconducir la revolución obrera acabó en un fiasco lamentable.

Lenin lo tenía muy fácil.

Los aprendices de brujo

Eisenstein y Pudovkin nos han marcado en el recuerdo la estampa de las masas bolcheviques asaltando el Palacio de Invierno. Lo que pasó fue muchísimo menos espectacular. El gobierno de Kerensky no presentó la menor resistencia porque nadie era tan idiota como para sacrificar su vida por semejante espantapájaros. Las únicas víctimas de la toma del palacio de Rastrelli fueron las incautas muchachas del batallón de mujeres, violadas por los bolcheviques en una de las mayores orgías alcohólicas que recuerda la memoria rusa, nada escasa en episodios de este tipo. Tras el gran descorche, en una resaca nivosa y dostoiévskiana, los rojos se habían hecho con el poder en medio de la indiferencia embrutecida del pueblo de Petrogrado. Octubre tuvo más de película porno regada con el champán del zar que de épica en blanco y negro.

Durante los inicios de su gobierno, los bolcheviques suprimieron la Asamblea Constituyente, donde resultaron muy minoritarios tras las últimas elecciones libres que iba a conocer Rusia (175 diputados de 707). En los propios soviets, la mayoría pertenecía a los social-revolucionarios (eseritas), por lo que los sacrosantos consejos de obreros, soldados y campesinos fueron reconducidos manu militari por los acólitos de Lenin. Pronto quedó muy claro que la democracia obrera estaba muerta y que tampoco se podía hablar de dictadura del proletariado, sino de dictadura del partido, timoneado éste con mano de hierro por el camarada Lenin.

Las primeras medidas del Consejo de Comisarios del Pueblo tuvieron la rara virtud de poner en contra de los nuevos amos a la mayor parte de Rusia. Sólo la dura paz de Brest Litovsk (marzo, 1918) atrajo el asentimiento de una nación harta de dejarse matar. Durante los meses iniciales de la experiencia marxista-leninista, los bolcheviques gozaron de una cierta indulgencia y las primeras revueltas contra los nuevos déspotas fracasaron lamentablemente. Serían las disposiciones del comunismo de guerra, anteriores a la propia guerra civil, no lo olvidemos, las que provocaron numerosos levantamientos campesinos y hasta obreros. Colectivización de las tierras, expropiaciones forzosas de industrias y comercios, requisas de cosechas, intervención burocrática del comercio, liquidación de ingenieros, contables y demás cuadros burgueses en beneficio de un supuesto control obrero, medidas todas que acentuaron el caos de la economía rusa y exasperaron a una población que no estaba dispuesta a dejarse avasallar por la dictadura alimentaria de los bolcheviques.

En enero de 1918 el atamán Kalédin se suicida al no obtener el apoyo de los cosacos a su revuelta anticomunista. Todo parece perdido para los enemigos del bolchevismo.



Lenin, el profeta revolucionario

En la primavera de ese año, Rusia entera se ha sublevado contra los comisarios del pueblo. Los cosacos, que meses antes abandonaron a Kalédin y Kornilov, forman ahora la vanguardia de las tropas blancas. Tal fue el resultado de las «infalibles» medidas leninistas.

¿Quiénes eran estos individuos fanáticos, dictatoriales y sanguinarios a los que llamamos bolcheviques? Una herejía dentro del marxismo, rechazada de plano por los grandes pensadores socialdemócratas alemanes y austriacos, que eran la vanguardia del socialismo europeo en 1917. Plejánov, el padre del marxismo ortodoxo ruso, había roto con Lenin en 1903 y la mayor parte de la élite de la izquierda apoyaba soluciones republicanas y reformistas. Sólo la minoría dirigida por Lenin, que se atribuyó sin pestañear el nombre de bolchevique («mayoritaria») –siempre han estado muy atentos los déspotas rojos a la batalla del lenguaje–, optó por una revolución socialista radical y violenta, por destruir el régimen democrático-burgués y por establecer una dictadura del proletariado al margen de las condiciones objetivas de la realidad rusa. Lenin estaba mucho más cerca de Blanqui y de Bakunin que de Marx o Kautsky.

El partido bolchevique no era una organización socialista obrera de masas, sino un pequeño ejército de empollones dedicados en cuerpo y alma a la revolución (revolucionarios profesionales) y perpetuamente absorbidos en trifulcas internas, purgas, cismas y excomuniones que hoy nos resultan más propias de una Iglesia que de un partido político. En este ambiente cerrado, enrarecido, doctrinario e hiperintelectualista, se formó el clero rojo. Otra característica de los leninistas es que muy pocos de sus dirigentes eran rusos: judíos, letones, polacos, georgianos y hasta húngaros y alemanes dirigieron un partido bolchevique en el que los rusos constituyeron una minoría despreciada, sólo válida para combatir en el frente. No se puede entender la amplitud de la revuelta de los blancos contra la dominación roja si obviamos algo que era evidente para todos los que vivieron aquella época: el carácter extranjero de la

dictadura bolchevique. Rusia sólo era un campo de pruebas de la revolución mundial. Para Lenin, el momento decisivo no era su triunfo en Petrogrado, sino la extensión del incendio a Alemania. De 1918 a 1923, las esperanzas del bolchevismo ruso se centraron en Berlín. Respecto a la revolución germana, los teóricos del socialismo científico resultaron tan ilusos como una quinceañera romántica.

La fatalidad de un triunfo

Cuando Bertrand Russell visitó la Rusia soviética, unió al desencanto por la construcción del socialismo una certera visión del nuevo sistema de dominio que padecía aquel imperio: los bolcheviques tenían las ideas claras y una entrega verdaderamente devota a su causa. El inconveniente era que tanto la idea como los métodos empleados para hacerla real violentaban la naturaleza de las cosas y la idiosincrasia del pueblo ruso, por no hablar de las naciones musulmanas de Asia Central, para las que el bolchevismo era una aberración atea y demoníaca (la resistencia de los basmachis de Asia Central durará hasta 1930). Los comunistas siempre serán minoritarios e impopulares. Russell tuvo toda la razón.

¿Por qué, entonces, triunfaron estos fanáticos extranjeros sobre los pueblos del imperio ruso? En primer lugar, por la división de sus enemigos, que aprovecharon todas las coyunturas imaginables para pelearse y traicionarse entre ellos. Pero ese factor solo no explica la victoria; hay otras causas que la determinan: el gobierno bolchevique controlaba la industria pesada y la producción de armamento porque todas las grandes ciudades cayeron en su poder. El Ejército Rojo siempre estuvo mucho mejor armado que sus rivales blancos. Por otro lado, el terror marxista se ejerció sin piedad y con ejemplares matanzas multitudinarias –que en sólo dos años multiplicaron por varias veces el número de ejecuciones realizadas en los tres siglos de la dinastía Romanov– y obligó a buena parte de los rusos a colaborar con un Estado policial implacable; por ejemplo, los cuadros de mando del Ejército Rojo provenían del cuerpo de oficiales de Nicolás II y formaron junto a los nuevos amos movidos por el miedo –sus familias podían ser ejecutadas en caso de desertión– y por un reflejo de obediencia fatalista ante un poder despótico, innato en el pueblo ruso; por eso hubo más militares de carrera con los rojos que con los blancos.

Todas las recetas del triunfo de 1920 provienen de la Convención de la Revolución francesa; no hay una sola medida de las que Lenin tome entre 1917 y 1920 que no se inspire en los jacobinos de 1793-1794. Vladimir Ilich tenía las ideas claras y concentraba en su persona las decisiones finales, aparte de que no le faltaban sentido práctico ni formación histórica: una sola cabeza y un firme propósito guiaban a los bolcheviques, que no carecieron de un espíritu mesiánico, menos contagioso que el anarquista o el naródniki, pero que sirvió para inocular una dosis indispensable de idealismo, dureza y autosacrificio en sus partidarios.

Lenin no fue un genio infalible, pero sí tenía más que clara la dinámica de las revoluciones, algo que estudió toda su vida. Sin embargo, su triunfo no se comprende sin la destrucción del cuerpo social y político ruso que se produjo entre 1914 y 1917. Las derrotas y desastres de este período habían aniquilado al elemento esencial en todo Estado: el ejército. Las calamidades padecidas durante la guerra derrumbaron al cuerpo político, y Lenin se apoderó de su cadáver en descomposición. Los imitadores

de los bolcheviques se lanzaron a la aventura «blanquista» sin tener en cuenta que las circunstancias de la experiencia de Octubre eran muy particulares y que la propia existencia de la Rusia comunista cambiaba para siempre las reglas del juego: de ahí el fracaso de los espartaquistas en Alemania, de Bela Kun en Hungría y de los comunistas chinos en 1927. Un desfondamiento como el del imperio de los Romanov era un caso único, de muy difícil recreación.

La herencia de Octubre

Hasta 1941, la URSS fue la cobaya del mayor experimento político conocido hasta entonces: la construcción del socialismo en un solo país, tarea que implicó la colectivización de las tierras, el genocidio por hambre de ucranianos y rusos, el exterminio de los kulaks, la implantación del Estado policial más severo jamás conocido, la creación de un gigantesco universo carcelario y la dictadura del tirano más grande de la Historia: José Stalin. Los planes quinquenales industrializaron Rusia a costa de los rusos y, sin embargo, no acabaron con el déficit agrario en un país que antes exportaba trigo a Europa, ni supusieron una mejora de la calidad en su producción fabril. En el aspecto positivo, Stalin liquidó a los revolucionarios de 1917 y logró desviar la agresión alemana hacia el oeste en 1939. Sin su implacable dirección política nunca se habría vencido al III Reich.

La invasión nazi provocó un cambio radical en el comunismo soviético: se abandonó el internacionalismo proletario y la URSS se rusificó. La lucha contra el invasor se cobró un precio muy alto y creó un nuevo patriotismo ruso, mal llamado soviético, que transformó la naturaleza del experimento leninista. El comunismo se impuso por la fuerza del Ejército Rojo sobre países radicalmente hostiles a esas doctrinas como Hungría, Polonia o Rumanía, de sólidas raíces campesinas y cristianas, además de empedernidamente rusófobos. Rusia volvía a ser un gran imperio mundial y el Ejército unido al Partido –la nueva iglesia ortodoxa– recreaba los mejores tiempos de Pedro el Grande o de Nicolás I. Los países de la órbita soviética se volvieron nacionalcomunistas y, a la larga, han acabado resultando más preservadores de la herencia cultural patria que las democracias occidentales. Todavía está por estudiar en detalle el período de mando de Zhdanov en la URSS.

El fracaso rotundo de las doctrinas marxistas se disfrazó con el creciente nacionalismo de los rusos y demás naciones del Este. Todo lo que inspiró la ideología del régimen tuvo que ser desechado y reducido a simple retórica, pero el eterno patriotismo ruso logró sostener al sistema durante los últimos y decadentes decenios del siglo xx, cuando la URSS apenas disfrazaba un ineficaz despotismo militar y policíaco lastrado por una economía marxista. Entre 1989 y 1991 el imperio soviético se desplomó solo, sin que nadie lo empujara: ¡tan débil e impopular era! En Addis Abeba, en Tallin, en Bucarest, las masas danzaban sobre las caídas estatuas de Lenin, el hombre de hierro.

Hoy, tras cien millones de asesinatos, toda esa escoria manchada de sangre y horror es reivindicada por los niños mimados de Occidente, los intelectualillos universitarios de gafas de diseño y becas erasmus. Donde de verdad ha triunfado el marxismo es entre nosotros. Y no por la rebelión de las masas, sino por la degradación de las élites. No es a Lenin a quien tienen que dedicar estos petímetros sus aquelarres, sino a Gramsci, el hombre que conquistó Europa para el bolchevismo cultural. ●

UNA APORTACIÓN ESPAÑOLA EN EL 105 ANIVERSARIO DEL GENOCIDIO ARMENIO

FERNANDO JOSÉ VAQUERO OROQUIETA

Licenciado en Derecho por la Universidad de Navarra y Diploma Superior de Criminología por la Universidad del País Vasco. Escritor.

Armenia es una gran desconocida para la generalidad de los españoles; al igual que la poliédrica y bimilenaria Cristiandad oriental que, pese a tantas y crueles arremetidas de la Historia, sobrevive a duras penas, y casi al borde de la extinción, en el solar primigenio del cristianismo. Una circunstancia que difiere, y no poco, con el interés existente en otros países de tradición católica de nuestro entorno, caso de Francia. Ciertamente, su presencia histórica en Próximo Oriente y su rol como Protector en Siria y Líbano, así como la prestigiosa labor de las órdenes religiosas católicas francesas en la enseñanza de aquellos países, Egipto, Turquía y otros del área, explica en buena parte esta circunstancia; a lo que coadyuva la existencia de pequeñas y conscientes comunidades en suelo francés de diversos ritos y obediencias eclesiales: maronitas, católicos-caldeos, latinos, greco-ortodoxos, melquitas, asirios, Iglesias apostólicas...

Fruto de tan estrecha confluencia es la potente labor de investigación y divulgación, de la Historia y realidad de los cristianos orientales, entre los católicos de habla francesa de todo el mundo; así como de su ya veterano compromiso con el destino de estos cristianos de acento arameo, siríaco, griego, copto, árabe, amárico y armenio.

Armenia fue cristiana antes que Roma. Su rica historia, que puede rastrearse desde el milenio anterior, se prolonga agónicamente hasta hoy mismo; particularmente en la defensa decidida, asumida unánimemente por todos los armenios del mundo, del enclave de Nagorno Karabaj.

Su existencia ha sido todo menos pacífica y tranquila, pese al espíritu apacible de sus gentes; no en vano, poderosos vecinos han pretendido dominarla y sojuzgarla: persas, mogoles, árabes, rusos y turcos. De hecho, la actual Armenia apenas es un rincón del que fuera un enorme territorio en el que la presencia de este pueblo, si no mayoritaria, caracterizó, con su particular arquitectura y sus vivaces comunidades, su fisonomía.

Consecuentemente a la citada idiosincrasia francesa, perviven en el país vecino consolidadas iniciativas orientadas al sostenimiento de aquellas encogidas comunidades cristianas, a las que acompañan numerosas obras culturales: editoriales especializadas, diversas colecciones de libros, revistas de historia que periódicamente dedican potentes monográficos a los acontecimientos vividos por aquellas comunidades en el campo de minas en que se ha convertido el entorno geopolítico en el que se siguen desarrollando.

También en España han florecido algunas iniciativas análogas, si bien más modes-

tas; pero no por ello, menos meritorias. Recordemos aquí al Centro Cultural Nuevo Inicio y al Centro Internacional para el Estudio del Oriente Cristiano, ambos creación del Arzobispado de Granada. Por su parte, la ONG inequívocamente católica Ayuda a la Iglesia Necesitada, con sus campañas de apoyo a los cristianos orientales, boletines y exposiciones, ha contribuido sobremanera al acercamiento de muchos católicos españoles de base a la realidad y sufrimientos de aquellas mermadas comunidades hermanas. Traigamos a colación, igualmente, los formidables video-documentales elaborados por el periodista español Fernando De Haro centrados en los cristianos sirios, iraquíes, egipcios e indios.

No podemos olvidar la labor del periodista español, ya desaparecido, José Antonio Gurriarán, quien fuera víctima accidental de un atentado en Madrid por parte del ASALA, lo que le llevó a la búsqueda de sus autores en Líbano y de ahí, a caer fascinado por Armenia y sus gentes; frutos escogidos de aquella peripecia fueron sus libros, imprescindibles todavía hoy, *La Bomba* (Planeta, 1982) y *Armenios. El genocidio olvidado* (Espasa, 2008).



Una estampa del genocidio armenio

Por último, señalemos la llegada a España de varias pequeñas oleadas de emigrantes de origen armenio (tanto desde Argentina, primero, como desde la Armenia pos-soviética, después) particularmente instalados en Cataluña, La Rioja, Andalucía y Levante, quienes han generado un tejido asociativo, con el que ha coadyuvado la Embajada de la República de Armenia en Madrid; lo que ha facilitado la difusión entre más españoles la vida armenia y el apoyo intercomunitario de estos nuevos conciudadanos. Ya en 2010, se inauguró en Calonge la primera iglesia armenia ortodoxa en España. Destacaremos, en la actualidad, al Colegio Armenio de Mislata (Valencia), obra de la Asociación Ararat, la Asociación Cultural Armenia de Barcelona, etc.

Otras diversas iniciativas, si bien nunca avaladas por los grandes medios de comunicación españoles, han sido impulsadas a título individual; es el caso de las propiciadas por el periodista Arthur Ghukasian, quien, entre otras, dirigió en 2016 el libro colectivo *Cien años del Genocidio armenio: un siglo de silencio* (Amazon).

En cierto modo, en esta estela de difusión de otras realidades planetarias del cristianismo, y concretamente en su dimensión martirial, quien fuera portavoz de la Conferencia Episcopal Española, D. Juan Antonio Martínez Camino, viene impulsando, entre otras iniciativas, la Colección Mártires del Siglo XX que, con la colaboración en algún caso del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad San Pablo-CEU de Madrid, viene presentando al público de habla española la prestigiosa y constante empresa cultural de Ediciones Encuentro.

Ha correspondido al navarro José Luis Orella Martínez, profesor titular de Historia Contemporánea en aquella universidad madrileña, el mérito y honor de escribir un oportuno texto¹, cuarto de la citada colección, en el que bien introduce al lector en los torrentes del mundo armenio. Y no se trata de una empresa sencilla: por la riqueza, extensión y complejidad de aquella historia, lo que requiere de todo escritor un enorme esfuerzo de síntesis y didáctico, como por la escasez de materiales en lengua española (con la excepción argentina); más en lo que se refiere a la trágica epopeya sufrida por el pueblo armenio hace 105 años. Y es que no podemos olvidar que el armenio fue víctima indefensa del primer genocidio moderno, perpetrado por los Jóvenes Turcos, en el contexto dramático de la Primera Guerra Mundial; acaso presagiado por los pogromos y masacres sufridas por las comunidades armenias, bajo autoridad de la Sublime Puerta, a finales del siglo XIX.

José Luis Orella esboza, con trazo cálido, directo y vigoroso, un retrato apasionante del pueblo armenio, su historia, lengua, religiosidad, y marcada capacidad de iniciativa y modernización; a la par de su voluntad de supervivencia que se refleja en la importancia que siempre ha otorgado a la cultura propia y a la educación en la misma de las nuevas generaciones. Una trepidante historia que confluye en la figura del que fuera obispo de Mardin, el Beato Ignacio Maloyan; pastor culto, piadoso, dialogante con todos, preocupado por la suerte de sus fieles a los que acompañó en el martirio. Al lector le sabrán a poco, seguramente, las páginas de este volumen expresamente dedicados a su historia personal; pues lo dibuja próximo, entrañable, contemporáneo y muy real. Y no le resultará difícil empatizar con el beato y su grey –minoría en la minoría– por medio de esas páginas capaces de transmitir poderosas imágenes de un pasado que parecía, pese a su riqueza, abocado a la extinción y un olvido total.

Otro mérito del autor es introducir al lector en el genocidio simultáneo que sufrieron las demás comunidades cristianas arraigadas, en aquellos territorios, centurias antes de la llegada de musulmanes y turcos; particularmente el de la Iglesia asiria, más desconocido, si cabe, que el propio genocidio armenio, para los católicos españoles.

Es de agradecer, y merecedor de su conocimiento y difusión, este esfuerzo editorial conjunto, concretado en la visión que nos ofrece el Dr. Orella, de una Historia que no podemos olvidar y a la que todavía no se le ha hecho necesaria justicia ante la resistencia pertinaz e incívica del nacionalismo panturquista. ●

¹ El beato Ignacio Maloyan en el Gólgota de los armenios. José Luis Orella Martínez, Ediciones Encuentro, 146 páginas, Madrid, 2020.

EL GRAN SUEÑO DE LA MASONERÍA: ganar dinero y controlar la población

MAGDALENA DEL AMO

Periodista (Artículo de marzo de 2017 que incluimos por su interés)

Este invierno, aunque con los hospitales llenos, incluidos pasillos y urgencias, la gripe no nos había dado demasiados sustos. En el archivo duermen los protocolos de las gripes aviar y porcina, con toda la comparsa de vacunas obligadas para los grupos de riesgo e histéricos «tamiflús» programados, para enriquecimiento de una minoría de ambiciosos sin alma. Esto es literal. Estoy segura de que estos magnates de las farmacéuticas no tienen ese componente espiritual que incluso los asesinos en serie tienen. Ellos sí son una gran pandemia [los magnates], y más peligrosa que los virus.

Pero «¡qué poco dura la alegría en casa del pobre!», dice el refrán. Esta tranquilidad momentánea, sabiendo que la amenaza pende como espada de Damocles, acaba de interrumpirla el nefasto y amoral multibillonario, Bill Gates, gran protagonista de la Conferencia de seguridad en Múnich. Ante la diplomacia mundial –y no precisamente entre lágrimas– anunció que «la comunidad internacional debe darse cuenta que tiene que prepararse para una pandemia mundial». Un personaje así solo puede anunciar la muerte. ¡Como si no supiéramos el peligro que corremos en manos de los desalmados que rigen los destinos del mundo!; y no me refiero solo a los políticos, sino al poder económico que mueve los hilos desde la sombra. Estos son sus ayudantes necesarios y obedientes, de la misma calaña, claro está –si no, no habría trato–, que también sacan su tajada. Cuando los dos poderes se juntan, la política se aleja de sus principios y fines, y se convierte en pura mafia.

Haciendo análisis del enfoque de la prensa oficialista sobre el personaje Bill Gates, mecenas del mal y falso filántropo donde los haya, se nos revuelve todo por dentro. Hablar de Gates es hacerlo de Monsanto, de Syngenta, de las semillas Terminator, que están arruinando a los campesinos de todo el mundo, e intoxicándolos y asesinándolos con sus plaguicidas. Sin embargo, leyendo la entrevista, casi nos entran ganas de invitarlo a comer a casa el domingo. No es de extrañar que el ciudadano esté cada vez más errado –estuve por ponerle hache– y perdido en este mundo de mentiras al por mayor, que gira como una noria loca, mientras los maquinistas cavilan cómo estrellar contra el suelo las plácidas cabinas que suben y bajan, ajenas a todo. La sociedad no se imagina lo que ocurre tras bambalinas y cómo se amañan los tinglados.

En una entrevista de un importante medio, se nos presenta a un Bill Gates deseoso de acabar con el hambre en el mundo. Echaría una carcajada, si no fuera que la situación es para llorar. A este tipo lo que le interesa es controlar la población. Es un viejo sueño de la élite desde el siglo XIX. Ya su abuelo, Gates I, pertenecía a la Sociedad Eugenesista Americana. Los diseñadores del mundo no quieren pobres ni enfermos ni tullidos ni viejos. Por eso llevan años implementando políticas sobre la eugenesia y la eutanasia. Eso sí, gracias a la laxitud de nuestros legisladores, a la amoral ins-

titucionalizada y al proyecto de ingeniería social, puesto en marcha hace décadas a través de las Conferencias de las Naciones Unidas y sus organismos internacionales, la sociedad está macerada, anestesiada y atontada para recibir y aguantar lo que le echen. La sociedad apoya a estos falsos benefactores, adoptando la injusta eugenesia, el vergonzoso aborto y la abominable eutanasia.

Un pack completo en forma de derecho. ¡Nunca en la historia se había dado esta circunstancia tan favorable para los malvados dispuestos a reducir los 7.000 millones de personas a 500! Para ello han elaborado diferentes estrategias, que ya he expuesto en algunos de mis libros y en varios artículos. Incido ahora en las palabras sobre la pandemia, de este tipo impresentable. Su anuncio fue un adelanto para que nuestros sistemas de salud vayan rellenando los formularios de pedido de millones de dosis de vacunas y antivirales. Ha dicho que ya están preparadas. Llegado el momento, la Organización Mundial de la Salud –financiada en su mayor parte por laboratorios farmacéuticos y particulares, como el propio Gates– sacará las banderas rojas de pandemia y ¡ya está el show completo! Lo peor de todo es que las personas con un sistema inmunológico más endeble, morirán, sí o sí. ¡Justo lo que pretenden!

Ganar dinero y controlar la población, *¡that's the question!* Pero hay algo más. Que Bill Gates nos cite a los epidemiólogos sobre la rápida propagación de un patógeno transmitido por el aire, y la posibilidad de que pueda caer en manos de un terrorista está dentro de lo esperado. Pero cuando alude a la seguridad internacional esto nos lleva a pensar en más intervención por parte de los Estados, donde todo control estaría permitido y lo opcional se trocaría en obligatorio. Por otro lado, cuando menciona los virus de laboratorio, debería explicar quiénes son los dueños de los virus de nuevo cuño y de aquellos que aún no han «soltado»; que nos hable de la marca Rockefeller y su relación con el zica; y de los contactos de su Fundación Bill & Belinda Gates con los laboratorios biológicos del hospital Kenema (Sierra Leona), donde ¡oh, casualidad!, empezó el brote del ébola; o de las actividades de Soros en la financiación de armas biológicas; que nos diga si este le hizo alguna confidencia sobre el avión NH17 derribado en Ucrania, en el que ¡más casualidades!, viajaba el consultor de la OMS en Ginebra, experto en sida y en el virus del ébola. Y puestos a hablar de terrorismo... ¿Quién lo financia?, ¿quién surte a los terroristas de armamento? Pero este es otro tema.

A propósito de las epidemias del ébola y el zica escribí sendos artículos, «Qué se esconde detrás del virus del ébola» y «El zica, una nueva manipulación del sistema», y por eso no voy a extenderme. Ya al fin, no quiero quedarme con las ganas de decir que toda esta gente: Bill Gates, Rockefeller, Soros, Kissinger, Rothschild, McNamara y demás tropa del mismo jaez, son los seres más despreciables del planeta, los grandes enemigos de la humanidad. Tenemos muchos datos que lo demuestran. ¡Qué tal si nos sacudimos el sopor y aprendemos a ver más allá de lo aparente! Hoy, la información está ahí. Conocerla y aprender a discernir nos hace más libres, menos manipulables. Hay que desenmascarar a esta gentuza que quiere nuestra destrucción, a costa de nuestra más pura esencia. ●

ANASTASIA EN EL *ESLAVA*

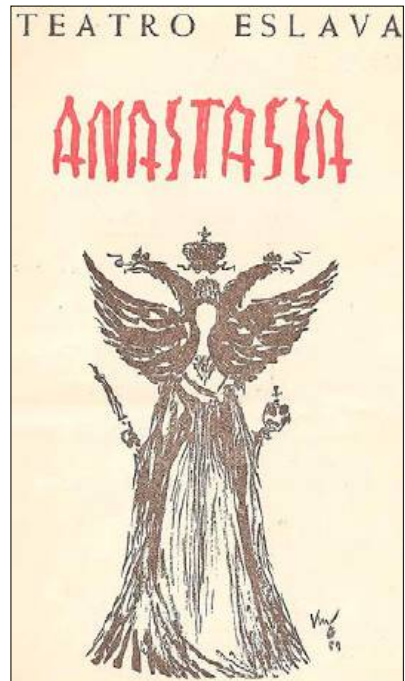
1957: cuando la gran duquesa y sus heraldos pasaron por Madrid

JOAQUÍN ALBAICÍN

Nevaba sin parar, y una estrella roja parpadeaba en lo alto de las cúpulas del Kremlin, iluminando el sueño cosmista de los sellos de correos de la época. Esa noche, como da fe en sus memorias Sorgo Beria, hijo del carnicero de Stalin, había estreno en el *Bolshoi*. Durante el intermedio, su madre llamó con un pellizco su atención sobre una mujer que paseaba sola por el vestíbulo, confundida entre la *jet set* bolchevique. No era una funcionaria del partido, ni tampoco la Condesa Alexandra de aquella película de Von Sternberg tan del gusto del dictador. Era, le dijo, no otra que... la Gran Duquesa Anastasia, hija menor del Zar Nicolás II. No, no había muerto. Vivía de incógnito en un convento polaco, de donde –sin que sirviera de precedente– el padrecito Stalin le había permitido salir para asistir a la velada de ballet. Lo mismo que el músico y escritor Rom Lebedev no olvidó jamás la escena de Rasputín bailando sobre una mesa en el restaurante de su familia, la memoria de Beria acarreaba la estampa con esa nitidez casi indeleble propia de todos los recuerdos de la niñez. ¿Falsas impresiones? ¿Malas pasadas de la retentiva? En absoluto. Se trata en realidad de espectros, de fosforescencias fantomáticas del esplendor perdido.

¡Anastasia, encapuchada y en trineo, recorriendo la URSS con escolta del KGB para acudir al teatro!

...Y no sólo a aquel. Nos congratulamos de poder subrayar que también las madrileñísimas escalinatas alfombradas de *Joy Eslava*, a tiro de piedra de la casa de Joselito *El Gallo* y de la ampolla en que cada año se licua la sangre de San Pantaleón, sintieron una noche el grácil peso de los zapatos satinados de la Gran Duquesa. ¡Era libre! Stalin estaba criando malvas y su permiso no era ya necesario. Y acaso era *Laika*, dada por muerta en el *Sputnik*, la perrita que la hija del Zar llevaba en los brazos cuando llegó... Fue el 9 de julio de 1957, cuando, bajo la dirección de Luis Escobar, la compañía de la gran Irene López Heredia estrenó en el entonces *Teatro Eslava* la obra escrita por Marcelle Maurette y Guy Bolton sobre la mujer rescatada de las aguas del mismo canal berlinés en que la turba linchara a Rosa Luxemburgo. Sin duda, ninguno de cuantos bailan, ríen y beben de madrugada en la discoteca de Pedro Trapote sabe



que lo hace rodeado por los fantasmas de la Casa Ipatiev. Tampoco yo esperaba, casi cincuenta años después, encontrar al lado de la Plaza Mayor, en la tienda de un requeté de Carlos Hugo, el programa de aquella función. Pero bueno, no en vano Juliana de Holanda, suegra de éste, compartió el honor de sacar de pila a un hijo del Duque de Sachsen-Eisenach con no otra que... Anna Anderson, la mujer cuya historia inspiró la obra en cuestión. Y es que en esta vida todo, al final, encaja.

La representación madrileña del libreto –cuya primera puesta en escena en España databa, para ser precisos, de tres años atrás, cuando la versionó Elvira Noriega en el *Eslava* valenciano– constituyó un redondo éxito para la jovencísima María Dolores Pradera, cuerpo y voz de la Princesa apócrifa, como también para Irene López Here-día en el papel de María Feodorovna, José María Rodero en el del Príncipe Pablo y Guillermo Marín en el del general Bounine. Al día siguiente, Alfonso Sánchez plasmó en su columna social de *Informaciones* algunos fogonazos de la velada: los peinados *a lo Romanoff* de Emma Penella y Elisa Montes, la opinión favorable a la reivindicación de Anna Anderson de Mary Lamar, la llamada de Maleni Loreto interesándose por quién asistió a la gala... ¿Lo haría de incógnito Vladimir Kyrilovitch Romanov, hijo del autoproclamado Zar en el exilio y, por aquellos días, creo que ya instalado en Madrid?

En los Estados Unidos, donde el estreno tiene fecha de enero de 1955, en el *Lyceum Theatre* de Nueva York, la obra había sido llevada en primicia a las candilejas por impulso de Laurence Olivier y con Viveca Lindfors en el papel principal. Dolores del Río había protagonizado, por su parte, la versión para Sudamérica y Juliette Greco la francesa, estrenada en el *Antoine* a finales de 1955 (sólo un año después, coincidiría la musa del existencialismo con la Anastasia

cinematográfica, Ingrid Bergman, en el reparto de *Julieta y los hombres*, de Renoir). La historia de Anastasia ha sido también, en fin, subida a los escenarios en versiones musicales: en el madrileño *Centro Cultural de la Villa* hace no mucho, pero fundamentalmente en los Estados Unidos, y fue precisamente uno de los hombres que más la ayudaron cuando llegó a aquel país el autor de la partitura de una de ellas: Sergei Rachmaninoff. Así se pronunció una vez en que le preguntaron por ella:



Angebl. Anastasia v. Techaikowski
(geboren 1927 auf Schloss Suon)

–Seré muy franco con usted, y le diré claramente que de ningún modo estoy convencido de que ella sea la Gran Duquesa Anastasia. Quienquiera que sea, no puede haber apenas duda de que es la víctima inocente de alguna horrible intriga, y que ha sufrido más de lo que parece posible sufrir a un ser humano.

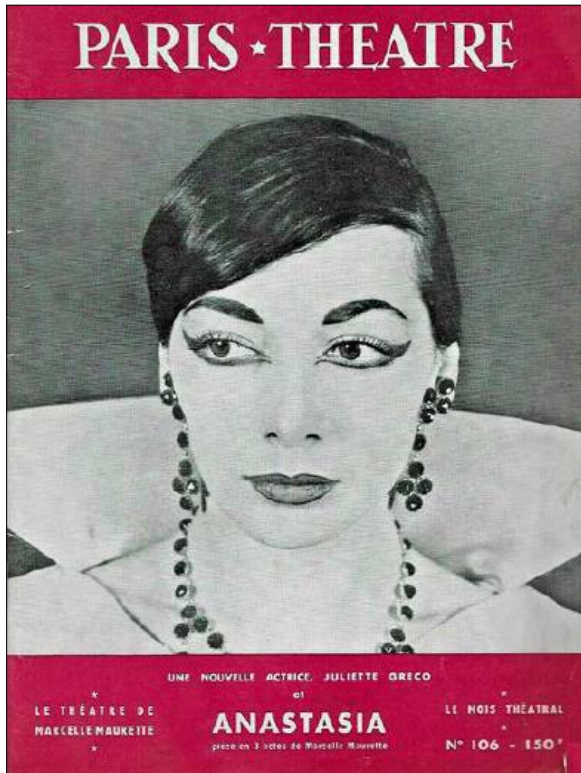
¡La Gran Duquesa! Unas barandillas sobre el canal Landwehr, el ruido del tren a su paso por el puente Jannowitz, la fachada del *Hospital Elisabeth*, el *Hotel Rolland* que tanto saliera a relucir en las veladas espiritistas de los «anastasios»... Son algunas de las casillas berlinesas del mandala. Y no puede extrañar que, en el caso de Madrid, el

peso de dar cuerpo a un atisbo de geografía anastásica testimonial descansa sobre los cimientos de un teatro. Al fin y al cabo, como oí comentar una noche en el *Gran Vía* al espectador de una butaca vecina:

–Todo es teatro. Hasta en la guerra, al campo de batalla se le llama teatro de operaciones.

¿Era eso –teatro– lo que hacía Anastasia Chaikovskii cuando, allá por noviembre de 1925, decía en su cama del *Hospital de Santa María* ser la Gran Duquesa Anastasia mientras, en París, la comunidad de emigrados rusos elegía y festejaba como su reina a la joven belleza Larisa Popov?

Quizá. El *Eslava*, de cualquier modo, era ya un enclave anastásico desde años antes del estreno sobre su escenario de la obra de Maurette y Bolton. ¿Por qué otra razón se habría alojado ya en 1927 en su vecindad próxima, en



una pensión de la calle del Arenal, la célebre domadora de fieras María Rasputín, hija del santón de Pokrovskoie? Predestinado, sí, estaba el *Eslava* a ofrecer su hospitalidad al cabello de ángel kármico escapado de las huestes de la revolución rusa. Lo estaba, quizá, para ser precisos, y ya indefectiblemente, desde que, el 22 de abril de 1936, se alzó su telón para el debut de *El Murciélago*, una compañía a medias de ballet, a medias de varietés, procedente del *Tívoli* barcelonés y que había ya cosechado importantes éxitos de crítica y público en los escenarios parisinos, londinenses y de la Gran Manzana. Encabezada por el empresario Nikita Balieff, era una de esas pipirijainas de rusos blancos que, entre tumbo y tumbo de su exilio, explotaban a conciencia las posibilidades comerciales de falsas identidades tan rimbombantes y convincentes como las de ex Gran Duque, ex Princesa, ex general zarista...

Así, una de las bailarinas se presentaba como hija del virrey del Cáucaso, otra como

el amor imposible de Rasputín... El regidor de escena, Moyseenko, que años después volvería a España con el *Ballet Ruso de Montecarlo*, aseguraba haber sido testigo del fusilamiento de la familia imperial en Ekaterinburgo... Uno no puede evitar sonreír imaginando los pensamientos que cruzarían por la cabeza de aquellos faranduleros, ignorantes de su condición de heraldos de la futura visita de Anastasia, recién arribados a un Madrid como el de entonces, en plena ebullición revolucionaria y en cuyas calles debieron ver pegados los carteles de *Lenin*, estrenada ese mismo mes en el *Teatro Chueca*, y los de la retransmisión en el *Salón Leganitos* de los discursos de los delegados del Partido Comunista español sobre las celebraciones del 1 de Mayo en la Plaza Roja, radiados desde Moscú, y enterarse por la prensa del regreso a bombo y platillo el día 25, sólo tres después de su debut, de ciento veintiún refugiados políticos españoles repatriados por *Socorro Rojo Internacional* desde la Unión Soviética... Acontecimientos que debieron suscitar comprensibles recelos y despertar nada gratas evocaciones en aquellos expatriados forzosos que, por cierto, son los protagonistas de mi próxima novela y, al finalizar su contrato, debieron sentirse más que contentos de marcharse con la cabeza sobre los hombros de aquella ciudad de devociones estalinistas y pañuelos rojos al cuello que muchos conspiraban para convertir en Petrogrado.

Anastasia, sí, pasó por nuestra Villa y Corte, y con su éxito y elegancia característicos. De hecho, habría de regresar en otoño, a demanda del público. Claro que era un Madrid con la *Casa de Fieras* a pleno rendimiento y en el que Rafael Sánchez Mazas daba a sala llena conferencias sobre los Reyes Magos. Buenos tiempos, aquellos en que los radiestesistas sendereaban péndulo en mano por el Retiro a busca de oro, el profesor Sesma reunía en la *Cervecería de Correos* a la *Sociedad de Amigos de los Visitantes del Espacio*, César y Curro Girón se hinchaban de cortar orejas y rabos por toda la geografía nacional y Alfonso Sánchez cubría para *Informaciones* eventos como la inauguración de *Gitanillo's*, las hazañas de Carudel y Ceferino en las pistas del Hipódromo de La Zarzuela o los cócteles de Niní Montiam. «*No soy ambiciosa*», le confidenciaba ésta: «*Me conformo con poder cambiar cada año de visón y de coche. ¿Para qué más?»*».

¿Para qué, en efecto? El paseante se lo pregunta al traspasar las verjas de la *Biblioteca Nacional*, guardadas por pequeños dragones tobilleros desbravados, acaso, por Luis Cavanna, el legendario domador al frente tantos años del zoo del Retiro. ¿Qué mejor modo de pasar este tiempo en suspenso y sombreado por nubes proféticas que persiguiendo, pisando los talones a Anastasia, entregado a la causa de hacer encajar en su pie de Cenicienta un zapato de cristal adecuado a la horma de su misterio cualquier noche en que, riendo como Ninotchka, descienda las escaleras de *Joy*? Y, en los intervalos de la pesquisa, ¿qué descanso más placentero que el brindado por la lectura de los *Oráculos Sibilinos*, la *Sibila Tiburtina*, las *Instituciones divinas* de Lactancio o el *Relato del anti-Cristo* de Soloviev mientras golpea la lluvia los cristales de la bóveda? Sólo Anastasia –quiero creerlo– puede salvarnos en estos días en que, en un lugar de Aquitania de cuyo nombre no quiero acordarme, acaba una bala de matar a la última osa pirenaica. A veces me pregunto si en la Plaza de la Encarnación, bajo la estatua de Lope de Vega, no se abrirá un corredor secreto que conduzca hasta la Casa Ipatiev, o hasta una salita subterránea donde Anastasia, sus hermanas y su madre, eternamente jóvenes y bajo la tierna y atenta mirada de *Laika*, pasan sus días jugando al *bridge* con naipes de don Heraclio Fournier. ●

LA MÚSICA EN EL III REICH (3)

ANTONIO MENA CALVO

Comandante de Infantería (R). Académico Correspondiente de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares

En nuestro anterior artículo dábamos somera cuenta de los efectivos musicales de las Fuerzas Armadas del III Reich durante la II Guerra Mundial, pero aclaramos que con los escasos datos que sobre la música militar figuraban en la bibliografía y documentación disponible, era imposible ofrecer una visión exacta de dichos efectivos. No obstante nos aventuramos a introducir al paciente lector en este intrincado mundo de los sonidos bélicos musicales, que en la Alemania Nacional-Socialista descansaba principalmente sobre tres pilares:

- Las Fuerzas Armadas
- Las unidades paramilitares del Partido Obrero Nacional-Socialista Alemán (NSDAP):
 - Secciones de Asalto (S.A.)
 - Secciones de Seguridad (S.S.), a las que se sumaría la Waffen S.S, formación totalmente militarizada, incluida la nomenclatura de sus unidades que pasarían a denominarse como en la Wehrmacht (Ejército de Tierra) es decir: Batallón, Regimiento, División, etc.
Encuadrados en alguno de estos grupos se hallaban los voluntarios –en su mayor parte– extranjeros a título individual o integrados en batallones, legiones o divisiones.
- Los repertorios musicales

Las Fuerzas Armadas

En términos generales podemos decir que la Wehrmacht, al igual que el resto de los ejércitos europeos de España, Francia, Inglaterra... disponía de bandas de música y de guerra –cornetas y tambores, pífanos y en algunos casos gaitas–, normalmente en cada regimiento se contaba con 50 o 60 instrumentistas, aproximadamente, y la bandas divisionarias, adscritas a los Cuarteles Generales con 70 u 80 músicos. Evidentemente estas cifras aumentan o disminuyen según los azares de la guerra; lo mismo ocurría en la Marina de Guerra y la Aviación.

Los voluntarios extranjeros

Encuadrados en las Fuerzas Armadas o en la waffen SS (Secciones de Seguridad armadas), llegaron a formar en algunos casos grandes unidades como la División Azul española o la división «Wiking». De menor entidad numérica fueron los regimientos «Nordland» de noruegos y daneses, y «Wast», de holandeses y belgas, ambos integrados en la Waffen SS.

En cuanto a las unidades medias y pequeñas estaban constituidas por batallones,

como el de voluntarios finlandeses. Las legiones fluctuaban considerablemente respecto al número de sus efectivos que podía oscilar entre una compañía (100 hombres) hasta un regimiento (1.000 combatientes) e incluso una división, como ya hemos dicho.

En total las legiones europeas fueron ocho: 2 noruega; 1 finlandesa; 1 holandesa; 3 croatas; 1 francesa y 1 belga valona.

A estas unidades habría que sumar la Escuadrilla Azul española encuadrada en la Aviación de la Waffe SS.



Banda de la Wehrmacht durante la inauguración de los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín

Capítulo aparte merecen los voluntarios del Este de Europa; países como Estonia, Letonia y Lituania, que arrojaban unos efectivos totales de 265.000 hombres¹. A este contingente sumaríamos las legiones orientales de Armenia, Georgia, Azerbaijan, Tártaros del Volga, Turquestán, etc. Todo este conglomerado de fuerzas de distintas etnias y credos está minuciosamente detallado en el trabajo: *La División Azul y los voluntarios europeos contra el Comunismo (1941-1943)*, de Carlos Caballero Jurado, Historiador y especialista en la temática militar y política de la II Guerra Mundial.

Musicalmente la presencia de combatientes de todas las naciones europeas y de algunos países y regiones de Oriente próximo, enriquecieron los repertorios Musicales de los ejércitos integrados o aliados del III Reich. La afinidad lingüística y cultural y, en algunos casos, la proximidad geográfica, facilitaron el conocimiento de la música de las diversas tropas contendientes. En nuestro caso, los divisionarios aprendieron, tradujeron y adaptaron al español canciones alemanas, italianas, francesas e incluso

¹ Los datos numéricos de los efectivos han sido transcritos del trabajo de Carlos Caballero Jurado.

rusas. La música militar propiamente dicha, es decir, los himnos, marchas y canciones marciales pasaron a formar parte de los cancioneros del Ejército, la Armada y la Aviación y de las organizaciones juveniles de FET y de las JONS.

Los repertorios musicales

Como ocurre en la mayor parte de los ejércitos, en el alemán cada una de las ramas de las Fuerzas Armadas tenía sus peculiaridades en cuanto a la indumentaria, el instrumental y el ritmo del paso de los soldados que históricamente ha ido evolucionando 70, 90 y 100 hasta 114 pasos por minuto salvo excepciones de unidades especiales



Banda de cornetas y tambores durante los Juegos Olímpicos de 1936 en Berlín

como las Legiones francesa y española o los bersaglieri italianos. A partir de 1933 se enriquecen los ritmos con el nacimiento de la música de la Luftwaffe, recién creada, y sus marchas compuestas en compás de 6/8. En este período surgen infinidad de marchas militares, especialmente de carácter vocal, esta ingente obra demanda una gran cantidad de compositores, instrumentistas, transcritores, etc.

Entre los compositores hay que destacar a Hans Pfitzner, citado en el primer capítulo de esta serie al igual que Carl Orff, Helmut Brautigam, Herman Reuter, Cesar Bresgen, entre otros, y el citado Richard Strauss, compositor y director de orquesta de la máxima categoría. En el caso de este compositor su problema personal y profesional se agudiza dado que al ser, como ya dijimos, Presidente de la Cámara de Música del III Reich, tuvo que sufrir, como otros compositores, los rigores de la persecución, el ostracismo y el olvido impuesto por los vencedores de la II Guerra Mundial.

R. Strauss dedicó magníficas páginas al género musical que estamos tratando,

aunque como suele ocurrir con este tipo de música, no se halla en los repertorios antológicos ni en las listas de obras de su biografía y mucho menos en el mercado discográfico. Suyos son: los himnos olímpicos de 1934 y 1936; entre otras composiciones castrenses escribió la «Canción de los húsares» (1876); «Canción de soldados» (1878); «Marcha de parada nº 1» y «Marcha de Brandenburgo»; se hallan en la línea de las antiguas marchas prusianas. «Marcha festiva militar en mi b. mayor» (1905-1906); «Dos marchas militares para gran orquesta» (1906); «Marcha de Parada nº 2» (1907) en su parte central –el trío– encontramos una gran influencia de Edward Elgar, compositor inglés y cantor del Imperio Británico. Por último citamos la «Marcha para la investidura de los Caballeros de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén» (1909)².

Bibliografía

- CABALLERO JURADO, CARLOS: «La División Azul y los voluntarios europeos contra el Comunismo» (1941-1943). Revista *Ares* nº 10. (Extra). Gailand Editorial. Impreso en España. 2017. 61 p.
- MENA CALVO, ANTONIO: «Historia y Estética de la Música Marcial». Texto del Curso de Historia y Estética de la Música Marcial del Instituto de Historia y Cultura Militar. Madrid 1991-2019.
 - «La huella Militar en el Camino de Santiago». Notas al programa del Concierto de Música Religiosa Militar y Popular celebrado en el Auditorio Nacional en 2002. Ed. Real Asociación de Amigos de los Museos Militares. Madrid, 2002. 41 p. ●

² Esta obra fue estrenada por la Sección de Música, fundada por el autor de estas líneas, de la Asociación de Amigos de los Museos Militares el 21 de noviembre de 2002, en el Auditorio Nacional de Música en un concierto de música militar religiosa.

LIBROS

NUESTRO HOMBRE EN LA CIA

Iván Vélez

Ediciones Encuentros, Marzo 2020, 324 PÁg.



Estamos estos días tan absorbidos por el coronavirus que nos pueden pasar por alto otras cuestiones e iniciativas que merecen nuestra atención. Es lo que ocurre con *Nuestro hombre en la CIA*, el último libro de Iván Vélez, que podría ser, por su título, una novela de John le Carré. Su subtítulo nos da algunas pistas sobre el tema del libro: «Guerra Fría, antifranquismo y federalismo». Y es que no estamos ante una novela de espías (género, por otro lado, muy loable y especialmente recomendado para estos días en los que se agradece poder evadirnos de nuestro confinamiento), sino ante el fruto de una investigación de campo muy seria y prolija.

Porque lo que ha hecho Iván Vélez, a lo largo de varios años de estudio, ha sido espigar los archivos del Fondo Pablo Martí Zaro, depositados en la Fundación Pablo Iglesias, y contrastar algunos de los datos allí reseñados

en entrevistas personales. Un trabajo descomunal, «de hormiga», que ha dado como resultado un libro importante para comprender los caminos que ha seguido España en el último medio siglo.

¿Y qué explican los papeles del dramaturgo y conspirador político Pablo Martí Zaro?

Estamos en plena Guerra Fría y para los Estados Unidos es capital que España no bascule hacia el bloque comunista, de ahí su apoyo a la España de Franco. Pero todo el mundo sabe que Franco no durará eternamente y los Estados Unidos apuestan por apoyar la creación de una oposición democrática, liberal e incluso socialista que, al mismo tiempo, sea abiertamente anticomunista. Para ello financiarán diversas iniciativas, de las que la más importante es el Congreso para la Libertad en la Cultura, diseñado para contrarrestar la influencia comunista en el mundo de la cultura, una estrategia, la promovida por la Unión Soviética, que empleó como caballo de Troya el pacifismo impulsado por el Movimiento de Partidarios de la Paz, impulsado por la Kominform. Será la misma CIA la que estará detrás de estas iniciativas, canalizando los fondos a través de distintas fundaciones, de modo especial la Fundación Ford.

Además, los Estados Unidos van a impulsar el proceso de construcción europea, desde presupuestos federalistas, con la pretensión de replicar una especie de «Estados Unidos de Europa» capaces de constituirse en barrera efectiva ante el expansionismo soviético. Es este mismo federalismo el que se propondrá para España en estos ambientes en los que conviven intelectuales y políticos.

A lo largo del libro, que siempre mantiene su rigor desapasionado, van a ir desfilando la mayoría de los protagonistas de la oposición no comunista al franquismo y sus diversas actividades. Con un papel muy relevante de Dionisio Ridruejo, acompañado entre otros de Pedro Laín, José Luis Sampedro, Tierno Galván, Joaquín Ruíz-Giménez, José Luis López-Aranguren, Julián Marías, Salvador de Madariaga, Josep Benet, Ernest Lluch o incluso unos jóvenes Juan Luis Cebrián o Jordi Pujol, en aquel entonces hombre de Félix Millet. Y en el centro de estas iniciativas siempre un hombre, discreto, incansable y bien conectado, Pablo Martí Zaro (con el ex POUM Julián Gómez García, Julián Gorkin, jugando un destacado papel desde el exilio en París). Con esta breve relación de nombres se advierte la importancia de lo que se estaba cocinando.

Pero no son solo nombres y reuniones los que va desgranando Iván Vélez, que también, sino los hitos más importantes de esta oposición no comunista al franquismo. Y de paso nos ofrece el autor un fresco de la vida cultural y política durante el franquismo a lo largo de las décadas de los 50, los 60 y la primera mitad de los 70, muy alejada de la imagen generalizada que se nos ofrece en nuestros tiempos de «memoria histórica». Aparece así un franquismo para nada monolítico, en el que los desacuerdos con el régimen se expresan por doquier y dónde hierven las iniciativas al margen e incluso abiertamente críticas, en medio de una tolerancia que dejará atónitos a los lectores más jóvenes.

Los avatares de estos ambientes son diversos, desde la celebración de la muerte de Antonio Machado hasta las renuncias a las cátedras en solidaridad con los represaliados por el régimen, pero quizás los hitos principales sean el llamado contubernio de Munich, los coloquios Cataluña-Castilla y la creación, ya en los estertores del régimen franquista, de la Plataforma de Convergencia Democrática, que luego confluiría con la Junta Democrática para constituir la célebre «Platajunta».

En relación a los coloquios Cataluña-Castilla destaca el radicalismo nacionalista de los intelectuales catalanes invitados a los mismos. Tras leer algunos de sus posicionamientos, de una claridad y contundencia que no tienen nada que envidiar a las de los actuales dirigentes separatistas, resulta difícil sostener que, en la Transición, los políticos españoles fueron engañados por unos taimados nacionalistas con piel de cordero. Se habla aquí abiertamente de països catalans, de autodeterminación, de exclusión del castellano en Cataluña, de ocupación militar, como si Cataluña fuera una colonia africana, y de simple y llana secesión.

La respuesta de los intelectuales no catalanes estremece por su pobreza: asumiendo el marco nacionalista, la única respuesta es la que avanza Maravall, que reniega de la palabra nacional y aspira a superar el problema por elevación, en una disolución de todos los pueblos en Europa. Por cierto, también vemos que ya en los 60 se empleaba la eficaz estrategia de designar como una «campana anticatalana» cualquier iniciativa que desagradara a los nacionalistas.

No podemos resumir aquí todo el rico panorama que dibuja Iván Vélez en este libro. El capítulo «curas rojos, verdes dólares», que aborda el mundo de los curas obreros y del diálogo cato-comunista es muy jugoso. También impresiona constatar la actitud condescendiente con la naciente ETA, cuya actividad criminal era justificada en aras de su antifranquismo.

En definitiva, estamos ante un libro importante para comprender cómo se fue fraguando la Transición, alentada por grupos antifranquistas contrarios al comunis-

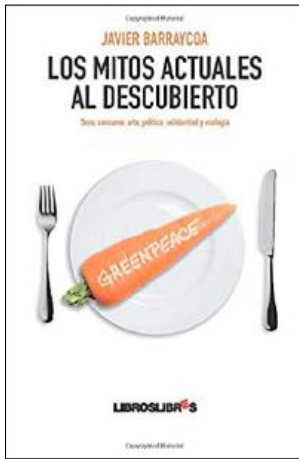
mo que gozaron de la financiación de unos Estados Unidos que apoyaban al régimen franquista pero, al mismo tiempo, modelaron con éxito la configuración política que le iba a suceder.

Jorge Soley (*Actual*)

LOS MITOS ACTUALES AL DESCUBIERTO

Javier Barrycoa

Ediciones Fides, Tarragona 2020, 192 pág.



Cuando uno lee estas páginas se queda con la sensación de que los medios de comunicación han engendrado una gran mentira. Igualmente parece que se cumple aquello que afirmaba contundentemente Jean-François Revel: «La fuerza que rige el siglo xx es la mentira».

Por desgracia, parece que acabado el siglo las cosas van a peor. Los medios de comunicación se han autoconstituido en los «constructores» de la realidad. Lo peor, tal y como plantea el autor, es que el espectador ya no es manipulado salvajemente, sino que participa del juego del simulacro global. Todos sabemos que somos engañados, pero todos disimulamos como si no fuéramos engañados.

El autor, a modo de capítulos breves y entretenidos, desgajará parte de la mitología moderna que han ido construyendo los medios de comunicación y una intelectualidad cada vez en horas más bajas. Para empezar, se

reconstruye el mito del periodista honesto ya que ha surgido una nueva especie: «el periodista compulsivamente mentiroso».

Partiendo de ahí se nos explicará los orígenes y dislates de la «corrección política». Uno de los capítulos se encargará de poner en su sitio uno de los mitos modernos que más ha cuajado: las Organizaciones no gubernamentales. Entre estas, dos capítulos se dedicarán a bucear por la quinta esencia del ecologismo en su vertiente radical y terrorista, culminando con un boceto para escribir «la otra historia de Greenpeace». No dudamos que el lector se sorprenderá.

También se dedica un capítulo de cómo se ha construido mediáticamente el icono de la «ciencia» y a desvelar los fraudes más sorprendentes. Otros iconos modernos como el actual «arte» también merecerán dos capítulos, que al ser leídos le obligan a uno a ver el arte contemporáneo desde una perspectiva totalmente diferente.

Igual ocurrirá con el capítulo dedicado a las «Mitologías sexuales», donde se desvelan las miserias de las ideologías que han hecho del sexo su banderín de enganche.

En fin, que el lector, a buen seguro, se sorprenderá y disfrutará con este libro, escrito de modo ágil y lleno de ejemplos con los que reírse.

R.

*«Los portadores de la antorcha», Anna Hyatt Huntington.
Ciudad Universitaria, Madrid*



